

RUTH M. LERGA

¡AL SUELO!



Selecta

¡Al suelo!
Enredos con la ley 4

Ruth M. Lerga

Selecta

A mi amiga, la preciosa Esther, el pegamento de las Ketchup

ADVERTENCIA:

El sistema de organización de vigilancia que presento en esta novela para la Brigada de Escoltas es completamente falso. Os diré que, en función del VIP —la persona a la que se escolta—, de si es o no un cargo político y de la extensión de su jornada, así como de la necesidad de una guarda de veinticuatro horas los siete días de la semana o únicamente durante la jornada laboral, el sistema se organiza de un modo u otro y, creedme, para lo que aquí propongo hacen falta muchísimas más personas y no recibirían el apoyo de Seguridad Ciudadana para ello, a los que en la novela hago pringar los fines.

¿Por qué he decidido inventármelo? ¿Para regalar a Juanjo un horario de ocho horas de lunes a viernes y que pueda ir a clases y aprenda de una vez a bailar kizomba? Naaah.

Es que creo que hay cosas que no necesitamos saber sobre el funcionamiento del Cuerpo Nacional de Policía, menos aún cuando del asunto en cuestión depende la seguridad no solo de los civiles, sino también de los propios agentes.

Llamadlo, pues, pedazo de licencia de autora.

Por cierto, ya que nos sinceramos, el proyecto urbanístico de la Ciudad Universitaria tampoco existe (ouch, cómo soy a veces).

Ruth M. Lerga.

Capítulo 1

Natalia Miralles miraba con rencor hacia la puerta cerrada de su despacho. Desde esa mañana había fuera un policía nacional justo al otro lado, en pie, quieto. Al parecer, estaba «escoltándola». O lo que era lo mismo para ella, vigilándola, fiscalizando cada uno de sus movimientos. A ver, que tampoco era que necesitase esconder una plantación de marihuana en su casa ni tenía la intención de cargarse a alguno de sus exnovios y meterlo en el maletero del coche... Pero, ¡por favor!, que debía avisar incluso cuando iba a hacer pis, como en el colegio. Era incómodo, era un engorro y, según el conseller de Política Territorial, Obras Públicas y Movilidad —su jefe directo—, era también estrictamente necesario hasta que la licitación de la nueva Ciudad Universitaria se realizase y adjudicase. Era eso o que atrapasen a un pirado que, hasta donde ella sabía, se dedicaba a enviarle amenazas de muerte sobre el plan urbanístico que en breve saldría a licitación. ¡Ey!, y que al señor amenazador le molestaba todo de lo que tuviera que ver con el proyecto: quién se presentaría, según lo poco que se había apostado o que los propios despachos de arquitectura habían filtrado; el lugar en el que se construirían las nuevas universidades, el destino para el terreno de las antiguas; el precio máximo con el que el pirado especulaba ¡porque es que ni siquiera se había decidido todavía! Vamos que, para su acosador, Natalia no había dado pie con bola.

Bueno, para su acosador *oficial*, si tenía que especificar quién la acosaba, porque, además del tarado que enviaba cartas a la Conselleria, estaba el segundo pelotón de acosadores personales, «El Equipo A»: los tres escoltas que la guardarían mañana, tarde y noche; aún tenía que decidir quién era, como en la serie de los ochenta, el listo, quién el guapo y quién el loco. Los fines de semana serían grupos de Seguridad Ciudadana, significara eso lo que significase, e irían rotando. Había decidido que los de los sábados y domingos serían M.A., esto era, Más Azules, por el color de sus uniformes.

Sus hermanas la habían llamado encantadas con el hecho de que la protegieran y, además, que lo estuviera por —literalmente— hombretones «guapérrimos». Para ella no era tan difícil de entender su disgusto: no le gustaban las legumbres, no le gustaba ir en bicicleta y no le gustaban los policías. Manías suyas.

—¿Qué tal las vacaciones? —le preguntó la enésima compañera que entraba en su despacho aquella mañana a saludarla.

No eran tan popular. Era obvio, por tanto, que iban a ver al poli buenorro ubicado a la entrada de su despacho, un tal Puig. Si los otros dos, el de la tarde y el de la noche, eran igual de guapos, iba a tener una procesión infinita de mujeres peregrinando hasta ella día sí, día también.

—Marineras —respondió—. Estuve una semana fondeada en Formentera, aprovechando que mis padres no iban a usar el velero, y después me fui de crucero por las islas griegas.

No le diría que había sido un crucero de solteros, tampoco tenía por qué pregonarlo y, además, se había sentido en una especie de High School Musical, como si todos los pasajeros se hubieran rehormonado como en el instituto.

—Qué envidia, yo me fui al pueblo de mi novio, en la meseta...

Y estuvo diez minutos contándole menudencias antes de marcharse y dejarla trabajar.

Natalia estudió Arquitectura en la Universidad Politécnica. El mejor amigo de la infancia de su padre era Francisco Camps, quien, además de apadrinarla en la pila bautismal, acabó, con los años, convirtiéndose en el Muy Honorable Presidente de la Generalitat Valenciana. Así que, cuando la crisis la dejó sin trabajo, le ofreció un empleo. Tres años después era la máxima responsable de Obras Públicas, solo por debajo del conseller. Lo increíble fue que, cuando el Partido Popular perdió las elecciones, el socialista Ximo Puig la confirmase en su puesto, siendo el suyo un cargo de confianza.

Era una privilegiada.

Volvió la vista a los terrenos que tenían que urbanizar, al enorme mapa colgado en la pared, en plena avenida Blasco Ibáñez. El campus universitario de la Universidad de Valencia, el primero de los tres de la ciudad, se proyectó en 1908, aunque dada la inestabilidad política de las siguientes cuatro décadas no fue terminado hasta finales de los cuarenta. Eran varios los edificios señoriales, como el de la Facultad de Medicina, además de la Biblioteca o el Rectorado, los que componían la primera zona académica que tuvo la ciudad. Estaba situada, junto con otros dos campus mucho más modernos y algo apartados de la gran avenida, en la entrada norte, el único acceso «limpio» a Valencia que quedaba, en el sentido de que no tenía municipios adheridos, junto al campo de fútbol del Valencia, el Mestalla. Los atascos solían ser importantes por la mañana, a la hora de entrada de los estudiantes, y a la salida si coincidía con que había partido entre semana, momento en el que conducir por la zona era una condena, así que había llegado el momento de sacar las facultades —el estadio también, pero esa era una cuestión municipal— a la zona de los campus nuevos, y eso requería de dos proyectos diferentes y una inyección de capital importante que implicaría trabajo para mucha gente.

La Ciudad de las Artes y las Ciencias costó mil cien millones y este proyecto llevaba el mismo camino. La Ciudad Universitaria se había convertido en «la niña bonita» de los grandes estudios de arquitectura, tanto nacionales como internacionales, que querían dejar su sello en una ciudad que, con los años, se había ido modernizando y engalanando.

Ahí era donde entraba Natalia: sería la encargada de redactar los pliegos, de valorar los proyectos y señalar los válidos e, incluso, aconsejar cuál debía ser el elegido.

Y un jodido pirado la había tomado con ella.

Volvió a fijar los ojos en la puerta, con rencor, y después miró el reloj. En cuanto acabase lo que tenía en la mesa bajaría a comer, sus tripas le advertían de que necesitaban nuevo combustible para seguir rindiendo.

—¿Te preparo un café? Todavía tienes diez minutos.

Miró el reloj: pasaban cinco minutos de la una y media.

—En breve muchos entraremos o saldremos del trabajo y el paseo de la Pechina estará hasta arriba de tráfico. Prefiero ir con tiempo. Pero gracias, mamá.

Juanjo, de profesión subinspector Ríos, comenzaba esa tarde en su nuevo puesto en Valencia después de más de dos años trabajando en Castellón. Se había acostumbrado a vivir solo e ir a su ritmo, comer en casa de su madre se le hacía extraño. Pero, un par de meses antes, Carmen había tenido una recaída de su enfermedad de corazón y él había solicitado el traslado de inmediato. Sus padres, ambos, eran mayores y, a pesar de que tenía otros tres hermanos y constituían una familia bien avenida, quería estar cerca y ayudar, así que había aceptado el primer puesto que le habían ofrecido, en el servicio de Escolta, a la espera de que surgiese algo que le gustase más. Era el único Ríos sin pareja, así que, por el momento, comería con ellos a diario y se aseguraría de que todo fuera como debía. Es decir, bien. El resto también se turnaba para que estuvieran bien atendidos y acompañados el mayor tiempo posible.

Su padre estaba muy orgulloso de la labor de hijos de sus chicos; su madre, en cambio, se sentía agobiada con tanta atención, acostumbrada como había estado desde siempre a preocuparse por ellos, no a ser cuidada.

Juanjo se puso en pie y cogió de la silla la americana. Carmen, presta, le pasó un cepillo por las hombreras, uno que había sacado de un cajón de la cocina nada más verlo entrar.

—Mamá, la chaqueta está impoluta —protestó.

—Ay, hijo, es que estás tan guapo vestido así.

Era la primera vez en dieciséis años que no llevaba la ropa de trabajo. Entró en el Cuerpo poco antes de cumplir los diecinueve y siempre había servido en Seguridad Ciudadana, en una u otra unidad. Su último destino fue como subinspector de Sala, coordinando las llamadas del 091. Siempre había llevado, pues, el uniforme reglamentario.

Ahora, sin embargo, vestiría vaqueros oscuros, camisa blanca, zapatos *chelsea* —los *oxford*, más elegantes, llevaban cordones y no cubrían los tobillos— y americana azul marino. Se sentía ajeno al CNP con esas ropas. Era como si los ochenta hubieran regresado, solo le faltaba cambiar la americana por un *blazer* blanco para parecer Sonny Crockett, el protagonista de «Corrupción en

Miami», se quejó para sí. Las gafas estilo aviador eran lo único que mantenía de su atuendo de diario.

Besó a su madre, miró a su padre con perspicacia, convencido de que aquel, tras más de cuarenta años patrullando, pensaría que su hijo iba disfrazado, se despidió hasta el día siguiente y bajó al garaje a por el coche oficial. Había pasado antes por el parque móvil de Zapadores a recoger un «ka»^[1], un vehículo camuflado, dejando allí el suyo hasta que acabase su turno. Para su fortuna, en su casa ya nadie conducía y podía ocupar la plaza cada mediodía. Vivía a quince minutos de allí conduciendo en dirección este, en el piso de su hermano Alberto, que ahora residía en un espectacular ático en el centro de la ciudad propiedad de Aitana, su novia y médico del Instituto Forense.

Desde casa de sus padres a la Conselleria de Vivienda, Obras Públicas y Vertebración del Territorio había otros quince minutos más dirección oeste. Acostumbrado a conducir por dentro de Castellón, una experiencia caótica en la que los intermitentes parecían guardarse para las luces de Navidad, el tráfico de Valencia le hizo sonreír. Le encantaba su punto frenético, donde meter el morro del coche, salir con el semáforo aún en rojo y dar volantazos era la mejor forma de manejarse por la calzada sin que nadie le pitase. Porque hacer sonar el claxon era otra de las normas no escritas de circulación en toda la provincia.

Llegó veinte minutos antes de las dos, su hora de entrada. Aquel primera día había empezado los turnos su jefe, el inspector Marcos Puig, a quien todavía no conocía y quien iría de mañanas esa semana. Tras Juanjo, el oficial Santos sería el hombre de refresco para la noche.

El viernes anterior, su comisario le había entregado una carpeta con los datos de la persona a la que había que escoltar, la VIP, una tal señorita Natalia Miralles, además del informe policial con las amenazas. Eran varias las personas que estaban molestas con ella, al parecer —debía de ser una joyita de mujer, ironizó—, pero había unas amenazas especialmente preocupantes.

Aparcó enfrente del edificio, en el lugar reservado para vehículos oficiales, pasó las medidas de seguridad pertinentes evitando el arco al ir armado, enseñando la placa con discreción al guardia civil que vigilaba la entrada, y subió a la decimotercera planta. Reconoció a su superior por la pose a pesar de no conocerlo y se presentó con un «a sus órdenes», codo flexionado y dedos en la sien en la forma del saludo oficial.

—¿Subinspector Juan José Ríos?

Le tendió la mano en un apretón firme que le dio confianza.

—Juanjo, por favor.

—Bienvenido. ¿Es tu primera vez en Escoltas?

—Así es. —Y le hizo un breve resumen de su carrera.

—Conozco a tu hermano y coincidí con tu padre un par de años en Motos. Compartiendo la misma sangre, no dudo de que me encantará trabajar contigo.

—Señor —repitió, agradecido.

La realidad era que no trabajaría con él, sino para él. Aumentó su agrado hacia el inspector

Puig.

—La mañana ha sido tranquila, la VIP no se ha movido del despacho más que en dos ocasiones, ambas al baño. A pesar de ello, no parece llevar muy bien esta situación.

—¿Es la primera vez que sufre amenazas?

—Sí, pero lo que lleva mal es nuestra presencia. —Sonrieron ambos—. Aun así, ha sido correcta y educada. Ha pasado toda la mañana trabajando, ha recibido varias visitas, bastantes en realidad, aunque creo que se debía más a la curiosidad por mi presencia. —A pesar de ser un hombre adulto y acostumbrado como debía de estar a llamar la atención femenina, vio que el inspector Puig se sintió incómodo al decirlo—. Hasta donde sé, comerá algo rápido en la cafetería del edificio y regresará a su despacho hasta que considere. ¿Llevas coche?

—Un k.

—Perfecto, a las diez de la noche Santos te cubrirá. Cualquier cosa, estaré operativo.

Después de un par de instrucciones más se despidió de él, no de la señorita Miralles. Bien, se dijo Juanjo, colocándose al lado de la puerta. Ahí estaba. Ahora a quedarse quieto y a observarlo todo.

Mientras esperaba, localizó las salidas de emergencia, las posibles entradas, las ventanas desde donde podía recibirse un disparo, los despachos colindantes y las caras de quienes salían de estos cuando se hicieron las tres y, en fin, todo lo que consideró relevante para poder hacer bien su trabajo.

Capítulo 2

A las tres y veinte Natalia abrió la puerta de su despacho, cansada, esperando encontrar al policía treintañero de pelo castaño y los ojos de color verde que se había presentado allí esa mañana. En cambio, había un hombre moreno y de ojos negros; un desconocido de edad similar vestido como el anterior: vaqueros, camisa blanca y americana. Un conjunto sexi en casi cualquier hombre, se dijo secretamente, si tenía el cuerpo que se gastaban este poli y el anterior.

—Señora —la saludó con seriedad. Natalia esquivó su mirada y buscó por el pasillo al tal Puig. Intuitivo el nuevo, se explicó—: El inspector acabó su turno a las dos, desde entonces y hasta las diez, hora en que me sustituirá el oficial Santos, seré yo quien vele por su seguridad. Subinspector Ríos. —Y le tendió la mano.

Le costó unos segundos reaccionar, tiempo en el que el agente, impasible, mantuvo el brazo estirado esperando el estrechón correspondiente.

Finalmente también ella tendió la mano, más que acostumbrada a cerrar tratos con hombres.

—¿Se ha ido sin despedirse?

—¿Quién? —le preguntó Juanjo, desorientado.

—Marcos, el inspector Puig. ¿Se ha ido sin despedirse? Soy señorita, por cierto.

—La nuestra es una labor de protección, señorita Miralles, no diplomática.

—¿Quiere decir que es usted un maleducado?

Natalia lo vio envararse y supo que se había excedido, pero ¡qué demonios!, ese hombre iba a excederse con ella ocho horas diarias durante a saber cuánto tiempo, controlándola y diciéndole qué podía y qué no podía hacer.

Echó a andar por el pasillo, ignorándolo para evitar disculparse, tozuda sin motivo.

Se colocó él a su lado, a metro y medio, ella en la parte de la pared que tenía ventanas a pesar de que ya le había explicado Marcos Puig que lo hiciera por el otro lado. Sin tocarla, pero de algún modo efectivo, el subinspector Ríos la redirigió hacia el lugar correcto.

—Lo que quiero decir, señorita Miralles —respondió como si la conversación fuera fluida—, es que procuramos pasar desapercibidos, y no entrar ni salir de un despacho si no hay necesidad, y evitar cháchara fútil ayuda bastante. También lo haría que se alejase de las ventanas grandes que

la dejan expuesta.

—¿No tendréis un manual de vigilados, por casualidad? —susurró, irónica.

Pero él la oyó, desde luego que lo hizo.

—VIP, ese es el nombre. Vigilado suena a preso y confío en que...

—Presas es como me siento.

—Señorita Miralles... —le pidió con corrección a pesar de que ella le tuteaba.

—Natalia.

—Señorita Miralles —insistió—, colijo que esta situación no le resulta agradable, ha sido muy taxativa en sus formas y en sus palabras para dejar constancia de ello. Queda anotado. Y ahora, si le parece, háganos el trabajo lo más sencillo posible.

Se sonrojó. Había sido una insolente y la había reñido como si fuese una cría. El ascensor llegó y la campanilla avisó de que las puertas se abrían. Fue a entrar cuando una mano grande y fuerte la tomó por el hombro de forma impersonal y la hizo a un lado con firmeza. Solo cuando Juanjo vio que el cubículo estaba vacío la dejó entrar, pasando él delante.

—No me gusta que me toquen.

«Ni que me regañen», quiso advertirle, de paso.

—A partir de ahora ya sabe qué hacer para evitarlo. Imagino que ya ha comprendido usted solita que sigo un patrón, que todos lo hacemos, así que hágase a un lado cada vez que entre o salga de un sitio y evitaremos contacto indeseado.

—En las ventanas no me ha tocado —le dijo con voz ruda.

—No ha sido necesario —le respondió él con una sonrisa insolente—. Me ha sonado a reproche, como si le molestase, pero estoy convencido de estar equivocado porque me acaba de decir que no le gusta que la toque.

—Que me toquen, en general, no se dé importancia.

—Ajá —fue todo lo que dijo.

Natalia se irritó todavía más ante su asertividad.

—Esto es lo que haremos —no sabía por qué estaba tan enfadada, pero echaba humo por las orejas—: yo te enseñaré modales, como dejar pasar, antes de entrar tú, a una mujer en cualquier lugar donde haya una puerta excepto si hay escaleras y, a cambio, tú no me tocarás más.

La pequeña risa que él soltó estaba llena de sarcasmo.

—Esto es lo que haremos: pasaré siempre delante de usted en una puerta, un vehículo o donde considere, con o sin escaleras, para que, en caso de emergencia o evacuación, sea usted quien esté más cerca de la salida, con independencia de si mi protocolo le parece grosero o sexista y, a cambio, usted se comportará como una adulta.

El ascensor sonó de nuevo avisando de que era el momento de bajarse. Se cruzó de brazos y lo miró, esperando. Él asintió y salió delante. Se volvió al segundo para confirmarle con un gesto que ya podía seguirlo.

—¿Dónde vamos? —le preguntó el subinspector.

—Yo, al restaurante de aquí enfrente. —Señaló un local que hacía chafflán—. Tú, ni idea.

La carcajada, esta vez, fue genuina.

—El restaurante de enfrente tiene un nombre que estará en la red y también un teléfono. Pediremos la comida, la recogeremos en quince minutos y volveremos con ella envuelta aquí. En qué parte del edificio decida comerla será cosa suya, yo solo la acompañaré en silencio mientras se alimenta.

Lo miró con rencor.

—Me gusta ese lugar.

—Si es por la cocina, le he dado una solución. Si es por el local, está lleno de ventanales enormes que dan a la calle, así que, por el momento, lo evitaremos. Se convertiría en un escaparate para cualquiera.

Aquello era el colmo. Le daba órdenes y ni siquiera dirigía los ojos a su rostro mientras lo hacía.

—Ha quedado claro que no vas a tutearme ni a decirme tu nombre. ¿Tampoco vas a mirarme a la cara?

—Si la miro no puedo ver qué ocurre a su alrededor, señorita Miralles.

¡Se rendía! El tío era insufrible.

—Pues tú te lo pierdes, soy muy guapa.

Y, haciéndole ella una peineta que hubiera horrorizado a su madre y sorprendido a su padre, dio media vuelta y regresó al ascensor, de espaldas a él, a esperarlo mientras el policía entraba primero para comprobar lo obvio: que estaba vacío.

—¿Planta?

—Veintiocho —respondió, seria.

El edificio tenía solo quince pisos.

Ni siquiera replicó, marcó el botón con el número trece y esperó, escoltándola de nuevo hasta la puerta.

La pizza llegó un rato después.

Escondida dentro de su despacho, dejó de lado los informes unos minutos. No podía trabajar al mismo tiempo que comía una cuatro estaciones con las manos; acabaría todo pringoso.

«Vale, Natalia», se dijo, «acabas de cruzarte al que, si no fuera un gilipollas, sería tu hombre perfecto».

¿Para qué mentirse? El subinspector Ríos era exactamente su tipo. Alto pero no demasiado, que ella medía uno sesenta y tres, con el pelo muy negro —¡y con todo el pelo, sin entradas!— y los ojos oscuros, una boca ancha, hecha para besar, nariz mediana y unas orejitas ideales. Le encantaba morder orejas bonitas.

Aunque su voz era lo que más le había impactado: era grave, con un punto ronco, sexi de cojones.

Bueno, era su presencia la que la había derribado. Con la altura perfecta, reservado, de chaqueta azul marino y camisa blanca, cabello corto aunque no demasiado y el semblante serio. ¡Le volvían loca los hombres formales, con pinta de solitarios, si descubría después que tenían sentido del humor!

Pero su guardaespaldas de tardes no tenía ni un poquito de gracia, siquiera. Era un imbécil. Mejor aún, un gilipollas. Vaya ascazo que fuera perfecto para su fantasías más locas.

Pues pensaba parapetarse en su despacho hasta las diez y cuarto de la noche. Tenía mucho trabajo pendiente, podía salir solo al baño. Es más, llevaba el kindle, así que, si se aburría, podía leer un rato en el enorme sillón *eames* que compró en su segundo año allí, harta de leer folios y más folios sentada en la silla del escritorio, incómoda para más de cinco horas. Con la otomana para los pies, era el lugar perfecto para casi todo.

A las siete y media su vejiga gritaba así que no le quedó otra que hacerse el ánimo de traspasar la puerta. Cerbero esperaba al otro lado, cual fiero guardián.

—Voy al baño —le dijo sin mirarlo, mientras pasaba delante de él—. ¿Qué? Ah, no, eso sí que no. Marcos no me ha acompañado al lavabo de señoras y tú tampoco lo harás.

Desde luego que el inspector la había escoltado hasta la puerta, pero él no tenía por qué saberlo.

—Lo que Puig haga es cosa suya. No le quepa ninguna duda de que yo la acompañaré, entraré primero para asegurarme de que no hay peligro y que, después, esperaré fuera hasta que salga.

—Ni. De. Coña.

No sabría decir Natalia qué le molestó más: el hecho en sí de que la ignorase o que fuese a cumplir su palabra de escoltarla al maldito «meódromo». Llegaron al aseo y esperó en la puerta, resignada, hasta que él entró, volvió donde ella estaba y le cedió el paso.

—Chica lista —se burló de ella en voz baja, aunque con la clara intención de que lo escuchase, la satisfacción de saberse obedecido en su tono, bien por haber esperado a que entrara primero él, bien por conformarse sin protestar más.

De verdad que debía de tener el peor día de su vida, porque no era de las que entraba al trapo con nadie. Sin embargo, se volvió a él.

—Esto es muy frustrante. ¿Y si necesito más de dos minutos? No tienes por qué saber qué voy a hacer ahí dentro.

—No me importa cuáles sean sus necesidades. Esperaré aquí sin tener conciencia ninguna del tiempo.

—¿Y si lo que quiero es masturbarme? —preguntó, provocadora, buscando que reaccionase de algún modo, el que fuera, pero que dejase de hablarle sin mirarla y con el mismo tono de voz hueco, como si ella fuese un objeto, no una mujer.

—Le pediré que, en la medida de lo posible, sea silenciosa. Si gime o grita me veré en la

necesidad de entrar para comprobar que no está siendo atacada.

—¡Aarrggg! —gritó, enfadada—, ¿y qué pasará si algún día me apetece pegar un polvo en su turno, eh?

Por fin logró su atención. La miró con gravedad, el cuerpo tenso, mas notó que trataba de evitar la sonrisa que tiraba de la comisura de sus labios.

—Me temo, señorita Miralles, que sus coitos no entran en el servicio que se me ha encomendado. Leeré de nuevo el reglamento, solo por si acaso.

¡Estuvo a punto de abofetearlo! Ella, una mujer serena y justa que había trabajado para tres equipos de gobiernos diferentes, ¡casi le da una bofetada!

Lo miró largamente, incrédula y de manera inútil, pues él seguía vigilando el fondo del pasillo, ignorándola.

Entró al baño porque no le quedó más remedio, marcando cada paso con sus tacones, tan fuerte pisaba, deseando que la tierra se la tragase.

O mejor aún, que se tragase al jodido subinspector Ríos.

Regresó a su despacho y envió una solicitud al conseller, cuya autorización reenvió después a sus compañeros de trabajo. Durante esa semana, por un problema en casa, entraría a las once de la mañana y saldría más tarde; cualquier emergencia, podrían localizarla en su móvil. Sin más explicaciones.

No podía decirles que en vez de trabajar de ocho a siete, que era lo habitual, prefería hacerlo de once de la mañana a diez de la noche y evitarse así al incómodo policía. Se llevaría una fiambarrera con comida para no tener que salir, siquiera. Seguro que le prohibía ir, incluso, a la compra, recomendándole, a modo de orden, que la hiciera online. Si hacía falta, ¡se compraría un maldito orinal!

Santos llegó a las diez menos dos minutos. Se presentó y, sin nada que decirse, no había visto a la VIP más que dos veces y el inspector ya había hablado con el oficial, se despidieron y Juanjo puso rumbo a Zapadores. Dejaría allí el k y cogería su coche híbrido. Se moría de ganas de llegar a casa.

—Natalia Miralles —dijo para sí en voz alta, ya dentro de su Toyota.

Cómo estaba la VIP. Ya se lo había advertido ella: si no la miraba, eso que se perdía porque era muy guapa. Dudaba de que se lo hubiera dicho en plan presumido, no parecía creída, sino más bien por fastidiarle. ¡Y se le daba de miedo hacerlo!

Pero tenía que reconocer que era mucho más que guapa: estaba buena. Algo bajita —mejor, él medía uno setenta y ocho—, melena castaña a media espalda y con los ojos de color ámbar. ¿Ámbar?, ¿cómo que ámbar? ¿Desde cuándo describía él como los poetas? Ojos del color del whisky, así mucho mejor. Naricilla respingona con tres pecas y solo tres en ella —las había

contado— y una piel libre de cualquier marca. Tenía los labios normales, ni finos ni gruesos, pero muy bien definidos, de esos que daban ganas de besar. ¡Qué leches! Era a ella a quien quería besar, con independencia de la forma de su boca. Era una bocazas, eso sí, pero le enseñaría a trabajar con los labios en actividades más placenteras.

Cuorpazo —debía de hacer deporte—, pero cuorpazo no por trabajado, sino porque era proporcionado: los pechos... ya estaba otra vez... la tetas ideales para su altura, quizá algo más grandes, incluso, la cintura y las caderas hacían una curva suave y armoniosa y un culo —sí, culo, qué cojones— de escándalo.

La tía estaba para follársela y a la mierda si era políticamente incorrecto. Total, no se habían caído bien y, aunque fuera el caso, un escolta no se acostaba con su VIP, eso lo hacían Kevin Costner y Whitney Houston en el cine y así acababa la película. O peor, como en la serie de la BBC, donde una ministra acababa muerta y bien muerta y su guardaespaldas, al que se tiraba, no podía evitarlo; una bomba si no recordaba mal. En ambos casos los protas se jugaban sus carreras por unos cuantos polvos y, encima, la cosa acababa como el rosario de la aurora.

Tanto mejor que la señorita Miralles fuese una estirada antipática, su carácter era el repelente perfecto para su libido. Porque con ella tenía la seguridad de que no serían unos cuantos polvos, sino todos los polvazos que pudiera.

En cuanto entró en el piso se metió en la ducha y, a su pesar, se masturbó. Un par de meses sin una mujer y ahora pasaría otros tantos, al menos, con una que lo volvía loco en más de un sentido.

Puto karma, fuera lo que fueses que había hecho mal en otra vida.

Capítulo 3

—¿Qué tal lo llevas? —le preguntó Cristina, su hermana mayor, aprovechando que se habían quedado solas en la cocina. La pequeña, Ana, estaba también con ellas.

—Baja la voz —le pidió. Sus padres no sabían nada de las amenazas—. Mal, la verdad.

—Qué pena me das —replicó Ana, divertida—, varios polis para ti solita.

Rieron las tres sin remedio.

—No, en serio, no es cómodo. Tengo que recordar no acercarme a la ventanas, tener el estor de mi despacho bajado...

—Lástima, las vistas del cauce del río son espectaculares.

—Ventajas de un decimotercero.

—¿Y qué pasa el fin de semana? ¿Por qué no están ahora aquí?

—Solo he recibido amenazas en mi despacho, así que se entiende que el tipo ese no sabe dónde vivo. De todas formas hay alguien bajo, en un coche, vigilando la zona, y pasará la noche vigilando desde el pasillo de mi apartamento. De hecho, me ha traído él. ¡Ahora tengo chófer! —bromeó con desgana.

—Natalia, por favor, ve con cuidado —le pidió su hermana pequeña, preocupada.

—No necesita hacerlo—la corrigió Cristina con una sonrisa—. Tiene a dos tíos buenos cuidando de ella. ¿Te has planteado un trío?

Rieron de nuevo, esas risitas que se emiten cuando la conversación ha subido de tono y hay mucha confianza. El del turno de noche, Santos, había resultado un cincuentón agradable, pero en absoluto sexi.

—¿De qué estaréis hablando, que tenéis la misma sonrisa que cuando sorprendisteis al vecino desnudo? —las riñó su madre, medio en broma, medio en serio, conforme entraba en la cocina y evaluaba su actitud.

—De la conveniencia de subir los tipos de interés por parte del Banco Central. Cris dice que Lagarde se está equivocando. Yo digo que sea más solidaria con las mujeres y le dé un voto de confianza —respondió Natalia componiendo cara de inocencia, sabiendo que su madre no las creería.

—Y yo no digo nada al respecto porque, en realidad, tu hija te está mintiendo —siguió Ana.

—¡Traidora!

—Mamá, se meten conmigo porque soy la pequeña —trató de lloriquear, aunque la risa se le escapaba a cada palabra.

—Dejad en paz a vuestra hermana. —Las otras dos pusieron los ojos en blanco. Su madre bromeaba, claro, pero la menor siempre había sido la favorita—. Os dejaré en la cocina un poco más, pero no freguéis, ¡y desde luego ni se os ocurra fumar!

En los momentos de estrés Cris se encendía algún pitillo. Últimamente en el banco para el que trabajaba el ritmo era frenético y su madre la había sorprendido ya un par de veces con el mechero en la mano, a punto de encender un cigarro, y se había puesto furiosa.

Solas de nuevo, se miraron con cariño. De la mayor a la pequeña había menos de cuatro años de diferencia. Cris tenía treinta y ocho y Ana iba a cumplir el mes siguiente treinta y cinco. Estaban muy unidas.

—No, en serio, ándate con ojo.

—Es solo un tarado, ya pasará. Pero de todas formas estoy cumpliendo con lo que me dicen.

—¿Incluso con las órdenes del tío de la tarde?

Les había escrito esa semana al grupo de Whatsapp de «hermanas lechuzas» para hablarles del subinspector Ríos. A pesar de haberse sacado todo el rencor del pecho, a él no se lo había sacado de la cabeza. Y la semana siguiente iría de noches y no habría forma de quitárselo de encima. ¿Y si le llevaba un café con una dosis alta de laxante?, pensó con maldad.

—Esta semana irá de noche.

—Pues mira, a veces la mejor forma de evitar roces es rozarse mucho.

—Ana, de verdad, desde que te divorciaste estás fatal.

Hacía dos años de su separación, estaba más que superada.

—Desde que me separé he practicado más sexo que en los cinco años que estuve casada.

—Tiene un punto, Cris, —le concedió Natalia—, te guste o no.

—Mi vida matrimonio-sexual es magnífica, gracias —se defendió la mayor—. ¿Qué hay de la tuya, acaso?

—Creo que voy a tener que divorciarme —bromeó Natalia—, a ver si de ese modo tengo más sexo.

—¡Pero si nunca has estado casada!

—Pues eso, pero como Ana dice que se liga tanto...

Volvieron a reír.

—Ahora en serio, ¿por qué no te apuntas a un gimnasio en vez de salir a correr? Hay gente de nuestra edad. O vas a bailar, dicen que está llena de hombres con ganas de meterla.

—Eso ha sido soez.

—Ops.

—Paso de vosotras. Y de los tíos. Y no, no tengo ningún trauma ni soy una sosa, mantengo una

estupenda vida sexual con mi *satisfayer* y, de vez en cuando, con alguien.

—¿He oído *satisfayer*? —Su madre volvía a entrar y esa vez su tono de voz era alarmado.

Y alarmante.

—¿Vas a hacer café, mamá? Para mí un *macchiato* con nata, canela y caramelo. ¿Volvemos con papá?

Y huyeron de la cocina, cual ratas por tirante.

Se marchó un rato después, estaba cansada y esa tarde quería acabarse el libro que estaba leyendo. Recibió alguna broma más sobre su madre, el consolador y sobre el subinspector.

Las últimas no le hicieron gracia. Aquel tipo le gustaba tanto como para que huyese de él, si es que eso tenía algún sentido. Y podía ser muchas cosas, pero no una cobarde.

El domingo, Juanjo quedó con Paula para ir a bailar. Paula era prima de Aitana, la novia de su hermano Alberto. Acababa de mudarse a Valencia por trabajo, como él, solo que ella era arquitecta y venía de Madrid. Y tenía un montón de dinero así que vivía en una villa de primeros del siglo XX enfrente de la playa.

Como él, se había integrado en la pandilla de amigos de Alberto y Aitana, y el vínculo que los unía era, además de que todos ellos eran policías, el baile. Así que Paula le había pedido que fuera con él a clases. Había accedido porque ella le gustaba, porque era una buena forma de ligar y porque la bachata parecía el nuevo yoga.

Paula le gustaba, sí, pero no para tirársela. Ni siquiera lo había intentado. Siendo justos, tampoco ella le había dado pie. Era guapa, divertida, inteligente y tenía un punto algo cándido que le hacía reír. Tenía clase y sí, era algo pija, pero disfrutaba mucho de su compañía y practicaban a menudo en casa de uno u otro, intentando coger nivel suficiente para no sentirse ridículos en la pista.

—¿Qué tal la semana? —le preguntó él, al tiempo que la recogía para ir a Moon, la discoteca que abría los domingos para los salseros.

Solían ir en su coche, el de ella era demasiado escandaloso.

—Tengo que ver qué hago con un puente.

Sonrió sin poder evitarlo. Ya se había acostumbrado a que diera por sentado qué pasaba por su cabeza y, por ende, entendiéndose cualquier frase al azar.

—¿Quieres decir si cruzarlo o quemarlo?

Paula rio, dándose cuenta de que había vuelto a responder sin pensar.

—Quiero decir que debería construir unas pasarelas de un lado al otro de la nueva avenida, algo bonito. Me encanta el de las Flores...

—Ese es irrepetible.

Se trababa de un puente cuya característica conspicua era que, durante todo el año, sus

márgenes estaban llenos de flores: de Pascua en Navidades, claveles normalmente y otras de temporada en festividades especiales.

—Tú eres irrepensible —bromeó Paula con él—. Y ya lo sé, no pretendo copiarlo. Además, el mantenimiento es carísimo.

—El setenta por ciento del presupuesto de flores de la ciudad.

—¿En serio? Vaya pasada. Quiero hacer un serie de construcciones que...

—¿Que nos arruinen?

Soltaron ambos una carcajada.

—Creo que iré a medirlo el viernes que viene, después de comer.

Juanjo se puso serio.

—No lo hagas.

—¿Por qué?

—No estoy seguro, pero ve entre semana o espera un poco más.

—No quiero escaparme entre semana de la oficina para eso, aunque también sea trabajo. Además, quiero hacerlo sin prisas y el viernes es un día perfecto para ello

—No, no lo es.

—Porque tú lo digas. —Solía divertirse que se comportase como una cría, pero en ese momento no le hacía tanta gracia—. ¿Vienes conmigo?

No iba a decirle que él no iría, pero que era probable que muchos compañeros sí lo hicieran. Había cosas que no podían contarse a nadie ajeno al Cuerpo.

—Paula. No. Vayas.

—No me gusta que me digan lo que tengo que hacer, Juanjo, te lo recuerdo.

—¿Por qué últimamente las mujeres de mi vida son así?

Acababa de aparcar, pero ella no le dejó sacar la llave del contacto y, por ende, lo forzaba a no salir del coche.

—¿Has conocido a la mujer de tu vida?

—¿Por qué no me preguntas si eres tú la mujer de mi vida?

—Porque sé que no lo soy.

—No...

—No me enredes y contéstame: ¿has conocido a la mujer de tu vida?

Era su amiga, no tenían demasiados secretos. También ella le había contado muchas cosas íntimas.

—No es la mujer de mi vida. Es la VIP, la mujer a la que estoy escoltando —se explicó—. Tampoco le gusta que le digan lo que tiene que hacer.

—¿Te gusta?

—Mierda, si vamos a tener esta conversación, hagámoslo con una cerveza o bailando.

—Tú no sabes hacer dos cosas a la vez, y en la pista te quiero concentrado para que no me pises, así que cerveza y ya veremos si nos da para bailar.

Resignado, apagó el motor y se fueron al bar donde solía ir con David y su hermano cuando había partido. Esa semana la Selección jugaba lunes y jueves, así que no había liga ni habría escándalo de aficionados.

Ya sentados, volvió a la carga.

—¿Está buena?

—Me recuerda en cierta forma a ti.

—¿Rubia de ojos azules?

—No, es castaña y con los ojos marrón claro. —No le diría lo de ojos color ámbar ni harto de vino—. Pero, como tú, no es muy alta y parece que tiene mucha clase.

—Vaya, gracias —respondió Paula, azorada.

—Y también un cuerpazo. Y es arquitecta.

—¡Cuántas casualidades! ¿No estarás proyectándome? —bromeó.

—Ojalá nos gustásemos —dijo, muy serio—. Tú y yo —acabó, aun sin necesidad de especificar.

—Ojalá —corroboró ella.

Ambos se sentían solos en una ciudad nueva, quizá por eso habían hecho tan buenas migas.

—Quiero saber más de... ¿cómo se llama? Vale, no puedes decírmelo, como no puedes decirme por qué no puedo ir el viernes por la tarde al puente de las Flores. Pero quiero saber más de ella, tenme al día, ¿vale?

Se acabaron el tercio y se fueron a bailar. La imagen de Natalia se cruzó con insistencia por su mente, a pesar de que apenas la había visto durante aquella semana. Ahora bien, la siguiente iba de noches y no podría evitarlo. Porque de eso no tenía dudas: Natalia Miralles lo estaba esquivando.

A la mañana siguiente hubo una pequeña reunión a las ocho entre los tres encargados de la escolta de Natalia. Santos salía, un compañero de refresco haría la mañana y Puig empezaría a las dos. Estaban en el despacho del inspector, en Zapadores, en un ambiente relajado.

—Gracias por venir a los dos. Solo quiero saber si, al margen de lo que hayáis puesto en los informes, hay algo más que queráis comentar o que necesite saber.

—Nada, señor —contestó al instante él.

Santos se explayó más. Era un oficial con más de treinta años de experiencia en el cuerpo. A pesar de que sus cincuenta y tantos años habían aumentado el perímetro de su barriga, se mantenía en forma.

—Por mi parte estoy encantado con ella, jefe. —Poseía, además, la relajación que daban tantos años de trabajo—. Aunque es obvio que no le gusta que estemos con ella, es educada y colaboradora.

¿Educada? ¿Colaboradora? ¡Esa no era su Natalia! En realidad, se corrigió enseguida, Natalia no era suya, era la VIP y punto. ¡Dichosa Paula, que lo enredaba de mala manera!

—Estoy de acuerdo —corroboró Puig—, y es muy amable, además.

—¿Te ha preparado ya uno de sus cafés?

El inspector sonrió, asintiendo.

—Cuando la recojo por las mañanas me lo baja en una taza de cerámica.

—El punto de la canela con caramelo es impresionante. A mí me lo ha estado trayendo a eso de las dos de la madrugada cada noche. Creo que se ponía el despertador para hacérmelo.

—Es una mujer estupenda.

—Sí que lo es.

¿De qué coño hablaban esos dos? Natalia Miralles, ¿preparando cafés para sus escoltas? Le estaban vacilando, pero no se atrevió a preguntar para no quedar como un completo imbécil, fuera cierto o no. Así que mintió, si más:

—Los mejores cafés, en efecto.

—Os recuerdo —volvió al tema oficial Marcos— que desconoce la gravedad de las amenazas y la frecuencia de estas.

—¿No debería saberlo? —dijo Santos.

A pesar de preguntar, no cuestionaba la orden.

—No, si no es necesario. Podría volverse psicótica y es más sencillo si actúa con normalidad. Eso sí, si en algún momento veis imprescindible contárselo, hacedlo. Tampoco es un secreto ni una orden mantenerlo en silencio.

Quizá fuera la razón de su insolencia, se dijo Juanjo. No sabía hasta qué punto necesitaba ser protegida. ¿Por qué leches la justificaba? La realidad era que no le gustaba que la mangoneasen, como le había soltado el miércoles, que ni que él fuese el acosador, y pagaba su frustración con ellos.

No, se corrigió, la pagaba con él, a sus compañeros les llevaba cafés exquisitos. ¡Dichosa arquitecta del demonio!

—Otra cuestión: los puentes de octubre. —El Día de la Comunidad caía en martes y la Hispanidad en viernes; Todos los Santos en miércoles—. Seguridad Ciudadana no nos cubre, o no de entrada. Bastante follón van a tener con el tema del fin de semana próximo. Puedo presionar, pero...

—¿Podríamos trabajar dos turnos y que nos cubran la noche? —preguntó Juanjo—. Podríamos hacer mañana y tarde con ella, un día cada uno, y disfrutar de dos días de descanso.

—Eso sí me lo concederían. ¿Santos?

—Me salváis, el del día nueve tenía planes por mi aniversario de bodas...

—Yo haré el...

—Empezaré yo —se ofreció Puig, interrumpiéndole. Era el mejor de los tres días de fiesta y el inspector siempre daba el primer paso adelante—. Juanjo, ¿el ocho tenías fiesta? Sigue en pie,

entonces.

—Puedo hacer el doce —se ofreció el oficial—. Mi suegra se llama Pilar, no me importaría no poder ir a la comida familiar.

Hubo risas.

—Entonces yo haré el miércoles uno de noviembre —dijo él.

Parecía que con eso quedaba todo solucionado.

—De acuerdo, ¿nada que reseñar, entonces? —prosiguió el inspector. Negaron los otros dos con la cabeza—. En ese caso, Santos, mejor vete a descansar y Juanjo, intenta dormir algo esta tarde, la noche se hace larga. Gracias de nuevo a los dos.

Marcos Puig era un buen jefe, se dijo camino del gimnasio, con idea de reventarse tres horas para echarse una siesta larga y cambiar el horario con más facilidad.

Capítulo 4

Natalia Miralles vivía en el último piso de una finca nueva en la Alameda, enfrente del Hemisférico.

Era jueves. Llevaban toda la semana sin verse. A las diez de la noche, cuando él empezaba, ella ya estaba en casa, y a las seis, cuando llegaba Santos para relevarle, todavía no la había visto. Hacía su guardia en el pasillo, aunque tenía llaves y sabía que los otros dos la hacían dentro. Era mortal de necesidad, aburridísimo, pero era su trabajo y, por el momento, no había salido una vacante en otro lugar. Su jefe sabía, había hablado con él, que cambiaría en cuanto apareciera una ocasión interesante.

Esa noche, sin embargo, la VIP parecía tener otros planes. Cuando llegó estaba en la puerta, hablando con Puig. Se los veía en pose distendida, divirtiéndose, incluso. Desde lejos pudo ver que vestía diferente: en lugar del traje de chaqueta habitual con tacones bajos, llevaba unos vaqueros, botines altos y una blusa muy femenina con escote por delante y por detrás, según pudo apreciar. ¿Cómo hacían las mujeres para llevar esas cosas sin que se les viera el sujetador? Al acercarse vio que su maquillaje, siempre discreto, era más intenso.

Estaba guapísima.

—Señor —saludó a su inspector.

—Buenas noches, Juanjo. La dama sale esta noche —le dijo, sonriendo a Natalia—. Tendrás que asegurarte de que nadie se le echa encima.

Ahora fue ella quien rio.

—Hace años que no tengo ese problema, pero gracias por los ánimos.

Sintió una punzada de celos al verlos tan a gusto el uno con el otro. Celos profesionales, se dijo, porque la relación con su VIP no era buena.

—Será mejor que me marche y que vosotros también lo hagáis. No querrás hacerlas esperar.

—Gracias —respondió al otro, pero mirándolo a él—. ¿Me das dos minutos? Tengo que coger el bolso.

Ni siquiera le contestó, porque era absurdo hacerlo y porque no era una pregunta. Desapareció dentro de la casa.

—Cualquier problema, llama —le ofreció el inspector—. Va a cenar con sus hermanas a un restaurante japonés.

Asintió y se despidió de él sin el saludo reglamentario, pero sí con un:

—A sus órdenes.

Poco después salió Natalia, preguntando por inercia:

—¿Vamos?

—Entiendo que el inspector Puig ha autorizado esta salida —inquirió solo por fastidiarla.

—¿Marcos? Desde luego.

Que llamara a su compañero por su nombre de pila no ayudó a que se rebajara la sensación de competencia masculina. Profesional, se corrigió de nuevo, competencia profesional. Si Natalia Miralles fuera un hombre la situación no cambiaría, se mintió con descaro.

—Vamos, entonces —dijo con voz neutra, obligándose a mantenerse sereno. Entraron en el ascensor y pulsó la planta baja.

—Podemos coger mi coche, está en el *parking*, así a la vuelta será más fácil aparcar.

—Iremos en el mío —llevaba uno oficial.

—No me importa, lo tengo asegurado a todo riesgo —insistió, puñetera, insinuando que no sabía conducir.

La mirada que se ganó fue de órdago.

—Estupenda la extensión de tu seguro.

—Lo digo en serio. O incluso podría llevarlo yo.

Se detuvo el ascensor en la planta baja, salió al portal, miró a su alrededor y se volvió para indicarle que hiciera lo propio. Natalia, cabezota, se quedó dentro pulsando el botón de abrir puertas, esperándolo.

—No quiero presumir, pero tengo un Porsche —dijo, mostrándole el llavero.

¿Sería cierto?, se preguntó. No podía ganar tanto, aunque su casa debió de costarle un pico.

—No quiero presumir —le replicó en el mismo tono—, pero el mío tiene una sirena escondida y armas. ¿Tu Porsche tiene alguna de las dos cosas?

—Podría ponerle una piscina detrás. —La miró sin comprender—. Para la sirena, digo.

Bufó, incrédulo.

—Si quieres ver a tus hermanas esta noche, sal del ascensor.

Resignada, lo siguió. Abrió la puerta de atrás de un Opel Astra y la invitó a entrar.

—¿No puedo ir delante, como los mayores?

—Detrás, Miss Daisy.

Fue el turno de Natalia de emitir un gemido de queja, pero subió. Él le cerró la puerta y, dando la vuelta al coche desde detrás, subió al asiento del piloto.

—Así que aquí es donde metéis a los chorizos.

—En este coche no trasladamos a detenidos. —Arrancó—. ¿Dónde?

—Al Osaka.

—¿Al de las universidades?

—No, al de la plaza de Europa.

—Vamos, no me jodas —protestó en voz baja.

Apagó el motor y salió, dando de nuevo la vuelta al vehículo para abrirle.

—¿No iremos? —preguntó ella.

—Iremos andando.

Se apeó también Natalia.

—¿Eres ecologista?

—Soy de los que odia llegar a un sitio en el coche en cinco minutos para después tener que pasarse otros quince intentando aparcar. En menos de diez minutos estaremos allí, y me vendrá bien estirar las piernas.

—Deberías comprarte un patinete eléctrico, si tanto te disgusta no encontrar sitio para meter el coche. ¿Tienes uno?

La miró como si estuviese loca, absteniéndose de seguir la conversación.

Siguieron en silencio un par de minutos, él en la parte exterior de la acera, la calle alumbrada por los edificios y las farolas, la avenida casi desierta.

—Es un nombre bonito.

—¿Qué? —No sabía a qué se refería ella, estaba concentrado mirando a su alrededor sin aparentar hacerlo.

—Juanjo, es un nombre bonito. Creí que te llamarías Leocadio, de ahí tanto empeño con lo de subinspector Ríos. —No reaccionó—. O Agapito. —Nada—. Quizá Torcuato.

Suspiró en un gesto exagerado, no entraría en su juego.

—Gracias, se lo diré a mis padres de tu parte.

—¿Tienes padres? ¡Vaya!, creí que eras alguna clase de experimento secreto del Gobierno, una especie de robot que ni siente ni padece.

Años de entrenamiento hicieron que no se echara a reír.

—Si nos damos prisa, podemos cruzar antes de que se ponga en rojo —fue todo lo que salió por su boca, apretando el paso.

Se moría por quitársela de encima, soltarla en el Osaka y no verla. Estaba muy sexi en vaqueros pero, sobre todo, le divertía y le exasperaba al mismo tiempo, queriendo reír y estrangularla a la vez. Resumiendo, que le atraía, le intrigaba y, sobre todo, le gustaba demasiado. ¡Qué leches!, le ponía; punto.

Natalia se rindió. Al parecer, era imposible alterar al policía. ¿Mantendría relaciones sexuales, acaso? ¿O ni siquiera sería capaz de excitarse? Tentada estuvo de preguntarle, pero la otra vez que habló de sexo salió escaldada.

—¿Entrarás al restaurante?

—Ya he cenado.

Sus hermanas iban a llevarse una decepción si ni siquiera entraba en el local, y Juanjo no

parecía tener intención de colaborar. De hecho, había quedado a insistencia de Cris y Ana, que estaban intrigadas con él. Porque sí, claro que les había hablado de Fénix —¿cómo no iba a ser el guapo del Equipo A?—; según sus lechuzas, que así se apodaban porque ese ave en concreto tenía una significación especial para ellas, no había dejado de mencionar su nombre. Raro, porque no tenía nada que decir ya que apenas coincidía con el agente.

Llegaron al lugar, el escolta le abrió la puerta y le indicó que pasase. Alzando las cejas, dio dos pasos para recordar entonces que el local tenía puertas dobles, esto es, una a la entrada del bajo comercial y otra que daba al restaurante. Sabía qué tenía que hacer, así que esperó hasta que él se asomó a la sala y le confirmó que entrase cuando quisiese.

—¿En serio te vas a quedar aquí?

—Si crees que alguien quiere atacarte con un palillo, grita.

—Le diré a una de mis hermanas que venga a avisarte, llegado el momento.

Podía estar allí o podía entrar, era su decisión. Solo por fastidiarla, cambió de idea.

—¿Están tus hermanas dentro? Vaya, ¿y son guapas? Déjalo, lo comprobaré por mí mismo.

Y abrió, entrando y sosteniéndole la puerta.

Lo miró con rencor mal disimulado. Verla a ella le daba completamente igual, pero, sin embargo, quería conocer a sus hermanas. Los celos la asaltaron. ¡Pues claro que sus hermanas eran guapas! ¡Más que ella! Cris no le preocupaba, estaba felizmente casada, pero si Ana tonteaba con él le confesaría a su madre que no fue un delincuente anónimo quien rayó el Mercedes cuando la pequeña tenía diecinueve años.

—Está como un queso, tengo que reconocértelo —le dijo Cristina al cabo de un rato, con la mesa servida y una botella de vino ya vacía.

—Sí que lo está —confirmó Ana.

Juanjo debía de saber que lo habían estado mirando todo el rato y hablando sobre él. En cambio, no había hecho ningún gesto que delatase que era consciente del escrutinio.

—Lo decís como si fuese mío.

—Bueno, ¿no hay ninguna posibilidad?

¿La había? No tenía ni idea.

—Hagamos algo divertido —propuso la menor, traviesa.

Las otras dos se animaron.

—¿Qué?

—Escápate por la puerta de detrás. Di que vas al baño, le haces la tres catorce...

—Es la trece catorce —la corrigió ella, en una discusión que mantenían desde siempre.

—Bien, vale —la ignoró—, sales por las cocinas y entras de nuevo. Le dará algo.

Rieron las tres como crías. ¿Se atrevería? A él no le haría ninguna gracia, ninguna, eso seguro.

Pero dudaba de que lo metiera en un lío por algo tan tonto.

—Hecho —se decidió.

Se levantó, hizo una seña disimulada a su guardaespaldas y se fue en dirección al baño. Apenas podía aguantar la risa y, sin duda, sus hermanas estarían carcajeándose en la mesa. ¿Cuánto tiempo debía permanecer fuera?, se preguntó mientras saludaba a los camareros con naturalidad, como si colarse hacia las cocinas fuera lo más normal. Al final no fue necesario cruzarlas, tenían una puerta lateral para carga y descarga y salió por allí.

La noche era algo fresca. Había un pequeño parque al lado, una zona de césped con algunos árboles, seguramente una propiedad vecinal abierta, pues no tenía sentido algo así estando a menos de un minuto andando tanto la Alameda como el cauce antiguo del río, un gran vergel que cruzaba la ciudad de oeste a este.

Decidió quedarse allí. No había cogido el móvil así que no sabía qué hora era. Contaría hasta trescientos y entraría. Serían unos cinco minutos, más o menos. Disciplinada, comenzó. No había llegado al cien cuando lo vio aparecer, iracundo.

—¿Crees que esto es divertido? ¿Te parece que me lo esté pasando bien?

Su voz, dura, y su mirada, furibunda, resultaban aterradoras. Supo que se había excedido en ese momento y tuvo la certeza de que se lo haría pagar.

—Yo... —calló, sin saber qué responder.

—Vaya, doña Natalia-La Listilla-Miralles se ha quedado sin palabras. Te lo repetiré, ¿ves la gracia en todo esto? ¿Crees que me lo estoy pasando en grande?

Se acercó a ella e hizo lo impensable, la tomó del brazo con firmeza, sin llegar a apretar para hacerle daño, pero amarrándola de un modo que no se soltaría ni aunque lo intentase. Cosa que, desde luego, no pensaba hacer; sería un suicidio con el cabreo que llevaba él.

—Acabo de darme cuenta de que no. Que no tiene gracia —dijo en voz baja, arrepentida.

Su voz y, sobre todo, sus enormes ojos de color ámbar —a la mierda las descripciones— lo ablandaron. La soltó apenas e iba a rebajar el tono cuando sonó una explosión. En un segundo la tenía cogida por el brazo, al siguiente le hacía alguna especie de llave y se lanzaba al suelo con ella debajo, protegiéndola con el cuerpo.

Natalia se asustó.

—Ha sido un petardo —dijo él al cabo de un segundo, sintiéndose ridículo.

Debía de haber algún crío en la zona tirando tronadores[2] dado que se acercaba el puente de la Comunidad y se permitía lanzarlos.

Fruto de los nervios, ella se echó a reír. No un poco, sino a tensas carcajadas. Molesto, se levantó y se apartó de ella, obviando la figura dura y suave a la vez sobre la que se había tendido. Aquella mujer era todo contradicciones, incluso su cuerpo lo era.

—Espero de corazón que hayas caído encima de un excremento de perro —le dijo con una sonrisa forzada.

Aquello cambió la situación. Natalia entendió que lo había hecho y se puso en pie de un salto,

al tiempo que se quitaba la blusa, histérica. Y así fue como Juanjo supo por qué no se le veía el sujetador con tanto escote: porque no llevaba.

Marcó la vista al frente.

—Bromeaba, Natalia, no has caído sobre ninguna hez. Natalia... —Ella seguía dándole vueltas a la camisa, nerviosa—. ¡Natalia, joder, vístete!

Solo entonces fue consciente de que su camisa estaba limpia y de que estaba enseñando los pechos en la Alameda. Se acercó la camisa al cuerpo, pero la retiró de nuevo. Le repelía solo por la idea de que hubiera podido ocurrir.

—Quizá no una caca de perro —su voz sonaba infantil, no podía evitarlo—, pero a saber si no han orinado ahí, o escupido o qué sé yo.

Así que era escrupulosa, sonrió para sí. Tentado estuvo de decirle que la misma norma se podía aplicar a su pantalón, pero capaz era de quitarse los vaqueros, también.

—Tú estás fatal, en serio. Vístete, por favor.

De veras que intentó ponerse la camisa, pero la idea le asqueaba.

—No te preocupes —intentó quitarle hierro al asunto—, estoy acostumbrada a hacer top-less en la playa.

—Aquí no hay arena ni bañistas. Natalia... —Seguía con la mirada clavada en un punto indefinido por encima de la melena castaña.

—Puedes mirar, no son mías.

Aquello hizo que bajara la vista un microsegundo. ¡Sería cabrona!, se quejó, levantando la vista de nuevo, convencido de que lo había visto mirarle las tetas. Unas tetas preciosas, por cierto.

—Paula dice que si las has pagado, son tuyas —replicó, sin saber qué más decir.

—Entonces son de mi madre. ¿Quién es Paula?, ¿es tu novia? —No pudo esconder los celos—. ¿También se las ha operado?

Joder, joder, joder, o se ponía la maldita blusa o no respondía. Ignoró su pregunta y se quitó la americana.

—Póntela, por favor. —Había un deje de desesperación en su voz mientras se la tendía sin mirarla.

Agradecida, la cogió y se la puso. Se sentía ridícula, era enorme y seguro que parecía un payaso con ella. El olor a su *aftershave* la envolvió y sintió una calidez en las entrañas.

En ese momento aparecieron Cris y Ana.

—¿Va todo bien?

—Todo en orden, señoras. Su hermana ya se iba. ¿Es ese su bolso? ¿El móvil está dentro? Por favor, si me lo entrega —respondió del tirón.

Desde luego que sabía que se había dejado el móvil sobre la mesa, había observado su salida. En cuanto se habían puesto a cuchichear supo que tramaban algo, habían sido muy transparentes.

—Aquí tiene, señor —dijo la menor en tono sumiso.

Había que decir que había impresionado a las otras dos Miralles.

Se despidió con la cabeza y, sin necesidad de decir más, Natalia lo siguió.

No pronunciaron ni una sola palabra durante la vuelta. Ni siquiera se asomó a devolverle la chaqueta una vez en su piso.

Capítulo 5

El viernes tras su desnudo ya no lo vio. Para cuando llegó, a las diez, ella estaba ya en la cama, y cuando salió, al día siguiente, era un agente de refresco, uno que no conocía, quien la esperaba.

La semana siguiente salió a las siete y media en punto cada mañana y le pidió con educación que la llevara al trabajo. No hablaban en los veinte minutos del trayecto, se encerraba en su despacho nada más llegar y ya no salía hasta pasadas las dos. Pedía al encargado de la cafetería de enfrente que le subiese el almuerzo e intentaba no hacer pipí si no era estrictamente necesario. Confiaba en que no le costase una infección de orina pero... se sentía avergonzada por lo ocurrido y no sabía cómo disculparse. Le devolvió la americana el martes, que había llevado previamente a la tintorería, sin mediar palabra, y se mantuvo alejada de él.

Tentada estuvo de hacerse la enferma toda la semana y trabajar desde casa. No había faltado nunca a la oficina en once años, nadie lo pondría en duda, ni siquiera su médica de cabecera si le decía que no se encontraba bien, dado que sabía que tenía una salud de hierro, pues la conocía desde que dejara el pediatra, a los catorce. Se preguntó, como por capricho, cuántos años tendría aquella señora.

Y, por enésima vez, la edad de Juanjo. Debían de ser de la misma quinta, año arriba o año abajo. No le había dado pie a preguntarle nada porque no le había dicho ni mu. Nada de nada. *Rien de rien. Nothing de nothing* y como fuera que se dijera en alemán.

Desde el intento de fuga de hacía ocho días no había dejado de pensar en él, en su enfado, en el poco tiempo que lo tuvo sobre su cuerpo, en la mirada apurada de sus ojos negros cuando se quedó desnuda de cintura para arriba... Había rememorado la imagen unas cien veces en su mente —la de una escena que no había contado a nadie, ni a sus hermanas siquiera—, esa y muchas otras de él. Cada día era más consciente de Juanjo, de sus hombros anchos, de su boca, de sus orejas —lo suyo con las orejas no era normal—, de su cuerpo compacto, de sus manos grandes y de uñas limpias. Podría dibujarlo de memoria, tan bien lo conocía. Y sí, lo había hecho con escaso éxito, el dibujo artístico nunca fue su fuerte y le supuso un lastre durante la carrera.

La semana se le hizo eterna y cuál fue su sorpresa al encontrarse a Santos el viernes a las siete y media de la mañana en su puerta.

—Espero que no te moleste, Natalia, pero esta tarde salgo de viaje —el lunes era puente y el martes fiesta— y Juanjo me ha hecho el favor de cambiarme el turno para poder irme antes y evitar el atasco.

—En absoluto —le respondió, amable—. ¿Dónde te vas?

Escuchaba a medias al oficial, aunque su mente ya estaba maquinando cómo quitarse de encima al subinspector. ¿Quizá currar hasta las once? Exagerado mas no imposible...

Finalmente, bien pasadas las siete de la tarde ya no aguantaba más y decidió marcharse del despacho. Juanjo estaba fuera, pero solo serían veinte minutos y se acabaría el suplicio, al menos por unos días, en el mismo momento en que cerrase la puerta de su casa.

Deseaba con todas sus fuerzas que él hiciese puente, también.

Malditas las ganas que tenía de verla más de la cuenta, pero Santos le había pedido que le cambiara su turno para poder irse con su mujer a la Selva de Irati antes de que empezasen las colas. Había pasado una semana desde la bromita y estaba obsesionado con ella. La visión de sus pechos le había impactado. Le importaba bien poco si eran operados o no, eran del tamaño perfecto para el torso de Natalia y para su mano. Eran naturales, no dos bolas de tenis, tenían forma de lágrima y un pezón grande y sonrosado, eran... eran su jodida obsesión y serían su perdición, lo sabía ya. Su crónica de una caída anunciada.

Aunque lo que lo había desarmado fue verla con su chaqueta. Grande, se la había doblado por los puños intentando adaptársela, cerrando al máximo las solapas para que no le colgase por los hombros, dejando que la abertura le llegase hasta más allá del escote.

No era hombre de lencería, era más bien de «todo fuera ya». ¿Quién iba a decirle que una americana lo excitaría tanto? Claro que, en ella, tenía un punto elegante y caliente a la vez.

Iba a matarlo; esa mujer lo mataría antes de que acabase la misión.

Miró el reloj cuando escuchó ruidos dentro del despacho. Eran casi las siete y media. Confiaba en que Natalia le pidiera ir a casa directamente y les hiciera la vida más fácil a ambos.

Sabía por sus compañeros que salía a correr, pero que lo hacía en el turno del inspector, aunque para ello tuvieran que hacerlo a las cinco y media de la mañana. Era, según Puig, una buena atleta. También le habían dicho que le gustaba tomarse un vino con alguna amiga, pero tampoco lo hacía nunca cuando él estaba de turno. Y seguía preparando sus famosos capuchinos para recibir al de la mañana y para animar la madrugada del de la noche, unos que no había probado.

Menos de tres horas, se dijo, dos horas y media y tendría puente; esa semana y la siguiente Dios se apiadaría de ambos y acortaría los días laborables a cuatro, también.

—¿Nos vamos, por favor? —le pidió la VIP nada más salir del despacho.

Todo educación desde el jueves anterior, no intentaba pincharle, no bromeaba... no nada. Le venía justo mirarle a la cara las pocas veces en que le hablaba. Echaba de menos su lengua

afilada, si era sincero.

—¿A casa? —le faltó a él el «por favor», tan suplicante era su tono.

—Sí, gracias.

Salieron del edificio y se adentraron en el tráfico, más denso de lo habitual. Le sonó el móvil, conectado al manos libres del coche, y el nombre de Paula salió en la pantalla del salpicadero. Lo apagó y al momento volvió a dar el tono de llamada. Lo dejó sonar, paciente, hasta que se detuvo.

Y volvió una tercera vez la jodida melodía.

—No me importa que lo cojas —le dijo ella con voz forzada.

—No necesito tu permiso para atender una llamada si así lo deseo —le respondió, seco.

—Disculpa —se molestó ella—, pero como es tu novia creía que no se lo cogías por si... por si... por si lo que sea.

El teléfono volvió a sonar una cuarta vez.

—¡Mierda! —espetó, dándole al botón de descolgar ubicado en el volante—. Paula, estoy en manos libres, trabajando. ¿Va todo bien?

Su amiga era una chica lista, sabría que la VIP de la que le había hablado —sí, también lo del japonés se lo había contado— estaba con él y sería discreta.

—No... no sabía que estabas... creía que ibas de mañanas. Lo siento, yo...

—¡No cuelgues! —le pidió. El tono de ella estaba cargado de preocupación, incluso de miedo—. Iba de mañanas, pero he cambiado el turno a un compañero. ¿Dónde estás?

Se hizo un silencio de cinco segundos. Incluso Natalia estaba tensa, tanta angustia se sentía en la voz del otro lado de la línea.

—Estoy en Zapadores. Me han detenido.

¡Joder! ¿Y había dicho de ella que era un chica lista?

—Has ido al puente a dibujar, ¿verdad? —preguntó sin necesidad.

¡Desde luego que lo habría hecho!

—Sí —confesó en voz baja.

—¿Estás bien?

—Sí, solo... ¿podrías venir a...? No, claro que no, estás trabajando. ¿Puedo llamar a Alberto o esto es como en las películas, solo tengo una llamada?

—Escúchame bien, preciosa —le habló con cariño, intentando que se sintiera segura—, lo arreglo en diez minutos. Creo que Martín está en Jefatura. En breve saldrás de allí. ¿Segura que estás bien?

—Sí. —La voz sonaba muy desanimada.

—Voy a colgarte para solucionarlo, ¿de acuerdo? En nada, verás una cara amiga. O varias, incluso. Y cuando salgas me avisarán y te volveré a llamar, te lo prometo. Esto quedará en una anécdota divertida, ya lo verás. Y has hecho lo correcto llamándome. Lo correcto y lo mejor.

A Natalia la ternura de Juanjo, cómo hacía que la otra se sintiese segura, le produjo un dolor inesperado.

—Gracias —respondió Paula, al borde del llanto.

Juanjo colgó sin decir nada a la pasajera, detuvo el coche, apagó el manos libres y llamó a Martín. Le explicó este que estaba en Jefatura pero que llegaría en quince minutos y lo arreglaría.

—Que sean diez —le pidió.

Y volvió a arrancar. Puso el intermitente izquierdo y miró por el retrovisor, dispuesto a ingresar en el tráfico de nuevo, evitando la zona del puente de las Flores, aunque supusiera una vuelta mayor.

—Vamos allí—oyó que le ordenaba Natalia, con seguridad.

Calló unos segundos, sorprendido. Se moría por ir a tranquilizar a Paula, pero estaba trabajando.

—Te lo agradezco, pero no es posible...

—Creo que soy yo quien decide dónde vamos, ¿no? —Su tono era firme pero sus ojos y sus labios sonreían—. Llévame a Zapadores, por favor.

Lo analizó apenas dos segundos.

—La esperaremos en el bar de enfrente —anunció—, tomando un café.

—Quien dice un café, dice una tila o un coñac.

A su pesar, sonrió. Dichosas Paula de Castro y Natalia Miralles.

Martín entró en el bar con su amiga. Le rodeaba los hombros con el brazo. Se la veía frágil. Se sentó y, acto seguido, ella se quitó el echarpe que llevaba, se levantó y la rodeó con él. Era de cachemira, tenía un tacto que, sin duda, la reconfortaría.

—¿Quieres una infusión o prefieres alcohol? —le preguntó ella con voz suave.

La rubia preciosa, como Juanjo la había llamado en el coche, la miró agradecida.

—Una tila estaría bien, gracias.

Pues vaya mierda, se dijo Natalia: la novia de su escolta buenorro le caía bien.

—¿Usted quiere algo? —le ofreció al policía que había llegado con ella.

Este, en pie, negó con la cabeza pero le extendió la mano.

—Inspector Llagaria. Martín —rectificó al punto—. Martín Llagaria.

—Natalia Miralles.

Se acercó en ese momento el camarero y ella le pidió la tila.

—¿Natalia Miralles, la de Obras Públicas? —Miró a Juanjo—. ¿Es la jefa del gabinete tu VIP?

Este, en cambio, la miró a ella.

—Martín lo sabe todo.

—Es una enciclopedia —confirmó en voz baja Paula.

—Juanjo, tengo que volver —explicó el inspector, que estaba trabajando—. ¿Pido un coche para...?

No especificó para cuál de las dos, que eligiera él.

—No será necesario —dijo Paula. Su voz estaba llena de culpabilidad, no quería pedir más favores—. Pediré un taxi.

—No será necesario, nosotros la acercaremos donde sea —aseveró Natalia.

Martín se despidió de todos ellos con un gesto y se marchó.

Llegó el camarero, la rubia puso dos sobres de azúcar, removi6 el líquido amarillento y se lo bebió como si fuera un chupito, necesitada de calor.

—Podrías haberte abrazado —bromeó Natalia con ella.

—Y podrías haberte hecho daño —la riñó él.

—¡No la regañes!

Cómo no, se dijo él, la otra salió en su defensa, llevándole la contraria.

Sin ánimo de nada, solo porque estaba herida, Paula se apartó el pelo de la cara. Había un feo moratón en la mandíbula.

—Ya me he hecho daño.

Por el rostro de Juanjo cruzó la rabia aunque su voz sonara suave.

—¿Te han golpeado? Paula, ¿te han...?

—No, tropecé, hubo una avalancha de gente —se detuvo y miró a la otra mujer—. Quería dibujar el puente de las Flores, soy arquitecta y necesitaba unas medidas. Me advirtió de que no fuera —se refería, era obvio, a Juanjo—, no me dio ninguna razón pero me dijo que no fuera, y no le hice caso. Me golpeé el rostro con una farola y caí al suelo. Me recogió un agente y me detuvo. Y ahora estoy aquí —terminó, con cara de circunstancias.

—Yo tampoco habría obedecido ciegamente sin saber por qué —se solidarizó.

Se la veía tan débil en aquel momento que se la hubiera llevado a su casa. No le sorprendía que Juanjo la quisiera.

Aquel pensamiento la partió en dos, le sobrevino un dolor intenso que la desanimó también a ella.

—Estupendo, las dos mujeres de mi vida me desafían y me desobedecen si no reciben explicaciones. Debí portarme fatal en otra vida.

—Puedo dar fe de que en esta vida tampoco eres un santo — bromeó Natalia—. Y ni que fueras una autoridad en nada para someternos.

—Pues se da el caso de que soy la maldita autoridad.

—Me he quedado solo con lo de maldita.

¡Oh, fantástico! Ahora que Paula se comportaba como un corderito, Natalia volvía a ser la loba feroz.

—¿Nos vamos, por favor? Me pone nervioso que estéis aquí.

—¿Nos vas a permitir seguir juntas? —fue la rubia la que, por primera vez, bromeó.

Pidió la cuenta, pagó y salió de allí casi corriendo. Aquellas dos mujeres no debían hacerse amigas o estaría perdido.

Dejaron a Paula en casa, tanto insistió esta, y de vuelta se permitió llamar desde el manos libres a la prima de ella y su cuñada, Aitana, para contarle lo ocurrido. La forense sabría qué hacer y cómo. Al poco fue Alberto quien llamó para interesarse por lo sucedido, acababa de enterarse por Martín, así que el camino de regreso fue bastante entretenido.

Isabel se lo pasaría en grande cuando lo supiera, se dio cuenta Juanjo, sabiendo que ya no era la única de la pandilla a la que habían detenido por error.

Acompañó a Natalia hasta la puerta y se dispuso a acabar la guardia. A lo tonto eran las nueve largas, en menos de media hora sería libre por cuatro días.

—¿Quieres entrar? —le ofreció ella, para su pasmo—. Sé que puedes estar dentro, Santos suele quedarse en el comedor sentado en el sillón, leyendo con su Kindle. —Se puso seria de pronto, la mirada arrepentida—. Vaya, ¿podía decir eso?

Sonrió a su pesar, entrando tras ella, no antes.

—Sé que Santos se queda aquí y lee, como sé que Puig prefiere la cocina y que sale a correr contigo, o que haces unos cafés exquisitos con nata, canela y caramelo.

Se sintió culpable por no haberle ofrecido uno nunca.

—¿Os lo contáis todo?

—Es como funciona.

—¿Les dijiste lo de...?

—¿Lo de tu afición al escapismo? Claro que sí.

Para su sorpresa, la vio sonrojarse. Deseó pasar los dedos por sus mejillas.

—¿Y lo de...?

—¿Lo de tus tetas operadas? No, eso no lo saben.

Se puso más roja todavía, pero se echó a reír.

—Así que, después de todo, el subinspector Ríos tiene sentido del humor. ¿Quién lo iba a decir? —Viendo que no le respondía, le ofreció un café.

—Por favor —se concedió.

—¿Normal o descafeinado?

—No creo que tú puedas hacer nada normal, menos aún descafeinado.

Se arrepintió en cuanto lo dijo. La tarde había sido de todo menos profesional, estaba en su casa y había mencionado sus tetas. No había bajado la guardia, no, la había tirado directamente por la ventana y le había soltado lo que primero que le había pasado por la cabeza.

Se quedaron mirándose unos segundos con intensidad. Finalmente Natalia desapareció para, supuso, hacerle el extraordinario café.

Capítulo 6

Estaba en el sofá. Se había descalzado, como hiciera ella nada más pisar el *parquet* del piso, y ojeaba una revista de decoración mientras la esperaba. Asomó la cabeza al cabo de quince minutos, aunque solo para lanzarle un mantel sin previo aviso. No le dio en la cara porque tenía los reflejos de un gato.

—Cubre la mesa, subinspector Ríos, que estoy contigo en un minuto.

Le gustó que lo tuteara. Supo que no le llamaba Juanjo por burlarse de él. Le encantaba la Natalia divertida y esa tarde, además, se había comportado como una verdadera amiga. No le importaba si lo había hecho porque creía que se lo debía por el jueves anterior o porque se había preocupado por Paula, su reacción ante la situación había sido de diez. La parte de debajo de su cintura le recordó que no era su amistad lo que quería, precisamente.

Eso sí, tendría desde entonces a su compañera de baile encima a todas horas, insistiéndole en que su VIP era perfecta para él, que tenía que tirarle la caña, blablá. Solo le faltaba la rubia haciéndole de diablillo, como si no tuviera bastante con sus ganas.

¿Podía acostarse con la mujer a la que escoltaba? Fuera de horas ¿por qué no? ¿Debía hacerlo? Definitivamente no.

Llegó ella con una bandeja y comenzó a depositar en la mesilla de delante de los sofás algo de fiambre, quesos, patés y unos biscotes. Le sonrió y regresó al minuto con una ensalada, pan de cristal al horno, agua en una jarra de diseño y un par de vasos. Ya en el comedor, sacó de la vitrina un par de copas y abrió la nevera de los vinos.

—¿Blanco o tinto?

—Estoy de servicio.

—En cuatro minutos —especificó tras mirar su reloj de muñeca— habrá alguien sustituyéndote ahí fuera. El tiempo ideal para oxigenarlo. ¿O prefieres una cerveza? Tendré alguna de cuando vienen mis hermanas.

—¿No te gusta la cerveza?

—No demasiado. ¿Y bien?

—Tinto.

—¿Te importa si es de la tierra? —Sacó una botella con el dibujo de un racimo de uvas perforando la etiqueta blanca—. Madura —le anunció, satisfecha—: puro vicio.

La observó descorcharla, oler el tapón y acercarse con una sonrisa a la mesa. Se sentó en el suelo, frente a él.

En el pasillo se escuchó un ruido. Natalia puso los ojos en blanco y Juanjo se levantó, abrió, se asomó y saludó al agente de refresco, un compañero de Seguridad Ciudadana, volviendo a cerrar y regresando hasta ella.

—Creo que me apunto a lo del cuerpo a tierra.

Apartaron un poco la mesa y se sentó sobre la mullida alfombra, la espalda contra el sofá donde estaba un minuto antes.

—¿No está invitado? —preguntó Natalia en tono de broma mirando hacia la salida.

—Es tu casa, ¿quieres que Méndez nos acompañe?

—No, creo que no.

—Menos mal —le restó él importancia a su respuesta, aunque le importase y mucho que no quisiera más compañía que la suya—. Si le dejas entrar sin ganárselo primero, como me has forzado a hacer a mí durante semanas, me hundes en la miseria.

—No sé yo si, en realidad, te lo has acabado de ganar.

Con un guiño, Natalia le ofreció vino y comenzó a cenar, cogiendo la comida con las manos con naturalidad.

—Paula es mi pareja de baile —le dijo poco después, aun sin venir a cuento.

Ella no supo qué abordar, si eran solo pareja en el baile o que bailase. Optó por el tema más seguro.

—¿Bailáis?

—Salsa, bachata y, sobre todo, kizomba. Somos un desastre, pero estamos recién llegados a Valencia y el resto de amigos de la pandilla, su prima es mi cuñada, bailan desde hace algunos años y acuden todas las semanas. Así que...

—¿Dónde vivíais antes? —dejó caer, para saber cuán en serio iban.

—Ella en Madrid —dudó—. O en la Sierra o qué sé yo. Ha venido por un proyecto... —calló de pronto, prudente.

—¿Por el de la Ciudad Universitaria? —Le había comentado que era arquitecta, tenía buena memoria—. Puedes decirlo, no implicará tráfico de influencias ni nada por el estilo.

Lo sabía, pero no quería que se sintiese incómoda.

—Sí, por eso mismo. Trabaja para Calatrava.

—Vaya, tiene que ser muy buena.

—Quisiera pensar que lo es.

—¿Tú también vivías en Madrid, en la Sierra o qué sé yo?

Se echó a reír.

—No, yo vivía en Castellón, llevaba dos años destinado allí. Paula y yo nos conocimos en una

cena hace unas semanas. —No quería hablar de sí mismo, no estaba acostumbrado y prefería saber de ella—. ¿Qué hay de ti? ¿Por qué no ejerces de arquitecta?

La vio encogerse de hombros. También vio su copa vacía y le sirvió un poco más.

—Lo hice durante un par de años, pero entonces llegó la crisis y mi padrino me ofreció trabajar para él. Camps, el expresidente —se explicó.

—¡Vaya! —respondió, impresionado.

Eso no estaba en el informe. Lo comentaría con Puig, solo por si podía ser pertinente para el caso.

—Echo de menos dibujar, así que a veces salgo con un juego de lápices y el bloc a relajarme, pero me gusta mucho lo que hago. Cuando con el cambio de gobierno no me echaron, descubrí cuánto.

—¿No eres funcionaria?

—No —negó con la cabeza—. Cargo de confianza.

Debía de ser buena para haberse salvado de la habitual criba cuando el sillón de la calle Cavallers cambiaba de dueño. Así se lo dijo.

—Eso me gustaría pensar —emuló su respuesta de momentos antes—. ¿Y tú? ¿Siempre quisiste ser policía?

—Supongo. Mi padre lo era y siempre fue mi héroe.

A Natalia le encantó que reconociese algo así; mejor aún, que lo sintiese.

—Y tu hermano, por lo que he sabido esta tarde, también está en el cuerpo.

—Alberto sí.

—¿Hay más?

—Somos cuatro, todos chicos —le confesó con reticencia—, un profesor, dos polis y un cocinero.

—Caramba, solo falta un torero.

—Me temo que mi madre se plantó con Javier.

—¿Puedo preguntar en qué unidad trabaja Alberto?

—No, lo siento.

—No debería preguntarte tampoco por lo del puente, supongo.

Al parecer ella era experta en preguntar lo que no debía y él en evitar responderle lo que no quería.

—Estará ya en la prensa digital. El martes es el día de la Comunidad, nacionalistas y no nacionalistas...

—Se llaman constitucionalistas —no pretendía corregirlo, le salió sin más.

—Lo que sea, mejor no te diré cómo les llamamos nosotros a los que montan semejantes pollos, de un color u otro.

Ella se echó a reír.

—No, mierda, no lo harás y me quedaré con las ganas de saberlo.

Le sorprendió la palabrota, aunque no dijo anda. Le gustaba verla tan cómoda, desinhibida incluso.

—Vaya, vaya, así que Natalia Miralles es una chica curiosa. Te puedo decir, eso sí, cómo te llamamos a ti.

—No sé si quiero saberlo, creo que voy a pensármelo. Tengo mandarinas, ¿quieres?

—Un par.

Recogió lo de la mesa, prohibiéndole moverse, y trajo un plato con varias piezas de fruta. La temporada acababa de comenzar.

—¿Y bien? ¿Te lo digo? —insistió, divertido—. Es un animal.

—¿No será lagarta?

Se echó a reír.

—No me dejaron escoger un reptil, así que tampoco eres víbora. —Ella lo miró simulando enfado y él levantó las manos en señal de rendición—. Es un ave.

—¿Un ave?

—No es pava, tampoco me dejaron optar por ese.

—Eres muy gracioso, Juanjo.

Al decir su nombre de pila se pusieron serios por un momento. Tenso, siguió a lo suyo.

—Tampoco gallina. —Viendo que seguía mirándolo con intensidad, concluyó—: Lechuza.

Se puso más seria todavía.

—¿Por el tatuaje?

Todas sus hermanas se habían hecho el mismo diseño indeleble.

—¿Qué tatuaje?

Sin dejar de observarlo, se desabrochó los tres botones de debajo de su camisa y levantó la tela. Tenía en un costado, a la altura del ombligo, una pequeña lechuza dibujada en tinta negra.

Y una piel sin pecas que parecía ser suave como la seda.

Y un estómago liso y duro aunque no marcado, con un ombligo sexi de narices.

Y una mirada muy caliente.

Se levantó, apartó del todo la mesa y se acercó a ella, sentándose a su lado. Natalia se volvió hacia él.

—Hace días que quiero quitarte la camisa —le dijo en un susurro, comenzando a desabrochar despacio la prenda, los ojos negros fijos en cada trozo de piel que iba descubriendo.

—¿Como ocho días? —le preguntó ella en voz baja, excitada, refiriéndose a la noche en que le vio los pechos.

—Como desde el primer día.

Cuando hubo acabado fue ella quien se la quitó, sacándose las mangas por los brazos. Llevaba debajo un sujetador de encaje blanco. Sabía qué escondía y se moría por quitárselo. Sin querer precipitarse, bajó la mano hasta la lechuza y acarició su contorno con un dedo, para subir después ambas manos por los costados, sintiendo cómo la suave piel se erizaba a su paso. Recorrió la

cinta y abrió el cierre. Una vez más, fue ella quien se quitó la pieza de ropa.

Las pupilas se le dilataron mientras observaba lo que acababa de descubrirle.

—Si dices que no son tuyas —susurró, bajando la cabeza—, entonces creo que me las voy a quedar yo.

Y lamió un pezón con ganas, humedeciéndolo para soplar apenas después. La escuchó gemir y repitió el gesto, esta vez succionando después. Miró hacia arriba y la vio con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Era la imagen de la lascivia hecha mujer.

Así que cubrió uno con una mano, masajeándolo, pellizcándole la cima, mientras su boca continuaba agasajando la otra. Los dedos de Natalia volaron a su cabeza y lo pegaron a su torso, acariciándole el pelo, tirando apenas de él.

Se separó poco después. La vio abrir los ojos, interrogantes.

—Ni siquiera te he besado —se dio cuenta.

Asaltó su boca con pasión, introduciéndose en ella, mordisqueando los labios. Natalia intentaba pegarse a él al máximo, necesitada de su contacto, por lo que la levantó y la subió a su regazo. Colaboradora, abrió las piernas y se pegó a su pubis, meciéndose sobre su evidente erección, haciéndoles gemir.

Se apartó de nuevo, esta vez alarmado.

—¿Qué ocurre? —También ella se inquietó.

Si le decía que no podían continuar lo mataba allí mismo, y sería una pena asesinar a un tío bueno que, además, besaba como Di... como el mismísimo demonio.

—Vamos a tu dormitorio. No quiero que nos oigan.

Tan escandalizada como divertida ante la idea de que el escolta del pasillo supiera lo que estaba pasando, se levantó y comenzó a andar. Sabía que la seguiría.

Ya en su dormitorio le indicó que se sentara en la cama y se quedó frente a él. Poco a poco se desabrochó el pantalón para dejarlo caer y, de una patada, apartarlo. Se humedeció el dedo después y lo pasó por el borde de su tanga blanco de encaje. El gesto lo volvió loco.

—Quítatelo ya mismo si le tienes cariño —le advirtió con voz ronca—. Es probable que en menos de un minuto intente arrancártelo.

Ella hizo exactamente eso.

—Te toca.

Juanjo dudó. Nunca se había desnudado para una mujer y la idea le hacía sentirse ridículo, pero no sería justo negarse. Así que le cedió el sitio en el colchón y se puso en pie, de cara a ella.

Se quitó la camisa sin prisa, seguro de sí mismo. Tenía un buen torso y sabía que le gustaría. El tema de los pantalones le resultó más violento. Llevaba unos bóxer ceñidos de color negro que, en cuanto quedaron a la vista, evidenciaron su miembro, ya excitado.

—Estás muy caliente —le hizo notar ella.

—Estás desnuda, delante de mí y eres preciosa, ¿qué esperas?

Como respuesta, Natalia abrió las piernas, invitadora.

Se arrancó la ropa que le quedaba y se lanzó sobre ella. Se mezclaron en un beso tórrido, piel contra piel, las piernas enredadas y las caderas moviéndose al unísono.

A Natalia le podía la impaciencia, estaba más que preparada y sentía que también él lo estaba, así que ¡a la mierda los preliminares! Lo quería dentro en ese preciso instante y después ya lo harían más tranquilos.

La idea de que no hubiera un segundo polvo, que pasó por su mente a la velocidad de la luz, la tensó un poco. Por supuesto, Juanjo lo notó. Ella se había dado cuenta de que estaba atento a cada reacción suya, parecía un amante muy considerado.

—¿Qué te ocurre?

—¿Te importaría metérmela ya y lo hacemos de nuevo después, con más calma? —le preguntó con crudeza, demasiado caliente para mostrar su habitual timidez en cuestiones de sexo.

La miró un momento, dejando que viera todo el deseo que le despertaba.

—Si me lo pides así —bromeó—. ¿Condomes?

Estiró Natalia el brazo y abrió el segundo cajón, sacando la caja y ofreciéndosela con manos temblorosas. Se la arrebató y cogió uno, poniéndoselo enseguida.

—Tienes práctica —había chanza en la voz femenina.

—Espera y sabrás en qué más tengo práctica.

Y empujó dentro de ella, colándose hasta el fondo. Natalia gritó, sintiéndolo casi en el útero.

—Otro grito como ese y el agente Méndez entrará. Y te recuerdo que no está invitado —dijo con posesividad, embistiendo de nuevo.

Natalia cogió un cojín y se tapó la cara con él, intentando ahogar sus gemidos. Él se lo arrebató y lo lanzó a volar, aterrizando en algún lugar del dormitorio.

—Quiero verte cuando te corras.

Así que no le quedó otra que taparse la boca con el dorso de la mano y morder un poco, tratando de evitar el escándalo.

Verla tan ida fue su perdición. Habían quedado que habría uno más tranquilo, ¿no? Pues iba a correrse en menos de un minuto, lo necesitaba, y se aseguraría de que ella lo acompañase.

Se rodeó la cintura con sus piernas, afianzó los brazos y empezó un ritmo rápido y duro que no pensaba bajar hasta que ella no suplicase que se detuviera o se corriese como una crudeza que, confiaba, nunca hubiera experimentado.

Pero ella lo alentó, pidiéndole que no se detuviera nunca, que siguiera dándole placer.

—Juanjo, me corro —le advirtió un segundo antes de alzar las caderas contra él con fuerza y quedarse quieta, traspasada por el placer.

El clímax se la llevó, literalmente, por delante. Él le fue detrás en cuanto sintió cómo sus músculos internos se contraían contra su miembro, amasándolo. A punto estuvo de gritar.

Cuando acabó se dejó caer sobre su cuerpo, sudados los dos, asegurándose de no cargar todo el peso en ella, y le besó con delicadeza el cuello, un mimo que contrastaba con la ferocidad de un

minuto antes. Las suaves yemas de los dedos se dedicaron a pasear por la ancha espalda con delicadeza.

Se separaron cuando fue necesario, se lavaron y volvieron a la cama sin decirse nada. Poco había que decir, había sido un polvazo y, en breve, llegaría otro. Se dedicaron a acariciarse y besarse con calma y a dejar que la pasión marcara el ritmo.

Capítulo 7

A las seis y media de la mañana el sol lo despertó. Natalia debió presentirlo porque abrió los ojos, también.

—Buenos días —lo saludó, tímida.

—Buenos días.

¿Qué más se le podía decir a una mujer después de una noche de escándalo? Todo parecía poco.

—¿Te marchas? Es muy temprano.

—Estoy pensando que me tendré que quedar aquí todo el fin de semana o idear un plan para largarme sin ser visto.

Le sonrió ella y metió la mano debajo de las sábanas.

—Estás invitado a quedarte —ronroneó.

—Ni de coña —le salió sin pensar. Mierda, iba demasiado dormido y la había ofendido, su mano volvía a estar a la vista—. Lo que quiero decir es que no puedo, tengo que...

—Lo sé. —La voz de Natalia sonaba suave, como si le diera completamente igual si se quedaba o no.

—No, en serio, tengo asuntos que resolver, pero yo...

—Lo sé.

No sabía nada, pero no pensaba mostrar su decepción.

Juanjo no sabía qué sabía ella, aunque sospechaba —no era tan ignorante en lo que a mujeres se refería— que con cada frase la jodía más.

—A lo mejor...

—Tal vez —lo cortó—. ¿Desayunamos? Estoy famélica.

Y con un beso en la mejilla y una sonrisa, como si de verdad se la trajera al paio que él no se quedase, se fue a la cocina. Ni siquiera parecía enfadada o herida en el orgullo. El ego de Juanjo se iba desinflando por momentos.

Se dio una ducha rápida y cuando salió al comedor había café, tostadas, unos croissants y una jarra llena de zumo de naranja recién exprimido. La besó en los labios con delicadeza y se sentó a su lado a desayunar en silencio. No sabía si ella no era persona de hablar por las mañanas o qué,

porque no dijo absolutamente nada.

Solo cuando estaba a punto de irse, le preguntó.

—¿Le contarás esto a Marcos?

Detestó escuchar el nombre de otro en su boca. ¿Se lo contaría a su jefe?

—Supongo —reconoció más para sí que para ella—. Yo...

—Lo sé.

A punto estuvo de gritarle que, si tanto sabía, le hiciera un resumen. Sin embargo volvió a besarla, un beso lleno, húmedo aunque no frenético. Por su parte iba a quedar demostrado el interés a pesar de su resbalón nada más despertar, y a ver qué hacía ella.

—Tengo que irme ya.

—Lo...

La acercó a él con firmeza y, esa vez, la besó con dureza.

—No vuelvas a decirlo.

Se fue sin decir adiós. Claro, que para él había sido una despedida en toda regla.

Esa mañana, algo más tarde, Juanjo llamó a Puig. Quedaron en el gimnasio de Zapadores, en el ring, para practicar algo de boxeo. Estaba desentrenado, no le cabía duda de que su jefe le daría una buena paliza, pero sentía que se la merecía, así que a las diez y media estaba en pantalón corto y una camiseta de tirantes, colocándose los guantes detrás de las cuerdas.

Cuarenta y cinco minutos más tarde le dolían el costado y la mandíbula y había salvado un ojo porque el inspector desvió su golpe a tiempo. Tras ese último error garrafal al cubrirse, Marcos fue a su rincón, cogió la toalla y se secó. También Juanjo había logrado conectar algún *uppercut*.

—Ríos, ¿qué tal si me cuentas con una cerveza qué hace que estés a kilómetros del cuadrilátero?

—Es quién, señor. Quién, no qué me tiene alejado de aquí.

La sonrisa ladina que recibió le dijo que algo sabía. Había revisado el informe del turno de la noche y nada se decía de él y el turno de la mañana aún no había terminado ni el agente que estaba cuando salió lo conocía.

Lo vio quitarse los guantes e hizo lo mismo, retirando la venda que llevaba debajo.

—¿Ducha y nos vemos en el bar de dentro en veinte minutos?

Zapadores tenía dentro de sus instalaciones una cafetería solo para el personal, enfrente del parque móvil de la UIP.

—Hecho.

Llegó antes. Se sentó y al momento se le acercó un compañero al que no conocía de nada. Hacía solo dos años que había dejado Jefatura para irse, ascendido, a Castellón. Le sorprendía la cantidad de caras nuevas.

—¿Subinspector Ríos? Inspector Jefe Beltrán.

—Señor —se levantó a saludarlo.

—Siéntese, por favor. Solo quería preguntarle por su amiga, la señorita Paula de Castro. El inspector Llagaria me explicó...

—¿Fue usted quien la detuvo? —le inquirió, en un tono más duro del que debiera.

Para su fortuna, el otro no se lo tuvo en cuenta.

—Fue una de mis unidades, Orca 67, y fue un error.

—Entiendo que lo fue. Paula puede parecer muchas cosas, pero, desde luego, no una manifestante.

—Lo sospeché en cuanto la vi queriendo bajar del furgón. En todos mis años de experiencia en antidisturbios —Juanjo calculó que tendría su, edad, y siendo IJ habría ingresado al Cuerpo directamente como inspector, tras una carrera universitaria y las oposiciones, por lo que no podía llevar más de diez o doce años en el CNP— nunca había visto a una manifestante... así.

Supo a qué se refería: ropa cara, seguramente tacones, bolso grande e incómodo...

—Paula está bien. Lleva un buen golpe en la mejilla, pero eso la curtirá —bromeó para sí—. O, al menos, le enseñará a aceptar consejos de los buenos amigos.

Beltrán soltó una carcajada.

—Al parecer la encontró uno de los nuestros en el suelo, la puso en pie y ella supuso que no le pasaría nada, porque le dio las gracias. En serio, ¿quién coño da las gracias a la Nacional mientras dispersa una manifestación?

Fue su turno de echarse unas buenas risas.

—Es de lo que no hay.

—La cuestión es que el agente la apartó y se la pasó al compañero que venía detrás, así que este le tomó el relevo y le pasó una brida por las muñecas.

—Dios, hubiera matado por verlo —confesó, a su pesar—. Si no llega a ser por el golpe contra la farola, no me hubiera dado ninguna lástima. ¿Vosotros bien?

—Algún herido de levedad, pero nada fuera de lo común. ¿Le dirás de mi parte... de parte de la unidad Orca 67, que esperamos que pronto esté recuperada?

Algo le hizo pensar que, tal vez, el tal Beltrán estaba interesado en algo más que la salud de Paula. Lo miró: castaño claro, alto y ancho, ojos grises, sonrisa amable. Podía ser el tipo de su amiga. Ella era una metomentodo, por tanto, ¿por qué no?

—¿Queréis hacerlo vosotros? Puedo pasarte su número.

No se negó el compañero, así que le anotó el contacto de memoria en una servilleta y se lo entregó.

—Suerte —no pudo resistirse a bromear.

El inspector jefe no respondió, dobló el papel, se lo metió en el bolsillo y se marchó, asintiendo con la cabeza.

—Veo que has conocido al próximo comisario —le dijo Puig, que llegaba en ese momento por

el otro lado.

—¿Tan bueno es?

—Una carrera impecable e imparable, un par de medallas y una familia con contactos. Aunque insisto: no le restaré méritos.

—Pues no me ha parecido un capullo.

—Eso es lo más exasperante, que es un buen tío. —Rieron los dos—. ¿Un tercio? ¡Marta! —llamó a la hija del dueño—, un par de tercios y algo para picar, por favor. ¿Y bien? —le preguntó mientras se sentaba, directo al grano.

Tampoco Juanjo se anduvo con rodeos.

—Anoche me acosté con la VIP.

—¿Fuera de turno?

—¡Señor! —protestó, ofendido.

—Ya me imagino que no eres tan estúpido como para jugarte una sanción muy grave o, incluso, la placa, teniendo sexo durante el horario laboral, pero tenía que preguntar. —Lo miró, serio—. ¿Me lo habrías dicho?

—Dudo mucho que ocurra, señor.

—Marcos, que estamos de cervezas. ¿Fue la primera vez?

Se sentía incómodo, no como su jefe, que estaba de lo más relajado. O era más habitual de lo que pensaba o era un hombre más calmado todavía de lo que parecía. En todo caso, si le molestaba su naturalidad, reconocía que era la forma menos perturbadora de llevar el tema.

—Sí.

—¿Será la última?

¡Vaya!, de todos los escenarios posibles para aquella conversación que había imaginado, ese no se le había pasado por la cabeza. ¿Volvería a acostarse con ella? A tenor de la salida de esa mañana, no tenía nada claro que pudiera ocurrir. Dudó y el otro le echó un capote.

—Te lo preguntaré de otro modo: si no estuviera relacionada con tu trabajo, ¿te gustaría intentarlo?

—Sí.

Ahora fue Marcos quien calló unos segundos, aprovechando que llegaba la camarera con los botellines y una bolsa de patatas.

—Natalia Miralles es una mujer excelente, yo no la dejaría escapar. No me mires como si quisieras arrancarme la cabeza, no es mi tipo y no ha dejado de hacer preguntas sobre ti, con supuesto disimulo, desde que te conoció. Todas esas preguntas que tú no has hecho, lo que tampoco ha sido normal.

—Ya.

Así que por eso no estaba sorprendido, porque lo había visto venir.

—Haz lo que tengas que hacer, pero si quieres un consejo, e imagino que no has venido solo a que te pegue una paliza y a pagarme una cerveza —Juanjo rio sin ganas, en verdad le había dado

una tunda en el ring—, explícale la situación y sed discretos. Y, dado que va a estar vigilada las veinticuatro horas del día por compañeros y que tu turno queda descartado, aprovechad el mío.

Enrojeció. No se lo podía creer, a sus treinta y cinco años sintió el rubor subirle con violencia por las mejillas. El otro brindó en silencio con él y le dio un trago a la cerveza, bien fría.

—¿Qué quería Beltrán?

Cambiaron de tema y pasaron la siguiente hora hablando de anécdotas de trabajo, divertidos.

Habían pasado tres días, era once de octubre, y no la había llamado. Natalia se debatía entre hacerle *voodoo*, llenando de agujas un peluche de Garfield disfrazado de policía, o de llamar a un ex y darse un revolcón por puro despecho. El móvil la libró de tomar una decisión. Era un número desconocido. Nerviosa, descolgó, pensando que podría ser él. Se decepcionó al escuchar una voz de mujer, aunque al final la conversación fuera muy productiva.

—Buenas tardes, ¿la señorita Miralles?

Vaya, o le querían vender un aspirador por teléfono o, quien fuese, era muy educada.

—Sí, soy yo —ella también podía serlo, qué leches—. ¿Con quién hablo, por favor?

—Hola, Natalia, soy Paula, Paula de Castro. Nos conocimos el viernes. Soy la amiga de Juanjo.

Sonrió al recordarla, de verdad que le había gustado aquella mujer. Más aún al saber que no se acostaba con él. Y que ella lo especificase era otro punto a su favor.

—Paula, qué placer escucharte, ¿cómo estás?

La conversación comenzó correcta, se fue animando y se citaron para tomar una copa de vino en un par de horas en casa de la madrileña para que le devolviera el echarpe. Habían quedado allí a petición de Natalia, que, desde que la dejaran en casa el jueves anterior, se moría por ver la villa de primeros del siglo veinte ubicada en el mismísimo paseo marítimo.

Llamó al timbre de la impresionante edificación a la hora convenida tras más de dos minutos de discusión con su escolta, quien decidió quedarse fuera a pesar de su insistencia. Portaba una botella de Marina Alta bien fría —llevaba funda de neopreno— en la mano y una sonrisa pegada en los labios.

Entró y se quedó maravillada. Desde fuera, la puerta blanca y el alto seto no dejaban ver el cuidado jardín, la piscina o el porche de la casa señorial.

—¿Eres aficionada a la jardinería?

—Mi abuela lo era. Ahora se encarga un profesional. Viene una vez por semana y se asegura de que todo siga igual. Hay una zona de bonsáis, cada vez que me ve acercarme tuerce el gesto, temeroso de que mate alguno si tengo la regla o cualquier superstición parecida.

Rieron.

En la mesa de debajo del porche había cortado un poco de queso, jamón y un par de copas vacías. En una cubitera había una botella por abrir. Paula, en cambio, tomó la que Natalia le

ofrecía y la invitó a sentarse.

—Vivir aquí debe de ser un privilegio.

—Sí que lo es. Esta casa no me trae grandes recuerdos, pero ahora solo deseo quedarme en Valencia para seguir viviendo en ella. Si el proyecto de Calatrava no... —calló, dándose cuenta de que estaba hablando con quien lo licitaría.

—Si no sale adelante —acabó por ella—, ¿sí?

—Quizá me quede y busque trabajo aquí. Es una casa muy grande, tengo algunas habitaciones cerradas, pero no quiero renunciar ni a ella ni al mar. Veremos qué tal está el mercado laboral para los arquitectos...

—¿Has pensado en un estudio independiente? Si te han confiado un proyecto de esta envergadura...

—Solo una parte. Y, ¿sabes, qué? Que hasta ahora no lo había valorado, pero de repente la idea me atrae mucho.

Natalia acababa de servir, así que levantó su vino e invitó a la rubia a hacer lo mismo.

—Por los nuevos planes, los que sean.

Brindaron, alegres. Después de la conversación de rigor sobre lo ocurrido en la manifestación, pasaron más de una hora hablando de arquitectura antes de que la madrileña la invitase a cenar.

—Son más de las ocho y media, si pedimos algo para traer a domicilio y, por favor, disculpa que no me ofrezca a cocinar, a las nueve y cuarto podemos tenerlo aquí.

Al final la sobremesa se alargó hasta pasada la una de la mañana. El día siguiente era festivo, así que no les preocupó.

A su vuelta, ¡qué ventaja que otro condujese por ella!, estuvo reflexionando sobre todo lo que sabía ahora sobre Juanjo con unas cuantas copas de vino en el cuerpo.

No tenía pareja, era leal, se podía confiar en él y, hasta donde su amiga sabía, no era un mujeriego.

¡Y cuánto había aprendido sobre los policías nacionales en lo relativo a su vida privada y su profesión durante la conversación! Se moría por conocer a la novia del inspector Llagaria, una jueza, y a la prima de Paula, la única mujer médico forense de la Ciudad de la Justicia.

Al parecer, mezclar trabajo y placer era algo que se pensaba mucho un agente antes de intentarlo, siquiera.

Pues ya que Juanjo se había animado, Natalia iba a asegurarse de que le cogiese el gusto a la mixtura. Pero ¿cómo hacerlo, cuando estaba vigilada las veinticuatro horas del día por alguien?

Claro, que ocho de esas horas las pasaba a solas con él...

Su cabeza pasó todo el día siguiente fantaseando.

Capítulo 8

Cuatro días. Habían pasado cuatro días y no había llamado. Ni un mísero wasap, siquiera. Y debía de tener su número, daba por sentado que se lo habrían dado. Se había pasado todo el puente cual idiota, acercándose a mirar la pantalla cada vez que sonaba con la ilusión de ver su nombre, pero no.

Incluso había cambiado el tono de sus mensajes para saber si le enviaba alguno, así de imbécil se sentía.

Había sido una decepción no tener noticias suyas.

Pero al día siguiente ya no era festivo, regresarían a la rutina, y esa mañana volverían a verse.

Así que ese martes Juanjo decidió olvidarse del inolvidable sexo con Natalia que, a tenor de su reacción, no había sido para tanto desde el punto de vista de ella, e ir a trabajar como si nada. Le tocaba de tardes por lo que no podría esconderse de él, aunque hubiera preferido hacer noche y no tener que verla en unos días más.

A las dos en punto entró en el edificio de la Conselleria, saludó a su jefe, intercambiaron los comentarios habituales, la poca información necesaria y, tras cinco minutos charlando sobre los días festivos, Puig se despidió, dejándolo a él de servicio. Se colocó en la puerta, tal y como era su costumbre, en absoluto silencio, y esperó.

Una hora y cuarto después apareció la VIP, como había decidido que pensaría en ella pues el jueves no había existido, ni el sexo que ya no recordaba ni tampoco la cena, el café y su divertida conversación. Cuando asomó le costó toda la disciplina aprendida en Ávila, donde se hallaba la academia del CNP, no devorarla con la mirada. Iba como siempre pero diferente, algunos pequeños matices que solo alguien acostumbrado a los detalles habría podido distinguir.

Los zapatos tenían los tacones algo más altos de lo normal y también más afilados, además de que dejaban ver una mayor porción del pie, lo que le hizo preguntarse desde cuándo la piel del empeine podía resultar sexi. La falda que llevaba —solía llevar traje de chaqueta de pantalón, por cierto— le venía justo por debajo de las rodillas y era bastante ceñida, con un corte por detrás. Le había visto esa camisa alguna que otra vez, pero nunca con un colgante que alcanzara el punto exacto del último botón desabrochado, dando el efecto óptico de que era más profundo y mucho

más sensual. La chaqueta le llegaba hasta la cintura, permitiendo que, todos los que mirasen, pudieran apreciar su magnífico culo. Del mismo modo, su maquillaje, siempre discreto, tenía un punto más elevado de intensidad, pues la raya del ojo era más oscura y definida, el colorete hacía parecer el pómulo más afilado y el pintalabios era más subido, como solía decir su madre; más fucsia que rosa. Por último, estaba su perfume. Natalia... La VIP, quería decir, solía oler a flores, algo suave, casi indefinido; en ese momento, en cambio, emanaba un sensual olor a vainilla y a algo más que no sabía reconocer y que acrecentaba su necesidad de lamerle la piel del cuello.

En resumidas cuentas, sin cambios excesivos, iba vestida para matar y, aun a riesgo de parecer engreído, estaba convencido de que todo aquel despliegue de feminidad iba destinado a él, más concretamente a su cordura, con la única idea de volverlo completamente loco. Y maldita fuera su estampa, estaba teniendo éxito. Sin embargo, se aseguraría de que ella no notara nada.

—Señorita Miralles, buenas tardes. ¿A su domicilio o a la cafetería a por comida?

Natalia lo miró con irritación.

—A casa, trabajaré desde allí.

Se colocó a su vera, él en el lado de los enormes ventanales, y, siguiendo la habitual rutina de ascensor, coche, etc., llegaron a su casa. Saludaron al señor que limpiaba en ese momento los buzones postales y anotó mentalmente que, aun llevando el uniforme de la misma empresa que acudía cada martes y jueves, era un varón y no la mujer habitual quien estaba haciendo las labores de desinfección. Ya en el último piso, le tomó las llaves de la mano, cuyas uñas iban pintadas de rojo y no de un rosa suave, como siempre, entró y comprobó que dentro estuviera «limpio» y le permitió acceder a su vivienda.

—Que pase una buena tarde —fue todo lo que Juanjo le dijo, en tono grave, sin mirarla a ella sino a un punto indefinido sobre su hombro derecho, como había hecho siempre excepto el jueves.

¿Jueves?, ¿qué jueves?, se repitió, no sabía si para recordárselo o para burlarse de sí mismo. Ese día había sido borrado del calendario.

Si sus amigos supieran el rencor que sentía por haber sido ignorado tan descaradamente después de una noche de sexo increíble... Ahora no valoraba la química, era objetivo, se dijo... Se reirían de él, diciéndole que parecía una heroína de comedias románticas y, que si quería algo, que llamase él.

Solo Martín, el único que parecía comprender el honor del trabajo del mismo modo que él, entendería que no podía hacer nada.

Así que se apoyó contra la pared, dispuesto a pasar ocho horas quieto. Para su fortuna había dos puertas por planta y en la de enfrente no vivía nadie, así que podía pasear por el corredor para estirar las piernas a ratos.

Si ella hubiera querido hablar, había tenido todo el camino para hacerlo. O después de comer —había estado atento a los ruidos de dentro de la vivienda— podría haberle invitado a uno de sus exquisitos cafés. No lo hizo, señal de que no estaba interesada en nada que tuviera que ver con Juanjo. Y su padre le había enseñado, a él y a todos los Ríos, que nunca se imponía la atención a

una mujer que no parecía desearla, que uno se apartaba con deportividad y, sobre todo, con respeto.

Pasaron dos largas horas antes de que la puerta se abriese y una enfadadísima Natalia Miralles lo encarase con un tono de voz que indicaba que no le quedaba ni una pizca de paciencia.

—¿Piensas pasarte toda la maldita tarde... todas las jodidas tardes de la semana, para ser exactos, en el pasillo?

—Siempre ha sido así y no recuerdo que hayas puesto ningún inconveniente. Es, de hecho, la primera vez que te veo salir en modo huracán a increparme cómo hago mi trabajo.

—Llevo increpando tu trabajo desde el mismísimo primer día en que te conocí.

—Vivo para entretenerte, ya lo sabes —le respondió, burlón, intentando parecer relajado a pesar de que su mala leche empezaba a ser contagiosa.

—No todos los días has estado fuera. ¿O se te ha olvidado lo que ocurrió el jueves?

Debería haber ido con tiento y haber meditado la respuesta, pero era un bocazas cuando discutía con una mujer, lo sabía desde hacía años, y se daba el caso de que se había acostumbrado a aquel defecto en concreto; le gustaba, incluso.

—¿El jueves? Durante mi jornada laboral estuve haciendo mi trabajo —dijo, moviendo la mano como si no tuviera importancia.

—El jueves fuimos a Zapadores a sacar del calabozo a Paula la delincuente. —Era un golpe bajo, lo sabía, pero que hiciera como si el jueves no hubiera ocurrido nada constituía la misma ofensa—. Parece que no recuerdas bien qué ocurrió ese día.

—A tenor de tu silencio durante estos cuatro días, creo que eres tú quien ha preferido olvidar lo que ocurrió el jueves y, tengo que insistir, fuera de mi jornada laboral.

Apenas pudo aguantar el grito de indignación que pugnaba por superar la frontera de su garganta.

—¿Y por qué habría de ser yo quien te llamase a ti?

—¿Y por qué habrías de esperar que fuera al revés? ¿Porque yo soy el hombre, tal vez?

Aquella era una maldita pregunta trampa. Si Natalia respondía que sí quedaba como una mujer poco liberada, incapaz de hacer saber lo que deseaba —porque, que nadie lo dudase, deseaba al subinspector Juanjo Ríos—, y si le decía que no, entonces estaba diciendo que no le había llamado porque le daba igual, y no quería ser ella quien se cargase lo que fuera que habían empezado. Era orgullosa, sí, pero no una completa imbécil.

—¿Quizá porque fuiste tú quien dijo que no se quedaría en mi casa, y cito textualmente, «ni de coña»?

—No era eso lo que quería decir y lo hubieras sabido si me hubieras dejado explicarme, pero tenías demasiada prisa por echarme de tu casa para...

—Si hubiera querido echarte no te hubiera preguntado si te quedabas.

—Supongo que es como las llamadas, que tengo que adivinar lo que quieres por ciencia infusa porque tu comportamiento, al parecer, indica justo lo contrario de lo que quieres.

—¡Tú...! ¡Tú...! —Estaba casi muda de indignación.

—Y tú —la señaló con grosería— vas a entrar en tu domicilio, que es donde debes estar, y a cerrar la puerta.

Con la dignidad de una reina se dio la vuelta y cruzó el umbral. En el último momento se volvió a él y le preguntó con voz dura:

—¿Piensas entrar a terminar la charla?

Juanjo podía estar enfadado, pero no era tan estúpido como para no aprovechar una oportunidad como esa, fuera lo que fuese lo que pudiera salir de aquel cruce de palabras, que sería cualquier cosa excepto una conversación civilizada.

—Después de ti.

Ella le franqueó la entrada y, una vez él entró, se dio el gusto de pegar un portazo.

Se sentó sin pedir permiso y la miró. La observó fijamente, calmado, sin ninguna intención de hablar. ¿No era ella, acaso, quien lo había invitado a su casa para tener unas palabras? Pues él era todo oídos.

—¿Y bien? —le exigió Natalia, cuando entendió que el policía no diría nada.

—¿Y bien, qué?

Soltó un bufido muy poco femenino.

—Que por qué no me has llamado en todo el fin de semana.

—Porque no me dejaste explicarme y me largaste de tu casa.

—Yo no...

—¿Cuáles fueron tus palabras exactas? ¡Ah, ningunas! Desayunamos en un silencio incómodo y no me permitiste que me disculpara por mi desafortunada frase.

—No me habrías pedido perdón ni por saber morir.

—Ahora ya nunca lo sabrás.

Quiso volver a resoplar, tan molesta estaba. Y a él, en cambio, se lo veía de lo más relajado. ¿Qué se suponía que iba a decirle?, ¿que no había hecho planes en todo el puente esperando una llamada que nunca llegó? ¿Que, en efecto, bien pudo ser ella la que intentase quedar? Eso significaba o reconocer que no había obrado bien o, peor, que él tenía razón y ella se había impuesto el papel de damisela pasiva. Sabía que, si no daba un paso hacia él, no tendría muchas más oportunidades, Juanjo había demostrado que podía ser muy distante. Pero ¿cómo hacerlo? Necesitaba pensar. Quería salir, lo necesitaba.

—¿Llevas ropa de deporte?

—¿Disculpa? —le preguntó el policía, sin entender a qué venía aquello,

—Ropa deportiva —repitió—. Un chándal o mallas para salir a correr, ¿llevas?

—¿Quién te crees que soy? ¿Doraemon, que tiene un bolsillo mágico del que sacar una jirafa, si le apetece?

Sin poder ni querer evitarlo, Natalia echó la cabeza atrás y se rio. Lo hizo a carcajadas, ante lo absurdo de su afirmación.

—¿Doraemon? ¿Jirafas? ¿Qué has comido? Porque quiero una ración de lo mismo.

Contagiado de su buen humor, le respondió con sinceridad, a pesar de lo reacio que era a hablar de su vida.

—Tengo dos sobrinos. Al mayor siempre le nombro a los pingüinos; al pequeño, las jirafas.

—¿Rollo...? —sentía curiosidad.

—Rollo si nos hacemos un bocadillo de jirafa, si nos compramos una, si tiene un bañador de jirafa...

—¿Y tiene uno?

—Claro que no —le dijo, como si estuviera preguntando una barbaridad, que era lo que su sobrino pequeño le había respondido a él—, con un bañador de jirafa no cabría en la piscina, me volvería demasiado largo.

Natalia volvió a reír, con más ganas todavía.

—Niños.

—Niños —corroboró él.

Tras un poco de silencio, que trajo la paz, le habló más serena.

—Ahora en serio, Juanjo, necesito pensar con claridad. Y suelo hacerlo corriendo.

—Sé que corres en los turnos del inspector.

—En los tuyos hago cosas más divertidas.

Su voz sonó infantil, pero no había duda de que se refería al sexo. Bien, ella también lo recordaba.

—Podemos salir a dar un paseo, eso es todo lo que puedo concederte yendo, como voy, en vaqueros y con zapatos de piel.

Ella creyó que le ofrecería «esas cosas más divertidas» como alternativa, así que suspiró sonoramente.

—Tendrá que servir.

—Pues vámonos.

—Dame un minuto que me ponga algo decente.

Llevaba unas mallas viejas y una sudadera que había visto días mejores.

Diez minutos después salía con unos leggins, una chaqueta estilo universitario con cremallera y unas buenas deportivas. Bajaron por el ascensor, bromeando Juanjo sobre el poco espíritu deportivo que eso suponía, y, cuando iban a alcanzar la calle, algo llamó la atención de él. El buzón de la VIP tenía una carta dentro. Cuando habían llegado estaba vacío, estaba seguro. En ese momento, en cambio, había un sobre dentro. ¿Desde cuándo el servicio de Correos repartía de tardes?

—¿Has cogido las llaves para abrirlo? —le preguntó, señalando el diminuto cubículo metálico.

—Sí, claro, llevo las de casa, garaje y buzón en el mismo llavero.

—Dámelas.

Lo abrió, asegurándose de no tocar nada. Se sacó del bolsillo un pañuelo y cogió el contenido.

No tenía remitente ni dirección, solo el nombre de ella. Miró a su alrededor, pero no vio nada más fuera de lugar. Se asomó a la calle y miró a izquierda y derecha, pero tampoco encontró a nadie sospechoso. Transeúntes iban y venían por la acera, algunos con ropa deportiva, otros con bolsas del centro comercial próximo.

—Subamos —le ordenó.

Natalia vio el cambio en él y supo que cualquier conversación sobre el fin de semana había quedado aplazada.

Cuando llegaron arriba le pidió una bolsa de cremallera para el congelador si tenía, a estrenar si era posible, y unos guantes desechables si es que los usaba para limpiar.

—La señora que viene los usa de vinilo. ¿Te sirven?

—Perfecto.

Se los puso con rapidez, abrió el sobre con la navaja suiza pequeña que portaba siempre en el llavero y que le incautó un delincuente común, asegurándose de no rasgar más que el doblez de la parte superior, y sacó la carta, que dejó sobre el pañuelo. Metió el sobre dentro de la bolsa y, una vez seguro de que no se contaminaría, abrió el papel. En un golpe de vista supo que era una amenaza, así que lo cerró con celeridad para que ella no pudiera verlo y se asustase, y lo guardó en un segundo plástico.

—Dame una bolsa de basura y celo. Voy a bajar a sellar tu buzón. Lo estaban limpiando cuando entramos, a las tres y media. Con suerte en —miró su reloj— tres horas nadie lo habrá tocado, solo quien dejó esto para ti.

Ella le tendió una bolsa y un rollo de embalar.

Ya en la puerta, se volvió y la miró con mortal seriedad.

—Cierra la puerta con llave cuando salga y no abras a nadie que no sea yo. Es más, usa la mirilla y asegúrate de que vengo solo. Si no es así, te diga lo que te diga, no abras, ¿queda claro?

Si quería asustarla, lo estaba haciendo bastante bien.

—De acuerdo.

Ya en el portal, Juanjo soltó una bocanada de aire. Hasta donde sabía, no había recibido ninguna amenaza en su domicilio, solo en su puesto de trabajo. Al parecer, el acosador estaba estrechando el círculo. Solo esperaba que hubiera cometido algún error. Sacó el móvil y llamó a Marcos.

—¿Inspector? Ha sucedido algo. —Y le narró, sucinto, lo ocurrido.

El otro no tardó en ponerse en acción.

—Te envío a alguien de científica en media hora como máximo. ¿Necesitas que acuda?

—No será necesario. Estaré en el portal, vigilando el buzón, hasta que llegue el compañero.

—¿La VIP?

—Sola, en su vivienda, encerrada.

—Bien hecho.

—Marcos, ¿podrías enviarme al subinspector Moreno? —Hasta donde recordaba, su amigo

David iba de tardes.

—Ningún problema. ¿Hay algún motivo en concreto para ello?

—Porque detesta salir a hacer registros —le dijo en tono guasón, aunque era absolutamente cierto.

—Razón más que suficiente para enviártelo. Si está trabajando, cuenta con él y con ningún otro.

Diez minutos después, David le llamaba para avisarle de que iba para allá con el maletín en un zeta y para pedirle confirmación de la dirección.

—Estaré esperándote en la puerta de abajo, custodiando el buzón. Cuando acabes, subes al ático, la puerta de la izquierda, y le echas una ojeada al sobre y la carta, también.

—Cuenta con ello.

Capítulo 9

Mientras esperaba a David, Juanjo llamó a Santos para ponerle al día.

—Seguramente me quede a dormir en el domicilio de la VIP —decidió en aquel momento, pareciéndole una idea excelente—. Así que si prefieres...

—No, acudiré también yo, es mejor que estemos los dos, ya que te ofreces a pernoctar. Si ese cabrón sabe dónde vive, puede que ahora mismo esté merodeando y, con seguridad, habrá visto que están buscado huellas. Si ha sido descuidado, es posible que vuelva. Quedándote tú a pasar la noche con ella —a pesar de que lo dijo sin intención, Juanjo se sintió incómodo en extremo con el comentario—, haré yo el servicio en el portal.

—De acuerdo. Será mejor que te abrigues, comienza a refrescar por las noches.

—Jajaja, empiezas a parecerme a mi mujer, Ríos. Deberías de buscarte una novia. —También él rio, divertido. ¡Si Santos supiera!—. Llamo yo a Marcos para notificarle que haremos noche los dos; tú avísame con lo que te digan los de científica.

—Hecho.

Colgó y esperó en la acera, atento a todos los que pasaban y a los coches aparcados, sin olvidarse de las subidas y bajadas del ascensor, asegurándose de que nadie llegaba al ático ni al penúltimo piso, hasta que llegó Moreno, acompañado de otro policía, con la caja de científica asida por la agarradera y la cámara de fotografía, una Canon de gama media-alta, colgada del cuello. Lo saludó —saludó a ambos agentes, para ser exactos— y les avisó de dónde podían encontrarle, tras lo cual subió al ático.

Tenía que hablar con ella y no de la charla que habían dejado pendiente, sino de su acosador. Al parecer, la cosa se estaba poniendo seria y, tal vez, había llegado la hora de que Natalia supiera que había que tomarse en serio las amenazas y que iban a extremar las medidas si no podían identificar al muy cabrón.

Estaba convencido de que tendría una batalla campal con ella, habiéndose mostrado tan reacia desde el principio a ser escoltada y siendo que habían estado en medio de una discusión minutos antes, pero cuando le abrió la puerta, después de mirar diligentemente por la mirilla como él le había ordenado, se encontró con una mujer demacrada, con el ceño fruncido y la mirada grave.

—Tenemos que hablar —dijo él, directo al grano.

—Eso se supone que lo decimos siempre las chicas, ¿no? —trató de bromear, pero la voz sonó débil, asustada.

Una sensación de protección, de necesidad de hacerle sentir segura, se apoderó de él. No era idiota, sabía que poco tenía que ver con su trabajo y mucho con la mujer que tenía enfrente, pero se moría por abrazarla y prometerle que todo saldría bien. Sin embargo, no podía hacer ninguna de las dos cosas.

—¿Por qué no te sientas? —La arrastró hasta el sofá—. Te prepararé un café descafeinado. ¿O prefieres una infusión?

—Hay rooibos de vainilla en el armario a la derecha de la encimera —le respondió ella—. ¿Podrías...?

—Claro. ¿Con azúcar moreno? ¿O prefieres canela, caramelo, nata o miel? —le ofreció al ver el contenido del estante de las infusiones.

—Canela y miel, por favor.

—Marchando.

—Hazte lo que te apetezca —le ofreció, educada, la voz ausente.

—Gracias.

En cambio, no se tomó nada. Más tarde se haría un café o, si estaba de humor, le pediría a ella que le preparase uno de los suyos especiales. Intuía que la noche sería larga y era probable que la pasara en vela, atento a cualquier sonido. Regresó al comedor con una bandeja que portaba una taza de cerámica humeante y la miel, para que se sirviese a discreción. Intuía que era golosa, pero no podía saber cuánto.

—Espero que esté a tu gusto.

—Lo estará, gracias —le respondió con innata corrección.

Juanjo se sentó en el otro extremo del sofá y esperó a que le diera un sorbo y el líquido caliente, al cruzarle la garganta y asentársele en el estómago, la calmara un poco. La vio sonreír con timidez y se sintió mucho mejor. Le afectaba verla tan abatida y no poder hacer nada por animarla.

—¿Puedo saber qué es lo que te parece divertido? —A pesar de que la frase pudiera sonar brusca, la voz de Juanjo solo reflejaba curiosidad por su gesto.

—Ahora mismo parezco tu amiga Paula el día que la detuvieron, con una infusión y en *shock*.

No, quiso decirle, no se parecía a Paula en absoluto. Su compañera de baile le había dado un buen susto, sobre todo al ver el golpe que tenía en el rostro, pero no había sido invadido por unas ganas locas de matar a alguien, como cuando había leído la carta de amenazas contra ella. Ni de cerca le despertaba la madrileña la mitad de emociones que le hacía sentir Natalia.

Aunque eso tampoco podía decírselo, o no en aquel momento. Era lo que menos necesitaría escuchar. Estaba allí para protegerla, no para hablar de sus sentimientos por ella.

—¿Estás en *shock*?

—No lo sé, nunca antes lo había estado.

La miró. Su gesto delataba miedo, pero parecía ser consciente de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Se le ocurrió una forma de relajarla que no iba contra el reglamento.

—¿Quieres que te prepare una baño caliente? Seguro que tienes sales aromáticas o algo así...

—Sí, por favor —la voz le salió, al fin cálida—. Eres muy amable.

—Me alegro de que lo aprecies —le respondió con una sonrisa, en alusión a la discusión de antes, intentando quitar un poco de hierro al asunto que les ocupaba.

Ella entendió la broma y no entró al trapo. Se limitó a soltar una risita.

—Quizá, después del baño, te pida un masaje.

Ahora fue él quien esquivó el tema.

—¿Has llegado a leer la carta?

La vio negar con la cabeza.

—No he podido, la has doblado en seguida, evitándolo, y lo has hecho además a propósito. ¿Qué ha ocurrido?, ¿qué decía que no pueda saber? Después de todo, se trata de mi seguridad.

Respiró hondo. Daría su brazo por librarla de cualquier preocupación.

—¿Qué sabes de las amenazas que han forzado esta escolta?

Se encogió de hombros.

—Que algún pirado ha enviado un par de cartas diciendo que me va a hacer no-sé-qué si se aprueba el proyecto de la Ciudad Universitaria de Valencia.

—Tengo que matizar tu información, me temo. No estamos demasiado seguros de que sea un pirado...

—¿Crees que podría ir en serio? —le preguntó, la voz teñida de nervios.

—No podemos descartarlo. Y Natalia...

—¿Sí?

—No han sido un par de cartas, han sido más de dos docenas, enviadas semanalmente a tu oficina. Y nada de no-sé-qués... Lo cierto es que han resultado bastante explícitas, rayando lo macabro.

La sintió temblar, mas no podía arrepentirse de decirle la verdad. Si aquel malnacido sabía dónde vivía ella, lo mejor sería que todos extremaran las precauciones, ella incluida. Se habían acabado las bromas sobre salir por la puerta de atrás, sí, pero también las carreras por el cauce del río... Puig trazaría las nuevas normas.

—¿Qué significa explícitas? —Él no respondió—. Juanjo, por favor, cualquier cosa que me digas va a ser mejor que lo que estoy pensando en este momento. A mí no me dan miedo los zombies, yo temo a los psicópatas, y las pelis que de verdad me quitan el sueño son estilo «Seven».

—No creo que Brad Pitt...

—Juanjo —lo cortó con el rostro blanquecino—, ¿pretende cortarme en pedacitos y tirarme al canal de la V-30?

—No es tan creativo. —Aunque sí había sido, en realidad, muy explícito, y descuartizarla había sido una de sus intimidaciones—. Pero son, sin duda, amenazas de muerte.

—Dios. —Se levantó, incapaz de estarse quieta en el sofá—. Dios, Dios —repitió, tratando de asumir lo que estaba escuchando.

Ella no sabía qué más decir. Comenzó a dar vueltas por el comedor, de una pared a otra, sin sentido ni orientación, y amplió después el recorrido a la cocina. Tras unos minutos, Juanjo la llamó.

—Natalia, ven.

Se levantó y abrió los brazos y ella se refugió en ellos, apretándole con fuerza la espalda, pegándose a él y buscando confort en el calor de su cuerpo. A la mierda si era correcto o no, era lo que necesitaba.

Y joder si él no lo necesitaba también!

Se limitó a rodearla con suavidad, a acariciarle el pelo y a besarle la coronilla mientras le susurraba palabras de aliento. No podía prometerle que todo iría bien, no sabía cómo acabaría la historia, pero podría pasar horas teniéndola entre sus brazos si ella le dejase.

Al cabo de un poco, se separó de él, aunque no se alejó, quedando frente a frente, a un suspiro el uno del otro.

—¿Es la primera carta que recibo en mi casa?

—Sí —le confirmó, tomándole las manos.

—¿Eso es bueno o es malo?

Ahora sí, se separó él y la invitó a regresar al sofá.

Pensó cómo responderle.

—Es bueno porque eso nos hace pensar que, hasta ahora, no había sabido dónde vivías. Pero es malo porque, sin lugar a dudas, ya lo sabe.

Lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué clase de respuesta es esa, Juanjo?

—La única que puedo darte.

Vio que no sacaría nada más de él a ese respecto, así que siguió preguntando conforme su mente iba asimilando lo ocurrido.

—¿Y, con tantas cartas, no habéis encontrado huellas?

—Emborronadas, siempre usa guantes. Pero esta vez podría ser diferente, tal vez tocó el buzón, no lo sabemos. Esta tarde, el hombre de la empresa de limpieza...

—Es una mujer.

—Lo sé, pero está enferma y la ha sustituido un empleado que lleva más de cinco años trabajando en esa compañía. —Había dado aviso a comisaría nada más cerrar ella la puerta y quedarse a solas en el corredor, y había hecho las averiguaciones pertinentes—. La cuestión es que, cuando hemos llegado, estaba limpiando los buzones y el tuyo estaba vacío.

—¿Te ha dado tiempo a mirar todo eso mientras entrábamos?

No le respondió la obviedad: ese era su trabajo, y años patrullando habían agudizado su sentido de la vista. Podría describir al tipo, si fuera necesario.

—Si lo ha tocado, habrá huellas. Crucemos los dedos para que sirva alguna.

Y que, además, el muy hijo de perra esté fichado, se dijo, pero eso prefirió guardárselo para sí. Por estadística, esa clase de delincuentes solía ser reincidente.

—Habrán también huellas del limpiador.

—David se encargará de todo.

—¿David?

—El subinspector Moreno. En breve lo conocerás, no tardará demasiado en subir a por la carta. Es un buen amigo, lo conozco desde hace años; entró con mi hermano en la academia. A no ser, claro —insistió—, que prefieras un baño.

Pero ella sentía curiosidad por sus amigos.

—¿Es el novio de Paula? —Le sonaba haber oído que lo mencionaban aquella tarde.

—No, Paula está soltera. David está con Isabel, una amiga del grupo de baile.

—Ah, entonces no la habrá detenido nunca —quiso bromear—, con Paula es suficiente.

No pudo evitar sonreír al escucharla. Lo que hubiera dado por haber estado aquella noche con Llagaria y Moreno.

—Más o menos... En realidad la cacheó.

Lo miró y la idea le dio cierto morbo. Juanjo leyó el deseo en su mirada y se arrepintió de habérselo dicho. No podía tocarla, menos aún dadas las circunstancias, y ella parecía querer que la cacheara centímetro a centímetro. ¡Mierda!, la noche iba a ser eterna.

—¿En serio lo hizo? ¿O fue una broma?

En ese momento sonó el timbre.

—Quédate aquí. —Y se acercó a la puerta—. ¿David, eres tú?

—¿Quieres que asome lo que yo te diga por debajo de la puerta? —le respondió una voz divertida.

La sonrisa se le borró de la cara al abrirle Juanjo y ver a la víctima sentada a unos metros. Era obvio que le había escuchado.

—Buenas tardes, señora...

—Señorita Natalia Miralles —los presentó Ríos—. Y no, no tienes que disculparte, tiene sentido del humor y es discreta.

Aun así, a Moreno le fastidió haber hecho un comentario tan estúpido.

—¿Dónde está el sobre?

—Sobre la mesa. ¿Había algo? —El gigante rubio que acababan de presentarle la miró, interrogante. Juanjo asintió y solo entonces continuó—. Podría haber suerte, el empleado utilizó guantes y las huellas son buenas. Las meteré en el sistema, a ver qué nos da.

—Avísame con lo que sea.

—Me llevo el sobre y lo trabajo allí, aunque dudo de que encontremos nada. El resto estaban

limpios.

—¿Se lo pasarás a Esteve?

Era el encargado del caso.

—Lo entraré en Bincipol y se lo acercaré después.

No romper la cadena de custodia era una norma sagrada en el CNP.

—Perfecto, llámame más tarde.

—Cuenta con ello. Señorita —se despidió de Natalia, tendiéndole la mano.

Pero si algo tenía ella, era una curiosidad infinita.

—¿Es cierto que cacheaste a tu novia? ¿Y lo hiciste antes o después de comenzar la relación?

David miró a Juanjo.

—Estaba cuando detuvieron a Paula —resumió, a modo de explicación.

—Te lo contaré con una cerveza el día que todo esto acabe, señorita Miralles. ¿Bailas?, ¿no? Bueno, pues tendremos que organizar una cena, Paula nos debe una en su nuevo hogar. Te vienes con Juanjo, así habrá paridad de hombres y mujeres, porque fijo que Paula tiene un club de fans, y te lo explico. ¡Pero lo haré yo, no dejes que lo haga Isabel o me hará parecer el malo del cuento!

Río, una alegre carcajada, impensable unos minutos antes dada la tensión de la situación. David lanzó una última mirada a Ríos, una muy significativa, y desapareció por la puerta.

—Me gusta tu amigo.

—Tú también le gustas —respondió, enfurruñado, a la espera de que sonara el móvil, lo que sin duda ocurriría en menos de un minuto.

—¿Tú crees?

No había engreimiento ni interés sexual o romántico en su voz. Por el tono del subinspector de científica al hablar de la tal Isabel, había quedado claro que estaba loco por ella.

—Créeme, no te hubiera invitado a una cena con el grupo de no ser así.

¡Vaya!, así que la invitación iba en serio, se congratuló Natalia.

—Si son todos tan agradables como este agente o como Paula, o como Martín Llagaria —añadió, recordando al inspector que sacó a la arquitecta de Zapadores—, será un placer acudir.

En ese momento sonó un wasap en el móvil de Juanjo. Lo abrió y, como sospechaba, Moreno no había perdido el tiempo.

Paula, tendrás que preparar una cena e invitar a la VIP de Juanjo. Está buena y, o mucho me equivoco, o él también lo ha notado.

Pasó de contestar. Es más, silenció el grupo.

Se despidió también poco después, con intención de vigilar desde la calle, dándole su palabra de que, en cuanto Santos llegara, subiría. Le hizo prometer que cerraría con llave y que solo a él le abriría. El oficial no tenía que subir a nada.

—¿Por qué no vas un segundo a tu casa y coges ropa para estar a gusto aquí? No creo que con americana puedas pasar la noche con comodidad.

Lo valoró.

—Tengo una bolsa de deporte para ir al gimnasio con una muda en mi coche.

—¡Pero si me has dicho que no tenías ropa para hacer ejercicio! —se ofendió.

—No aquí, sino en mi coche, que está en Zapadores. Si te parece, me acercaré un segundo a cambiar el vehículo y subiré las prendas aquí.

Natalia se disculpó con la mirada, abrió un cajón y le lanzó un llavero: tenía un mando a distancia y un par de llaves.

—Tengo dos plazas de garaje, mételo dentro, en esta zona es casi imposible aparcar a partir de las diez de la noche. La llave de paleta es la del ascensor, que está a la izquierda de la raya de aparcamiento. La de pompa es la de la puerta de mi casa. La plaza es la catorce, al lado del Porsche 911.

No estaba seguro de qué le sorprendía más: si que le ofreciera las llaves de su casa con toda la confianza y tranquilidad o que, en verdad, tuviera un maldito deportivo.

Aquella mujer era una caja de sorpresas, cada cual más deliciosa que la anterior.

Capítulo 10

Santos llegó a las nueve y media de la noche, hora en que él entró de nuevo en el apartamento de Natalia para continuar con el servicio. Si no aparecían coincidencias Puig solicitaría doblarlo, con un agente con ella y un segundo fuera del edificio, ya lo habían hablado y le había agradecido la guardia, sin chanzas sobre si tenían un rollo o no.

Natalia comenzaría, además, a trabajar desde casa. Pero Juanjo prefirió no adelantarle que iba a haber cambios ni cuáles, no cuando seguía impactada por lo ocurrido a pesar de que tratara de aparentar calma y cuando estaban a la espera de saber si las huellas estaban fichadas y correspondían a alguien con el perfil que estaban buscando.

Ella había preparado la cena.

—No sé qué sueles cenar —le dijo casi a modo de disculpa— y mi nevera tampoco está demasiado nutrida, pero he hecho lo que he podido.

Miró la mesa: una ensalada, merluza con patatas al vapor y un bol lleno de mandarinas.

—Tiene una pinta excelente.

No estaba mintiendo, era más de pescado que de carne y procuraba comer ligero y equilibrado.

—Supongo que no querrás una cerveza.

—Sigo de servicio —se encogió de hombros—, pero gracias.

Se sentaron en silencio. Juanjo solo abrió la boca para comer y para asegurarle lo delicioso que sabía todo, pero prefirió callar y dejarla a su aire. Si tenía alguna pregunta, ya la haría. En caso contrario, tampoco él tenía demasiado que decir.

Terminaron enseguida, recogieron y cargaron el lavavajillas. Iba a recomendarle que se fuera a la cama, que había sido un día largo, cuando le sonó el teléfono. Miró la pantalla y frunció el ceño: ¿David a las diez y cuarto de la noche? Su turno debería haber acabado ya.

Si quería hacer bromas sobre su VIP, no estaba de maldito humor.

—Ríos —respondió con formalidad.

—¿Sigues trabajando? —le preguntó Moreno, extrañado.

—Si lo que oigo a tu alrededor no me engaña, también tú sigues en Jefatura.

Se escuchaban unas sirenas de fondo y había algo inefable en el sonido de una comisaría, algo

característico y único.

—En efecto, estoy todavía aquí. —Y continuó sin rodeos—. Ha habido una coincidencia con las huellas del buzón.

—Y yo que creía que me llamabas para seguir con los wasaps —se medio disculpó, sintiéndose mal por haber dudado de sus intenciones.

—Eso lo haré este jueves, si vienes a bailar. Y si no ya hallaré el modo de reírme y hacer que el resto se ría también. Pero a lo que vamos...

—Te dejaré burlarte de mí eternamente si lo que tienes es bueno. ¿Te vas ya a casa?, ¿quién entra ahora?

—Olvida a mi refresco. Hace veinte minutos que debería haberme largado, pero Isa tiene guardia y me dio la sensación de que esto era importante para ti.

No se lo confirmó, no era necesario.

—Vamos para allá, entonces. Llegamos en veinte minutos. ¿David?

—¿Sí?

—Gracias.

—No las merecen. —No había falsa modestia en su respuesta, solo la más absoluta sinceridad.

Colgó y se volvió. Natalia lo miraba, nerviosa.

—¿Qué ha ocurrido?

—Las huellas en el buzón están en nuestra base de datos. Podríamos saber quién es.

—¿Podríaís? ¿Qué significa eso? Tenéis las huellas de todo el mundo en la base de DNIs, ¿cuál es la duda?

No era tan sencillo, no se podía entrar en dicha base de datos sin una autorización judicial y por un motivo fundamentado, capital y urgente. Y, aun así, muchas veces la petición era desestimada.

—No funciona así, me temo. De camino a Jefatura te lo explico. ¿Vamos?

—Dos minutos, me lavo los dientes y salimos. ¿Mi coche? —bromeó, esperanzada.

—Sabes que no —le sonrió, siguiéndole la broma—, a no ser que le hayas puesto sirenas. Si llevas armas, tendré que detenerte.

Y cachearme, pensó Natalia, pero prefirió callar y dirigirse a su dormitorio.

También él cogió su bolsa de aseo y fue al otro baño.

Cinco minutos más tarde iban en el Toyota del subinspector hacia plaza España.

—¿Te suena de algo?

Estaban en la cuarta planta de Jefatura, en el área de científica. Lo normal hubiera sido que le mostrara las imágenes el inspector que llevaba el caso, pero se habían puesto en contacto con él vía telefónica y tenían su permiso para proceder e informarle después con lo que averiguasen.

—No —se lamentó Natalia, mirando fijamente la fotografía del tipo que le mostraban—.

¿Debería?

—No necesariamente.

Las víctimas no siempre conocían a sus acosadores.

Tenía frente a sí la imagen de un hombre de unos cincuenta años, con el pelo entrecano y entradas, barba de cuatro días desarreglada, ojos marrones... un hombre perfectamente confundible con cualquier otro.

—Quizá te hayas cruzado con él y ni siquiera te hayas dado cuenta —probó Moreno, sin intención de presionar—. Tiene una cara estándar.

Negó con la cabeza, desesperanzada.

—Lo siento, pero no.

—No te preocupes —la tranquilizó Juanjo—. Sabemos quién es y conocemos su último domicilio. En algún momento, alguien le hará una visita y sabremos más.

No sería una visita amistosa, eso seguro.

—Laura está de guardia hoy —comentó Moreno, mirando a Juanjo con intención.

Si necesitaba una orden, ya sabía qué teléfono marcar.

—Creí que tu chica se llamaba Isabel —se metió en la conversación ella, aun sin deber, consecuencia de los nervios.

Los dos policías sonrieron.

—Laura es juez, Isabel médico. Aquí, unos u otros, parece que en el grupo todos tenemos servicios especiales —le explicó el rubio de científica con amabilidad.

—Laura es la pareja de Llagaria —continuó Juanjo—. Lo conociste cuando fuimos a por Paula.

—Laura, jueza, y Martín. Aitana y Alberto. David e Isabel, médico —intentaba memorizar.

—La cuñada de Juanjo también hace guardias y también es médico, solo que forense —Moreno lo dijo para impresionarla y, en efecto abrió los ojos, sorprendida. David continuó—. Lo siento, pero si tienes un horario ordinario no puedes ser amiga nuestra, tendrás que buscarte otro...

—David —le advirtió Juanjo, no dejándole terminar la frase.

Le gustaba aquel hombre, se dijo Natalia. Transmitía buen rollito y creía que entre Juanjo y ella había, o podía haber, algo.

—Paula es arquitecta, como yo, y va con vosotros —se defendió con una gran sonrisa, temerosa de parecer apocada pero sin querer aparentar ser una pedante.

El otro le siguió el juego, divertido.

—Paula es prima de Aitana, la forense. ¿Tú eres familia de alguien? ¿No? ¿Y sabes bailar? ¿Tampoco? Ufff, pues lo tienes mal. ¿Qué tal cocinas? Porque por el estómago nos ganarás a todos.

—No soy mala cocinera, pero tengo un velero —replicó, bromista—. Es un barco de quince metros de eslora donde podríamos caber todos e ir a navegar alguna mañana. ¿Sois aficionados a la pesca o, al menos, al mar?

David se puso en pie y le tendió la mano.

—Bienvenida al grupo. Le pediré tu número a Juanjo y te incluiré en nuestro wasap. Las chicas te van a adorar, estoy convencido.

Ella se la estrechó e hizo una reverencia, teatrera.

Juanjo estaba empezando a enfadarse.

—¿Habéis terminado? ¿Seguro? ¿Podemos continuar? Porque no hemos venido a socializar, os lo recuerdo.

Aunque una parte de él estuviera encantada de que Natalia pudiese encajar, primero tenía que dejar de trabajar con ella.

—Perdón —se disculpó, contrita—. ¿Qué ha hecho ese hombre para que lo tengáis fichado?

Se hizo un silencio incómodo.

—Me temo que eso no puedes saberlo.

—¿Cómo que no?! —les gritó, sin querer, poniendo los brazos en jarras—. Ese hombre me está acosando...

—Supuestamente —dijeron los otros dos, al unísono.

—Lo que queráis, pero tengo derecho a saber si es peligroso.

David carraspeó.

—Eso no lo determinas tú. Ni nosotros tampoco.

—¿Entonces?

—Un juez.

—¿Y sin la autorización de uno no puedo saber...? ¿En serio? Hay que joderse, los delincuentes...

—Supuestos —repitieron los policías, tratando de evitar sonreír delante de ella.

No es que a ellos no les molestase la situación, de hecho lo hacía tanto o más que a las víctimas, pero estaban acostumbrados al jodido «supuestamente».

—Lo que sea, la cuestión es que, por lo que entiendo, los chorizos están amparados por la Ley de Protección de Datos. ¡Y estoy a puntito de mandaros a la mierda a los dos si seguís sonriendo así! —acabó, más en serio que en broma.

—Así pues —volvió Juanjo al tema, ignorando su rabieta—, ¿estás segura de no haberlo visto?

Quiso dar una patada en el suelo, tan enfadada estaba. O mejor, en el trasero de alguien. Se cruzó de brazos.

—No.

—Ya —suspiró Juanjo—. ¿Podrías esperarme fuera? Tengo que hablar con él.

—Y no será de pasos de zumba, supongo.

—Kizomba —le repicaron, a la vez.

—¿Sois gemelos de distintos úteros, o qué?

Se marchó sin esperar respuesta.

—Es muy divertida —apreció Moreno en cuanto desapareció, cerrando la puerta tras de sí—. Y guapa.

—Ya veremos —se hizo el escurridizo—. ¿Entonces...? — Y volvió a la ficha.

—Detenido cuatro veces por amenazas, una sola condena, en suspensión de la pena por ser menor de dos años y porque siempre se conceden —se quejó, con fastidio—. La primera, a una vecina por colocar un tendedero en el patio de luces, no pudo demostrarse. La segunda, a un profesor universitario, por, según citó en declaración, aleccionar sobre los rojos al alumnado...

—¿Tenía un hijo estudiando allí?

—No. Le cayeron dieciocho meses. Eso fue... hace veintidós meses.

—Algo es algo. —Siendo un delito sentenciado con pena superior a doce meses, los informes policiales se mantenían durante tres años, lo que podía implicar su entrada en prisión a pesar de que la condena no superase los dos años, o tres si no había peligrosidad, si se demostraba lo de Natalia durante el año siguiente, antes de que se cumpliesen los tres años de la condena anterior y prescribiesen dichos antecedentes—. ¿Siguiente? —se refería a la tercera denuncia.

—A una prostituta, por alentar al pecado de la carne. Esta retiró la denuncia.

Seguramente sin coacciones. ¿Quién, que se dedicase a ese negocio, quería a la policía cerca?

—Este tío esta como una cabra.

—Desde luego, es muy coral en la elección de sus víctimas. La cuarta fue a un sacerdote.

Juanjo no pudo evitar reírse.

—A un cura, ¿en serio? ¿Por predicar contra el demonio?

—Ni idea, retiró la denuncia también.

—¡Joder! —se quejó—. Flaco favor le hacen al siguiente a quien amenaza.

El de científica no podía estar más de acuerdo.

—Ahora le ha dado por un proyecto urbanístico. ¿Crees que será ecologista? —ironizó David.

—Me conformo con que no sea peligroso, las amenazas eras muy explícitas. Dejaré a la VIP en casa, prepararé el escrito para el juzgado y me acercaré a casa de Esteve. —Era quien llevaba el caso—. Que me la firme y se la acercaré a Lau... a la jueza Mora.

El rubio negó con la cabeza.

—Olvídate de nada que no sea Natalia Miralles. Prepara el escrito si puedes, odio esa parte, y el resto ya lo hago yo, tú quédate con ella.

—David, soy yo su escolta, tú deberías...

—Isabel está de guardia y mañana voy de tardes. En serio, quédate con ella, yo me encargo. Además, Esteve me debe una y me cae como una patada en los cojones. Me va a encantar despertarlo.

—Ahora te la deberé yo.

—Tal vez, pero tú no me caes mal.

—Gracias.

—Los dos sabemos que tú habrías hecho lo mismo por Isabel aquella noche.

—¿Obligarte a cachearla? —bromeó—. Es posible.

Salía ya por la puerta cuando la voz de Moreno lo detuvo:

—Ríos. —Juanjo se giró y vio una mirada seria sobre él—. Tu amiga tampoco me cae mal. Sonrió, agradecido. Era lo que le faltaba, que sus amigos le dieran la bendición para ligarse a alguien.

De vuelta en el coche, Natalia se impacientó ante su silencio.

—Ahora ¿qué?

—Ahora esperaremos. Si es él...

—¡Es él! ¿De qué sirve tomar huellas si no...?

—... y podemos demostrarlo —continuó—, lo detendrán y se acabará tu servicio de escolta. Si no lo detienen, Puig pedirá que te doblen el servicio y trabajarás desde casa.

—¿Qué? ¡No! Yo no he hecho nada malo, es él quien debería pagar las consecuencias de las amenazas, no yo.

Juanjo suspiró, cansado, y quiso decirle el consabido «bienvenida mi mundo», donde la inocencia era la norma aun cuando la culpabilidad fuera flagrante.

—Natalia. —Había perdido la paciencia al saber que no podía ir a por aquel desgraciado, que tenían que rellenarse informes y pasar trámites burocráticos para poder detenerlo y que, aun así, no era seguro que lo atrapasen; solo le faltaba ella echando más gasolina a la hoguera de su cabreo—. Esto es lo que hay. Si no te gusta, puedes renunciar a la guardia. —Estaba siendo injusto, se dio cuenta así que rebajó el tono—. Pero te recomiendo que leas un par de notas tuyas antes de decidirte. Te lo recomiendo encarecidamente.

Se apretó las sienes, cansada. También ella estaba presionándolo, como si fuera él quien no quisiera detener al tío de la foto.

—Lo siento, estoy pagando mi frustración contigo y tú estás haciendo un turno extra solo para protegerme. Todo esto me frustra.

—Es frustrante —le confirmó.

Llegaron a su casa, habló dos minutos con Santos, que estaba en el portal y al verlos se acercó a la cancela automática, le actualizó lo que sabían de nuevo y se adentró en el garaje, aparcando al lado del precioso coche de ella. Subieron hasta el ático cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—Será mejor que te acuestes —le recomendó Juanjo—, parece agotada. Y mañana no irás a la oficina. Te lo digo ya por si tienes que avisar a tu jefe.

—Gracias, ahora le envío un mail. —Lo miró con fijeza—. Tú también parece necesitar un buen descanso. ¿Quieres...?

—Me daré una ducha y me tomaré un café, gracias.

—No es eso lo que te estaba ofreciendo, lo sabes.

—Lo sé —le respondió, incómodo.

—¿Prefieres la ducha? —preguntó ella, incrédula.

Quizá era el momento de explicarle que no debían acostarse juntos mientras... ¡qué leches, ya quiso decírselo la otra vez y no quiso escucharle, que se quedara con la duda ahora de si la deseaba o no, como había estado él cuatro días seguidos, esperando un mensaje que no llegó!

Sabía que estaba cansado y tenso, que no era el mejor momento para mantener una conversación tan radical, pero no le importó. También él estaba frustrado y lo pagaría con ella y a la mierda si estaba mal. En el coche había sido al revés y Juanjo había sido magnánimo, era el turno de Natalia de ser comprensiva.

—Sí, creo que sí. Y el café, por favor.

Bufó, enfadada.

—Flipas, si crees que voy a preparártelo después de que me hayas rechazado sin miramientos ni explicaciones. Ah, y te recomiendo que te des una ducha bien caliente. Pasarás frío esta noche en ese sofá.

Se fue a su dormitorio a zancadas. Él negó con la cabeza y la siguió unos pocos pasos.

—No seas obtusa...

—¡No me insultes!

—Natalia, estoy aquí para asegurarme de que no te pasa nada, no para darte placer.

Ella se asomó de nuevo al comedor, cabreada.

—¿Darme placer? ¿Darme placer, dices? Creo que tú gritaste más que yo el otro día.

Juanjo se pasó la mano por la cara, tratando de serenarse ya que ella no parecía estar por la labor. Quizá sus palabras tenían algo que ver, para ser justo.

—Mierda, no malinterpretes cada cosa que digo. Podemos intentarlo una vez acabe este caso, pero no antes. Y, por si tengo que ser específico, podemos acostarnos juntos entonces. Pero no sería profesional...

—Ya no has sido profesional.

—Gracias por recordarme mi error —le dijo sarcástico.

Natalia soltó un grito indignado.

—¿Acabas de llamarme tu error? ¿Tú? ¿A mí? —Afloraron todas sus inseguridades—. ¿Cómo te atreves, tú... tú... jodido cabrón? Largo de mi habitación. ¡Fuera he dicho!

No razonaría con ella, no cuando estaba tan enfadada que ni siquiera se había dado cuenta de que él estaba en el comedor y ella en el quicio de su dormitorio. Aun así, hizo un último intento.

—Por favor, Natalia, esperemos a que todo esto acabe y lo hablamos con calma.

—No sé si quiero tener una relación... ¿o solo va de sexo? No, ni se te ocurra contestarme ahora o es probable que te descuartice con el cuchillo cebollero.

—Natalia...

—Paso de estar con alguien que es capaz de resistirse a mí con tanta disciplina —le espetó, sintiéndose poco atractiva.

¿Así que ese era todo su cabreo?, ¿que no lograba llevárselo a la cama cuando quería? Se sintió

cosificado. Él valía bastante más que un polvo.

—No sé si quiero tenerla yo con una mujer que pretende tenerme dominado por la bragueta. —
Hubiera dicho polla, pero se retuvo a tiempo.

Aunque, dada su reacción, hubiera preferido no contenerse, porque fue épica.

—Fuera. De. Mí. Dormitorio.

Asintió con la cabeza, mirándola con fijeza, y se acercó a cerrarle la puerta en las narices, ya que seguía en el comedor por más que ella se empeñase en echarlo de donde no estaba.

—De acuerdo. Que descanses.

Escuchó algo rebotar contra la madera. No puedo evitar sonreír. ¡Vaya genio!, lo hubiera descuartizado de verdad si hubiera seguido enfureciéndola.

Era todo pasión, la señorita Miralles, dentro y fuera de la cama. Y pensar que los tenía a todos engañados con su seriedad en el trabajo y su simpatía y amabilidad fuera de él. Se diría que era una mujer templada, pero Juanjo la conocía mejor que eso: fuego, ella era puro fuego.

Capítulo 11

Natalia despertó pasadas las once de la mañana. Cuando salió a hacerse un café y no vio ni rastro de Juanjo se asomó al pasillo, donde tampoco encontró a Santos. Claro que, a esas horas, debía ser Marcos quien estuviera allí. ¿Dónde...? ¿Qué...? Se puso nerviosa y cerró la puerta, girando la llave.

Fue entonces cuando halló la nota sobre la mesa.

El tipo ha confesado y han encontrado pruebas suficientes para empapelarlo. Ha sido puesto a disposición judicial esta mañana a eso de las siete, vuelves a ser libre.

Llama a Marcos cuando te despiertes y él te lo explicará todo.

Ni buenos días, ni hasta luego, ni nos vemos, ni llámame ni nada.

¡Mierda!

Tenía un par de llamabas del inspector. Se las devolvió con una taza de café ya en la mano, disculpándose por hacerlo tan tarde. Puig no le dijo mucho más: que había pasado el peligro, que estaban convencidos de ello, que habría un juicio, que... no escuchó mucho más. El resumen para ella era claro: ya no vería a Juanjo a diario.

La parte positiva era que, se suponía, ya podían comenzar una relación.

La negativa era que, después del pollo de la noche anterior, dudaba bastante de las posibilidades de que algo así ocurriera en un futuro cercano, y la distancia no haría sino empeorarlo todo.

¿Había dicho ya «mierda»?

Revisó sus mensajes: ninguno del subinspector. Al menos tenía un mail de su jefe, el conseller, en respuesta al suyo del día anterior, dándole la mañana libre. Se fijó: había sido enviado a las 7:23 de la mañana.

¡Pues menos mal que la libraba de ir al curro, porque a esas horas no podía presentarse en la oficina sin una buena explicación!

Grabó un mensaje a sus hermanas para que dejaran de preocuparse por ella, explicándoles que el acosador había sido detenido y poco más, y llenó la bañera, dispuesta a intentar relajarse.

A ver por dónde salía el sol al día siguiente.

Los siguientes días debieron de ser nublados en casa de Juanjo, porque ni asomó ni dio señales de acordarse de que ella existía. Necesitaba volver a entrar en su vida, una oportunidad de tenerlo cerca, pero escribirle un wasap —o dejarle un audio, para el caso era lo mismo—, le resultaba frío, distante y, sobre todo, poco acertado, y requería una operación de diez. No podría, por otro lado, ver su reacción si se comunicaba con él a través del móvil. Quería saber si él estaba receptivo y para ello tendría que verlo mientras le hablaba. Quería, en fin, tener ventaja, porque detestaba la idea de hacer el ridículo con él. Se sentiría una acosadora fracasada. ¡Maldita fuera!, lo que quería era hacer trampas y saber de antemano cómo reaccionaría a sus avances.

De repente, como por arte de magia, le vino una idea magnífica a la cabeza. Quizá, con suerte, un resquicio desde el que asomarse a la vida de Juanjo sin ser vista, ganándose a una aliada que, sin duda, estaría a favor de él, pero que parecía creer que Natalia era lo mejor que podía pasarle a Juanjo. Abrió un fichero del ordenador, comenzó a sacar información y la grabó en un pendrive. Después cogió el móvil y buscó uno de los últimos contactos que había grabado.

Al tercer tono, le contestó una voz alegre:

—¿Natalia? Buenos días, ¿va todo bien?

Sonrió, sintiendo que su llamada era bien recibida.

—Buenos días, Paula, ¿te pilló en mal momento?

—No, no, en absoluto, me viene bien un descanso, aún no me he tomado el café de media mañana. ¿En qué te puedo ayudar?

¡Y ella en pijama! Se sintió decadente y feliz a la vez.

—Te llamaba para saber si podía ayudarte yo a ti. ¿Conseguiste las medidas del puente de las Flores?

Escuchó una risita. ¡La que había montado aquella rubia madrileña por ir a dibujarlo había sido épica!

—No, no he vuelto. Y tengo que ir esta semana sí o sí. Necesito los datos para el próximo lunes. ¿Te apuntas?

—Por eso te llamaba, aunque quizá no sea necesaria la excursión. En Conselleria tenemos los datos de todos los puentes de la ciudad; de las tres provincias, para ser exactos. Aunque sean locales, su infraestructura es competencia autonómica, más todavía después de lo que ocurrió en el 82 con el pantano de Tous, o de la riada del 57 en la capital.

Dos desgracias que seguían bien impresas en la memoria colectiva de los valencianos.

—He oído que en Valencia por poco vuelan todos los puentes, no sé qué habrá de verdad en ello.

—Las chabolas, arrastradas por el agua, obstruyeron los ojos de los puentes, convirtiéndolos en pequeñas presas y haciendo que el agua rebasase el cauce a cada poco, inundando todos los barrios aledaños, así que sí, se panificó su voladura por parte del Ejército al ingeniero Hornero.

Finalmente, gracias a Dios, no fue necesario, pues dejó de llover. La cuestión es que puedes solicitarnos la información de todos los puentes que necesites y te la enviamos desde aquí: el del Real, el de las Gárgolas, el del Ángel custodio, el de Madera, los de Calatrava... todos.

—¿En serio? Eso me ayudaría y, sobre todo, me ahorraría mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegarme la información?

—Si la solicitas al mail que te pasaré ahora por wasap, llamo al departamento en cuestión y pido que me reenvíen el correo y te lo paso todo yo misma. O mejor, porque pesa mucho, te lo grabo en un pen y te lo acerco.

—¡Eso significará que seremos amigas para siempre! —rio—. ¿No te supondrá ningún problema, siendo que vamos a licitar?

—No, siempre que lo pidas por los cauces legales. Cualquier despacho de arquitectos puede hacer lo mismo, si se le ocurre.

—Mándame la dirección, entonces.

—En un minuto la tienes.

—Oye, Natalia —la urgió Paula, antes de que colgase—, ¿qué haces este sábado noche?

¡Bien!, se felicitó, ahí tenía su oportunidad.

—¿Quedar a tomar algo y darte un USB?

—De acuerdo. O... bueno, solo si lo prefieres, puedes venir a cenar a casa. Estaremos el grupo de amigos, aunque creo que ya nos conoces a casi todos: Llagaria, Ríos... los dos Ríos, quiero decir, Juanjo y Alberto, David, yo, un amigo también policía... —La idea de ver a Juanjo hizo que el estómago se le llenara no de mariposas, no, sino de la Patrulla Águila haciendo piruetas aéreas—. ¿Qué me dices?

—Que a qué hora tengo que estar allí. —Sonrió, de buen humor, dándole las gracias por la invitación.

—A las ocho si te apetece cervezas y puedes llegar, a las nueve y media si vienes directa a la cena.

—Hecho. ¿Qué llevo?

—¡El USB, claro!

Rieron las dos, se cruzaron las cuatro frases de rigor y se despidieron hasta el sábado.

Paula dudó si contárselo a Juanjo o dejar que lo tomara por sorpresa. El jueves anterior habían ido a bailar y había estado de un humor de perros, pero no había querido hablar de lo que le pasaba. El domingo lo asaltó directamente y le preguntó por Natalia, pero él esquivó la respuesta con un «no quiero hablar de ello». ¿Qué diablos habría pasado? Era obvio que aquellos dos se entendían a la perfección y, a pesar del *shock* cuando la conoció —¡no por ella!, sino por su excursión a comisaría—, pudo sentir la química fluir entre ambos. Aunque tampoco ella le había

hablado a su amigo de Beltrán, cada cual tenía sus secretitos, ¿no era cierto? Pero estaba preocupada de que Juanjo y su cabezonería se cargasen una relación que podía ser la definitiva.

Como si pudiera leerle la mente, esa noche la llamó.

—¿Qué haces? —preguntó seco, directo.

—¿Me llamas para saber qué hago? ¿En serio?

—¿Qué?, me preocupo por ti.

—Nunca me has llamado para un «qué tal», ¿quieres ir al grano?, ¿o te explico primero que estoy leyendo una novela que...

—¿Conoces al inspector jefe Beltrán?

«Pero ¿qué narices...?» Paula no sería policía, pero tenía unos reflejos de vértigo, así que no mostró ninguna emoción.

—Es difícil olvidar el nombre de quien te detiene. Y hablando de aquel día, ¿sabes quién me ha llamado?

Juanjo lo sabía, claro que sí. O eso suponía.

—El inspector jefe Beltrán para disculparse en nombre de su equipo, por eso te lo he dicho.

—Así que fuiste tú quien le dio mi número —pensó en voz alta, cuidándose mucho de acusarlo de nada.

—Más o menos, ¿te molestó?

—Una disculpa siempre es bienvenida. Pero no, no me refería a esa llamada —cambió de tema, por precaución y por diversión—. Con quien he hablado esta semana ha sido con tu amiga, Natalia Miralles.

—No es mi amiga —refunfuñó.

—David bromeó el otro día con que...

—David no sabe nada.

—Oye, cálmate un poco. Me ha llamado por el tema de los puentes.

—Fantástico —respondió, irónico—, idos a tomar medidas de uno y a ver si os caéis de la mano. —En cuanto lo dijo, se arrepintió, sabiendo que se había excedido—. Mierda, lo siento. Lo siento mucho.

—Te has pasado, Juanjo, pero te perdonaré si me perdonas tú a mí.

Algo lo puso alerta, Paula se estaba divirtiendo a su cosa.

—Dime primero qué has hecho.

—Desear que te caigas de un puente no, desde luego.

Eso lo obligó a rebajar el tono.

—Ya me he disculpado por eso.

—Bueno, por si acaso no entiendes la gravedad de tu falta.

—Paaulaaaa....

—Le he dicho a Natalia que venga a la cena del sábado. —Se hizo un silencio sordo al otro lado de la línea. Ella se dijo que lo del móvil era un asco, que no podía saber si él estaba

mordiéndose la lengua para no repetirle lo del puente o haciendo el baile de la victoria—. ¿Juanjo?

—Te he oído. ¿Acudirá?

—Sí, si no me pides que retire la invitación.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque apostaría mi coche a que es ella la que te tiene jodidamente cabreado.

—No estoy jodidamente cabreado, y ¿qué coño os pasa a las mujeres de la pandilla con los coches? Laura tiene un Audi Q8 descapotable, Aitana un Hummer, Isabel un Mercedes tamaño tanque descapotable, Natalia un Porsche 911 y tú... —Ella tenía un Jaguar F-type descapotable de color rojo que le iba que ni pintado—. O todoterrenos enormes o deportivos, todos ellos descapotables. ¡Tenéis gustos de tíos, que lo sepáis!

Y una economía holgadísima gracias a sus familias., eso no necesitó decirlo. A Paula la comparación le resultó divertida, pero el dato de Natalia, muy interesante.

—¿Tiene un Carrera?

—Eso he dicho.

—¿El último?

—La edición especial del 911 Targa 4S en color azul noche.

La escuchó silbar al otro lado de la línea.

—¿Y has montado?

—No.

—Y con ella, ¿te lo has montado?

—¡Paula, joder!

—Tranquilo, no se lo diré a nadie.

—No he dicho...

—Por eso, porque no lo has negado. ¿Estáis enfadados?

—No vas a parar, ¿verdad?

—Sabes que no.

Se resignó, ¡qué remedio! Aquella rubia era como un terrier con un hueso, si mordía, ya no soltaba.

—¿Quedamos mañana a tomar algo antes de la clase, entonces? —le propuso.

Se dio cuenta de que le apetecía hablarlo, que confiaba en ella y que, además, su amiga conocía a Natalia, que habían congeniado. No le vendría mal un poco de la famosa visión femenina.

—Una hora antes en la cafetería de enfrente.

—Hasta mañana, entonces.

Colgaron. Paula comenzó a hacerse sus cábalas. Así que Juanjo y Natalia... Le gustaba la idea, le gustaba mucho.

Faltaban cuarenta y cinco minutos para la clase, iban muy justos, así que pidieron su cena — Juanjo un bocadillo, Paula una ensalada— y la rubia se lanzó al ataque.

—¿Y bien? ¿Qué pasa con Natalia?

—¿Qué te ha contado ella? —prefirió preguntar él.

—Absolutamente nada. No me mires así, te lo diría, estoy de tu lado. Pero el día que vino a mi casa a recoger el echarpe..., ¿no te lo conté? Pues eso, que vino a mi casa a recoger el que me prestó el día que nos conocimos —prefería obviar lo de la detención— y a ver cómo me encontraba, y acabamos cenando juntas. Me gusta esa chica, la verdad, creo que es encantadora.

—Paaulaaa...

—¿Tú no lo crees? —le interrogó con aire inocente.

Entre aquellas dos arquitectas iban a matarlo, estaba convencido.

—Esa no es la cuestión.

—¿Qué manía tenéis todos de ponerlos shakesperianos!, la verdad. Si te gusta o no es exactamente la cuestión, porque tú a ella le gustas, esa noche me preguntó bastante por ti. Con disimulo, desde luego, se la ve una mujer discreta, pero estaba claro que le interesabas. Y si, por lo que entiendo, te has acostado con ella...

—No puedo acostarme con una VIP —dijo con voz cansada.

—Pero lo hiciste.

Se rindió.

—Pero lo hice.

—Entonces sí puedes. —Juanjo odiaba su lógica aplastante e irrefutable—. Mientras tu jefe no se entere...

—Mi jefe lo sabe.

—¿Os pilló?

—Claro que sí, haciendo el sesenta y nueve, no te jode.

—Siempre he querido hacerlo —murmuró ella.

Se miraron, preguntándose hasta qué punto hablaban en serio. Paula sabía que él bromeaba, estaba convencida de que no sería tan tonto como para dejarse sorprender con los pantalones bajados por su inspector y que habría sido él quien informara al tal Puig, y apostaría la mano izquierda —con la derecha dibujaba y la estimaba demasiado para jugársela—, incluso, a que el sexo había sido fuera de su turno.

Pero, se preguntó Juanjo, ¿bromeaba Paula? No, no lo hacía, aunque él no pudiera saberlo. A ella le gustaba el sexo, desde luego que sí, pero era... poco aventurera, por no decir que temía hacerlo mal y prefería no correr riesgos innecesarios.

—Ahora en serio, Juanjo. ¿Quieres contármelo?

¿Quería? Tal vez no, pero andaba perdido y aquellas dos parecían entenderse la mar de bien.

—La primera vez fue fatal. No, no es cierto, fue increíble, pero a la mañana siguiente yo dije algo indebido y no me dejó explicarme o disculparme, se puso en modo «me la pela todo» y al

final me fui sin más. No, eso tampoco cierto, le di un beso que, creo, dejaba claras mis intenciones.

—No estoy segura de que un beso...

—Fue un beso, *beso*. Si supieras cómo lo hago, no dudarías.

«¿Me habrán besado a mí de verdad, uno de esos besos, *besos*?» Su principal problema con el sexo era que pensaba demasiado y hacía... innovaba muy poco. Para ella había solo dos posturas: mujer arriba y mujer abajo, y con eso se sentía segura y satisfecha y fin de la historia.

—¿Y entonces?

—Estuvo cuatro días sin dar señales de vida.

—¿Y tú, diste señales de vida?

—No —se enfurruñó—, pero la que se puso borde fue ella, no yo.

—Punto concedido.

Sintió que iba ganando, era demasiado competitivo.

—La cuestión es que comenzamos a hablarlo, o más bien a discutirlo, y ocurrió algo, algo relacionado con el caso que no te voy a contar y que nos interrumpió y me obligó, además, a quedarme a dormir.

—Y no quisiste acostarte con ella.

Hizo un gesto exagerado de agradecimiento.

—Al menos tú lo entiendes, ella no. Dio por sentado que como cometí un error una vez... ¿qué, por qué me miras así?

—Dime que no le dijiste que era un error. —Paula lo observaba, incrédula.

Mierda, mierda, mierda.

—¡Me disculpé al instante! —se defendió—, y tampoco me dejó explicarme.

—Así que el resumen es que ella no es dada a la conversación y tú eres un maldito bocazas.

Sin poder evitarlo, se echó a reír. Su amiga podía ser tremenda.

—Vale, lo que tú digas, pero ¿quién tiene razón?

—No importa quién tenga razón, Juanjo, sino que lo solucionéis. Ella ha dado un paso para acercarse a ti, ahora te toca a ti no cagarla.

—¿Y cómo se hace eso, listilla?

—Intentando no ser tú mismo.

—¡Paula!

—Te toca pagar. Y espabila que llegamos tarde —le dijo mientras se levantaba y se ponía la cazadora vaquera.

También lo dejaba con la palabra en la boca, sin poder explicarse. Esas dos iban a hacerse íntimas, lo estaba viendo. Más le valía arreglarlo, porque iba a tener Natalia Miralles para rato, aunque solo fuera para que, entre ambas, lo torturasen.

Capítulo 12

Natalia estaba muy nerviosa. Nunca había tardado tanto tiempo en elegir qué ponerse.

Paula, bendita fuera, le había enviado un wasap esa mañana:

Por si te lo estás preguntando, ropa cómoda pero sexi.

Claro, que ¿qué se suponía que significaba eso? ¿Vaqueros, camisa y tacones? ¿Vestido informal y calzado liso? ¿Coleta?

Después de media hora descartó cualquier conjunto que Juanjo pudiera relacionar con el trabajo, así que fuera pantalones y faldas lápiz, y se centró en las perchas de los tejanos. Probó a combinarlos con el rojo, pero en el espejo le pareció demasiado... demasiado. Lo intentó con el rosa, que tenía un punto romántico, sin embargo la hacía parecer cándida.

—¡Joder! —medio gritó, frustrada.

Como castigo, se obligó a doblar toda la ropa y a meterla diligentemente en el armario. El lunes venía Manuela, podía hacerlo ella, pero iba allí a limpiar, no a recoger sus desastres.

—Concéntrate, concéntrate —se animó.

Después de diez minutos sin que llegara la inspiración se fue a la ducha. Total, tenía que hacerlo igualmente y pensaba plancharse el pelo. Desde ahí, recogerlo o dejarlo suelto no suponía ninguna diferencia.

Salió con la melena planchada, un maquillaje discreto a falta de elegir el color de labios —los ojos en blanco y negro no fallaban nunca, menos con una raya por fuera, en la parte de abajo, en verde, para resaltar el ambarino de sus iris—, con su perfume de invierno favorito, uno *fougère* con acabado en vainilla y cedro, y tan desnuda como su madre la trajo al mundo.

Regresó a su vestidor, corrió las puertas de los armarios hacia la zona de la ropa de abrigo, tapándola, dejando al descubierto toda la de verano y entretiempo, y fue así como lo encontró: un vestido vaquero de Levi's blanco, abotonado, con cuello en V y mangas abullonadas. Buscó unas alpargatas con cuña en color negro y cambió el cinturón níveo del vestido por uno del mismo color y tejido que el calzado.

Al final acabó con la melena castaña recogida en una coleta alta de la que se escapaban algunos

mechones, unos pendientes de botón de oro blanco con un brillante, un bolso tote en rafia de Stella McCartney, un reloj estilo brazalete ancho de acero y, se decidió, un poco de brillo en los labios.

Natural, sofisticada y sexi. ¡O eso esperaba!

A las ocho y media puso rumbo a la playa de la Malvarrosa, calculando que llegaría sobre las nueve menos diez, buena hora para no parecer impaciente ni llegar a mesa puesta. ¿Estaría él ya allí? Todo el camino, que se dio el gusto de hacer con la capota bajada y a treinta por hora, su estómago estuvo haciendo piruetas. Parecía una adolescente. Se dio cuenta, de hecho, de que Juanjo era el primer hombre que la hacía sentir así y no estaba segura de querer, con treinta y siete años, tener que estar pensando en qué se ponía o si un hombre —uno en concreto— la vería guapa. Era atractiva, pero sus hermanas eran auténticos bellezones. Nunca tuvo complejo, era una mujer muy segura de sí misma y en su casa nunca las compararon. Y ahora, de repente, la idea de que no la considerasen —que el subinspector no la considerase, en verdad— preciosa, le hacía desear tener las piernas más largas o los ojos de otro color.

—Enhorabuena, Natalia —se burló de sí misma—, te has convertido en tu madre.

¡Ojo!, su madre era una mujer maravillosa y, además, presumida y guapa. Pero, ¿quién quería parecerse a su madre? Solo las hijas de la Presley, supuso.

Cuando llegó a la dirección, la puerta de la villa estaba abierta y, en ese momento, un Hummer H2 negro se colaba dentro. No pudo evitar admirarlo, le gustaban los coches tanto como a su padre, pero ella era más de deportivos que de todoterrenos. De hecho, su Porsche había sido el regalo de su progenitor al ser renovada por parte del nuevo gobierno.

Hizo las luces, avisando de que también ella entraría, y, al hacerlo, alguien —un policía, sin duda, por cómo la dirigió— se bajó de aquella especie de tanqueta y le indicó que aparcara al otro lado del jardín, en la zona asfaltada, a pesar de que pisase el césped.

—Es artificial —le dijo, haciéndose escuchar por encima de los motores de ambos vehículos.

Lo colocó donde le dijeron y, antes de poder hacerlo ella, el mismo hombre le abrió la puerta y la invitaba a bajar.

—A ti no te conozco ni estás en el grupo de wasap, así que imagino que no sabes bailar. — Tenía una sonrisa divertida en el rostro.

—Natalia Miralles —se presentó, tendiéndole la mano.

Este se la estrechó, no sin antes advertirle.

—Seré de los pocos que no te dé dos besos, aquí les va el rollo de la cercanía, así que, si no te gusta que te toquen, estás a tiempo de largarte. Yo te cubro. —Ella se echó a reír y le acercó la mejilla, dándose los dos besos de rigor—. Soy Alberto —se presentó finalmente—. O inspector Ríos, lo dejo a tu elección.

—¿Prefieres...?

—Alberto, pero tendrás que saber que se refieren a mí cuando hablen del inspector Ríos.

—¿Con rango y apellido? No me pega con eso de ser besucones.

—Hay dos inspectores y dos Ríos. —Se encogió de hombros—. La otra opción sería señalarnos y gritarnos «oye, tú», pero las chicas dicen que parecemos neandertales cuando lo hacemos.

Natalia lo miró con fijeza unos segundos, tratando de averiguar si hablaba en serio o le estaba vacilando.

—Creo que me gustas, inspector Ríos —terminó decidiendo.

Una figura femenina y elegante hizo a un lado al enorme inspector con la cadera y se dirigió a ella, sonriente.

—Entonces yo te gustaré más: Aitana Mendoza, la mujer a la que se beneficia este listillo.

En ningún momento pensó Paula que la otra estuviera marcando terreno o haciéndole algún tipo de advertencia. Su gesto era franco y su mirada amistosa.

—Natalia Miralles. Y si eres la conductora del Hummer, seremos amigas eternas.

Río la mujer morena.

—No soy muy de coches, la verdad, pero mis padres me dieron a elegir entre tres modelos... mi sueldo de forense no me da para ese trasto ni de lejos... y este me pareció la mejor venganza a su imposición.

Por ser el más caro, se entendía. A no ser que le hubieran ofrecido un Ferrari...

—¿Cerveza fría para todos? —preguntó tras ella una voz que conocía bien.

—Siempre —confirmó Alberto, abriendo el círculo para que cupiese uno más—. Natalia, permíteme presentarte a mi hermano...

—La señorita Miralles y yo ya nos conocemos —respondió este, seco—, era mi VIP hasta hace unos días. ¿Vino tinto para ti? —La miraba con seriedad, ni un amago de simpatía en su rostro.

—Por favor —le respondió, descolocada.

No esperaba que hiciera público su enfado.

Como era de esperar, se hizo un silencio incómodo.

—A mí tráeme una copa de vino blanco —dijo Aitana—. ¿Sabes qué, Juanjo? Déjalo, creo que Natalia y yo iremos a saludar a Paula y a Laura... es la del jaguar deportivo —le indicó con una sonrisa a Natalia—, y asaltaremos la bodega de la cocina. —La tomó del brazo y tiró de ella sin preguntar siquiera—. Señores.

Unos metros más adelante la soltó y se disculpó por sus formas.

—Me ha parecido que era mejor separaros.

No supo qué contestar a eso, así que dio un sencillo «gracias» y se dejó llevar hasta la anfitriona.

—¡Natalia! —la saludó entusiasmada la dueña de la casa.

Se dieron dos besos, esta le tendió el USB, la rubia dio una explicación sucinta y se fueron las cuatro, pues la tal Laura se acercó a presentarse también, al interior de la vivienda a abrir una

botella de vino, o dos o las que hicieran falta.

La cena, en el porche, fue exquisita y muy amena. Hubo un momento extraño cuando llegó alguien en una moto a las nueve y media en punto. No cualquier moto, una Harley-Davidson WLA de 750cc del año 1942, una pieza codiciada por cualquier coleccionista. Sin embargo, tuvo la sensación de que los hombres no se quedaron callados por el vehículo, sino por quien lo conducía.

Fue presentado como el inspector jefe Mateo Beltrán y saludado con formalidad por todos. Juanjo, no pudo evitar notar ella, intercambió una mirada interrogativa con Paula, y la otra le hizo un gesto que, supuso, debía de ser algo así como «luego te lo explico». La complicidad entre ellos fue para Natalia como una patada en el estómago, aunque daba la sensación de que a Paula quien le importaba era el tipo enorme de pelo castaño similar al suyo y de sonrisa amable. Era, desde luego, un hombre muy seguro de sí mismo y que se comportó de manera relajada durante la cena a pesar de ser consciente, sin duda, de los celos que había levantado en el resto.

Por lo demás, corrió la cerveza, el vino y, para su sorpresa, Juanjo se puso de camarero en la barra improvisada a preparar *gin-tonics*.

—Es obvio que nos iremos en taxi y mañana tendremos que volver a por los coches —dijo Laura, cuando recibió su copa de balón con Hendricks, pepino y cardamomo.

—Sea —brindó alguien, no supo quién.

A la una de la madrugada a Natalia comenzaba a darle vueltas la cabeza, así que se metió en la casa a buscar agua fría. Pensó en lavarse la cara para ver si se despejaba, y a la mierda el maquillaje. Total, Juanjo no le había hecho ni caso... Buscó el baño y abrió el grifo, dejando la puerta abierta. Se enjabonó las manos e iba a aclarárselas cuando alguien la interrumpió.

Porque Juanjo llevaba buscando un minuto para quedarse a solas con ella desde que la había visto llegar. ¿Qué se suponía que hacía allí? Sentía que lo había echado de su vida —¡ni un solo mensaje, nada!— para ahora meterse en la suya. Bien, si pretendía que aquello fuera una conquista, o al menos eso le había cuchicheado Paula que era, él lo sentía más bien como una invasión.

Había estado mirándolo toda la noche a hurtadillas, se había dado cuenta. Y, mal que le pesara, él había pasado toda la velada atento a ella. Joder, estaba preciosa y era divina. ¡Qué lástima que todo ese encanto se lo ocultase a él y se lo prodigase a los demás!

Así que, en cuanto tuvo ocasión, la interceptó. El baño, el jardín, no le importaba dónde con tal de... de hablar con ella y tenerla sola para él, ¡maldita fuera su estampa por necesitarla tanto!

—¿A qué has venido, Natalia?

Sin rodeos, según su costumbre.

—¿Aquí, al baño? ¿Aquí, a casa de Paula? ¿O al mundo en general con algún malvado

propósito? Me temo que no te sigo.

Enfadado por su sarcasmo, entró en el aseo y cerró tras él. Como si nada, ella se acabó de lavar las manos y se las secó con parsimonia.

—Déjame salir, por favor —le pidió cuando hubo acabado.

—Yo pregunté antes de que tú pidieras nada. ¿Seguimos un orden, si te parece?

—¿Es el alcohol o estás un pelín borde?

Ignoró que dudara de su sobriedad. Se había asegurado de no perder el control con ella allí, temeroso de discutir en público o, mejor, cargársela al hombro y llevársela a su casa, a ser posible y si recibía ayuda porque solo no podría, amordazada.

—Estás de fiesta con mis amigas del baile, con algunos compañeros de trabajo y con mi hermano y mi cuñada. Y si a alguien le da por sumar parejas, parecerá que nosotros somos una.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Eso díselo a Paula, fue ella quien me invitó.

—Ya he tenido una conversación con ella.

Se moría por saber qué se habrían contado, pero no preguntaría. Antes dejaría que le rayaran la carrocería del 911; total, estaba a todo riesgo.

—¿Y te ha dicho lo del USB con los puentes de la ciudad?

—Sí.

—Pues ya sabes qué hago aquí, subinspector. Y ahora, siguiendo el orden que has propuesto, ¿me dejas salir, por favor?

La miró con engreimiento.

—Desde luego que sí. Vas a salir de aquí, Natalia, pero para despedirte e irte directamente a tu casa.

Dolió. El comentario le hizo daño. La echaba sin miramientos.

—Mira, Juanjo...

—Nos vamos los dos —la interrumpió—, tú y yo. Y me vas a contar qué diablos haces volviendo a mi vida cuando se supone que saliste y cerraste la puerta.

Debería replicarle que ella no cerró nada. O que si se iban juntos, entonces sí, parecerían una pareja. Pero prefirió callar. Si quería acompañarla a su apartamento, ¡adelante! Eso sí, que no pensara que saldría de allí indemne, no podía ser tan estúpido. Se aseguraría de que se quedara, como mínimo, hasta el amanecer, y no discutiendo gilipolleces si ella tenía algo que decir al respecto.

Cinco minutos después, estaban en un taxi camino de la avenida de Francia, el lugar en el que habían estado viéndose durante varias semanas, directos, lo supiera él o no, a la cama que ya habían disfrutado una vez.

Las ganas estaban por superarla.

Capítulo 13

El taxi llevaba sintonizada la cadena COPE, como muchos de los taxis de la ciudad. Ninguno de los dos escuchaba lo que decía el locutor, demasiado conscientes el uno del otro como para atender a un tercero que ni siquiera estaba presente. Cuando el taxi giraba por la plaza de Europa para enfilar la avenida de Francia, Natalia pidió que al conductor que se detuviera.

—Bajaremos aquí, gracias —le dijo, al tiempo que le extendía su tarjeta de crédito para que se cobrase.

—No, nos apearemos hasta llegar a tu portal —dijo Juanjo con rotundidad.

El hombre dudó, podía reconocer una voz con autoridad en cuanto la escuchaba y, o mucho se equivocaba, o aquel tipo era policía.

—De acuerdo —respondió ella calmada, sin dejar de mirar al chófer—, entonces yo me bajaré aquí, cobre esta parte del trayecto y, después, lleve al caballero donde le pida.

Y si no dijo «a ser posible, a la mierda» fue porque no quería enfadarlo más.

Juanjo soltó una palabrota, le quitó la tarjeta de la mano, sacó un par de billetes y pagó. Sin esperar el cambio, abrió la puerta y la mantuvo abierta hasta que ella bajó.

Tentada estuvo de quedarse dentro, dar portazo y largarse, pidiéndole al taxista que la llevase al fin del mundo, pero eso hubiera sido un suicidio: la hubiera seguido a su casa o al Canal de Suez si hubiera sido necesario, le habría dicho de todo y después hubiera desaparecido para siempre.

Quería a un Juanjo tranquilo, de ahí que decidiese bajarse a diez minutos de camino de casa.

Estiró la mano para que la ayudara a bajar, le dio las buenas noches al taxista y, cuando él quiso apartarse, apretó sus dedos, asegurándose de que siguieran entrelazados.

—Hace una noche fantástica para pasear, ¿no crees?

El agente se mordió la lengua para no decirle que, si lo que quería era pasear, por qué leches se encerraba en una villa en la playa con un montón de desconocidos.

En un arranque de cabreo la había echado de casa de Paula casi a rastras, delante de un grupo de gente que no conocía, y, aun así, ella no le gritaba, sino que quería que paseasen juntos hasta su domicilio cogidos de la mano.

Podía ser impulsivo, pero no tonto. Así que le acarició la muñeca con el pulgar, haciéndole saber que podía dejar de apretarle con fuerza, que no la soltaría, y se relajaron ambos.

—Tu grupo de amigos es muy divertido, ¿hace mucho que os conocéis?

—Nosotros sí. Bueno, yo me alejé cuando me fui a Castellón, al ascender a subinspector, pero antes de irme solía quedar con ellos a pesar de que eran los colegas de Alberto. Coincidí con Moreno un tiempo en Motos y estuve bajo el mando de Llagaria también. Así que, al final, fue casi natural que me convirtiese en uno más.

—¿También a la hora de bailar?

Se echó a reír, una risa baja, grave, tranquila.

—Solo mi hermano y David bailaban. Martín se apuntó cuando empezó con Laura, ella es muy salsera. Y yo... bueno, ¡qué remedio!, parecía divertido y es una forma sana y barata de entretenerse. Paula, además, puede ser muy insistente.

—Te iba a preguntar también por ellas. Parecen llevarse muy bien.

—Laura es jueza y conoció a Aitana en su primer caso, al llegar mi cuñada al instituto forense; antes trabajó en Salamanca durante diez años. Isabel es amiga íntima suya, compañera de facultad. Paula es prima de Aitana, e Isabel la conoce desde hace años. Cuando llegó... en fin, que acabamos haciendo pandilla y convirtiéndonos en íntimos.

—Es una suerte que ellas se lleven tan bien.

—Son, cada una a su manera, unas mujeres excepcionales.

Sintió el golpe de los celos. Quería que él se refiriese a ella del mismo modo y con la misma admiración en la voz.

—¿Qué ocurre con Mateo?

Vio que Juanjo perdía la sonrisa.

—¿Qué ocurre con él? —la esquivó.

—No lo sé, pero cuando ha entrado, por un momento, todo se ha vuelto incómodo. Todos lo estabais menos él.

—Es un cabronazo que sabe bien dónde está.

Le sorprendió esa descripción de un compañero.

—¿Eso es malo?

Negó con la cabeza con una sonrisa cínica.

—Beltrán tiene una carrera impoluta, es casi un héroe, tiene un par de medallas al mérito y es el IJ... inspector jefe, aunque supongo que ya lo habías entendido... más joven de la provincia. Es probable que en menos de cinco años sea comisario. Tiene la oportunidad, el expediente y los contactos necesarios.

—¿Por eso no os cae bien?

—No —reflexionó—. En realidad es un tío que gusta bastante. Es buen compañero, es un jefe firme pero justo hasta donde he oído, y no es un capullo.

—¿Entonces?

—Paula.

A Natalia le costó preguntar. No quería saber si él... No, lo que quería era que le dijera que ella le importaba más que su amiga.

—¿Te molesta que pueda estar por él?

—Me preocupa que Mateo no se la tome en serio. Paula es enamoradiza y él...

—¿Él?

—Joder, no lo sé. Pero es muy hermético con su vida privada y, por lo que se rumorea, un ligón de primera.

No le sorprendió, era un hombre muy guapo, pero no se lo diría o, seguro, él se lo tomaría como una traición. Le apretó la mano con cariño, en cambio, y apoyó la cabeza en su hombro, mimosa.

—Entonces deja que sea ella quien se preocupe, ¿no?

—Como si me fuera a dejar meter la nariz donde ella no quiera. Es tan dura de sesera como tú, cuando se empeña. Debe de ser algo que os enseñan en la facultad de Arquitectura.

Ahora fue el turno de Natalia de reír.

—Somos las mujeres de tu vida, sé que lo has dicho en alguna ocasión.

—Y que me mataréis entre las dos, eso también lo he dicho. Y el mismo número de veces —se defendió, aunque su voz sonaba divertida.

Pasearon unos metros más y ella le señaló al otro lado de la calle.

—Algún día tendremos que montarnos allí.

Se refería a la pequeña zona ajardinada de detrás del restaurante japonés, donde la lanzó al césped al escuchar un petardo.

—¿Estamos locos? Si quieres hacerlo en algún suelo, que sea en el de tu casa. El parquet es muy cálido, y las paredes muy discretas.

Se echó a reír, ella, más segura. No le había dicho que nada de sexo e iban cogidos de la mano. La conversación era prudente, o lo había sido hasta ese momento, pero tenía la sensación de que todo iba a salir bien. Tomó aire y entró en materia.

—¿Sabes que le he llevado un USB a Paula con información sobre las infraestructuras de la ciudad?

—Algo me ha dicho, sí.

—Forma parte de mi trabajo hacerlo. En realidad lo hace otra división de Conselleria, pero, siendo ella, pedí que me reenviaran su solicitud y la tramité yo misma. Es más, se la he llevado en mano porque la necesitaba con urgencia. —Calló, antes de acabar su confesión—. De hecho, fui yo quien le ofreció los datos sin que me los pidiera; Paula no sabía que podía obtenerlos, no es una opción que hagamos pública para evitar que un aluvión de frikis colapsen el departamento. Por tanto, tampoco otros estudios lo saben, esos que van a licitar.

Estaban a dos minutos del portal. Juanjo la detuvo y la miró con seriedad.

—¿Se supone que esto es una analogía entre nuestro polvo y los puentes de Paula? Por estar seguro de que no me estoy perdiendo...

Puso los ojos en blanco y susurró un «¡hombres!», asegurándose de que le oía antes de proseguir.

—Eres un romántico, con eso de nuestro polvo. Déjame acabar, por favor. La cuestión es que no hice nada ilegal, no le di ventaja sobre nadie, no me salté ninguna norma, y aun así...

—Aun así sentiste que no estaba bien —terminó Juanjo por ella.

—Exacto.

Pasaron en silencio hasta su portal. Cuando Natalia sacó las llaves, él se las cogió de la mano y abrió, cediéndole el paso. Sonrió, contenta; era la primera vez que podía pasar delante.

Subieron al ascensor y, cerca del ático, Juanjo apretó el botón de parada.

—¿Qué haces?, ¿estás loco?

La cogió de las manos, intentando tranquilizarla.

—¿Tienes claustrofobia?

—Desde luego que no —respondió, ofendida.

—Entonces no grites. Son casi las dos de la mañana, nadie necesita el ascensor a estas horas. Y, si se diera el caso, hay otro.

—Ya, pero...

—¿Quieres entrar en tu casa todavía con dudas sobre lo nuestro? —Juanjo fue, como siempre, directo al meollo del asunto.

Natalia no dudó.

—No.

—De acuerdo. Pues digamos que... cuando te presté mi USB... me sentí mal. Aunque lo usaste según los cauces oficiales y no había nada ilegal en que tuvieras acceso a... —Se enfadó—. Natalia, si sigues riéndote te inmovilizaré de tal modo que se te acabará el cachondeíto.

Ella intentó aguantar la risa.

—Lo intento, pero desde ahora, las analogías son cosa mía y la claridad la tuya, ¿de acuerdo?

—Vale —confirmó, volviendo a darle al botón de subida.

—¡USB! —se rio—. Había oído nombres raros de tíos para referirse a sus partes pero USB, jajaja...

La acalló cubriéndole la boca con la suya. Lástima que el elevador frenara cinco segundos después.

Llegaron a la casa y fue él, esa vez, quien entró primero. Ni siquiera encendió la luz, en cuanto pasó Natalia la puso de cara a la puerta con las manos en la espalda y la presionó contra la madera.

—¿Qué...?

—Voy a asegurarme de que...

—¿De que no voy a atacar tu USB? ¡Ay, Juanjo! —protestó cuando él la apretó un poco más.

Con una sonrisa diabólica, comenzó a registrarla con la mano que tenía libre. En realidad, se dedicó a acariciarla sin delicadeza, metiendo la mano por debajo de la ropa, incluso, aunque

siguiendo el orden reglamentario de un cacheo, que fue lo único legal que le hizo. Sabía que, siendo su VIP, Natalia había fantaseado con ello, pero dudaba de que hubiera podido imaginar algo tan pornográfico como lo que le estaba haciendo en ese momento. Le pellizó los pezones superando el escote del vestido, metió su mano por debajo de la falda, presionando entre sus muslos y subiendo y bajando los dedos sobre la tela de las braguitas siguiendo su clítoris y, en fin, cuando acabó, ella temblaba de deseo.

—Debería multarte por salir de casa sin sujetador —le susurró con voz grave, llena de deseo.

Natalia restregó las nalgas contra la bragueta de su pantalón, sintiéndolo preparado.

—Y a ti por llevar la reglamentaria cargada —bromeó.

—Señorita Miralles, al suelo —le ordenó.

—¿Qué? ¿Por qué? Juanjo, lo de jardín era...

De una llave rápida la tumbó boca abajo contra el piso.

—He dicho al suelo.

—¡Juanjo! —protestó.

—Shh, calla y disfruta —le susurró al oído, tumbándose sobre ella, asegurándose de no cargar su peso sobre el cuerpo femenino.

La desnudó con rapidez, fruto de la práctica en su trabajo y de la colaboración entusiasta de ella: estiró los brazos para que le sacara el vestido por la cabeza mientras se quitaba los zapatos y alzó la cadera cuando sintió un tirón en las braguitas.

Notó cómo sus grandes manos comenzaban a amasarle las nalgas mientras, con la boca le daba pequeños mordisquitos en la espalda.

—Llevo semanas obsesionado con tu culo.

—Ese sí es mío. ¡Ay! —Acababa de recibir una palmada, un golpe tonto, y protestó, más por la sorpresa que porque le hubiera dolido.

—Créeme, operado o natural, desde ahora es mío.

Y bajó la boca hasta allí, mordisqueando, lamiéndolo, antes de abrirle un poco los muslos — que tenía aprisionadas entre los suyos—, e introducir un dedo que se deslizó por su clítoris, haciéndola gemir, antes de introducirlo en ella.

Un segundo dedo acompañó al primero, logrando que se retorciese de placer.

—Estás muy caliente, Natalia.

—¿Tú no? —le desafió ella.

Juanjo se hizo a un lado, volviendo a tomarle las muñecas para asegurarse de que no se movía, se bajó el pantalón y los calzoncillos y se los pasó por una pierna —por la otra no podía sin soltarla y no le hacía falta, estaba lo bastante desnudo—, volvió a arrodillarse sobre las curvadas caderas, que se levantaron a buscar su contacto, y, comprimiendo sus muslos con las largas piernas para asegurarse de que no se abría más de lo que él le dejara, entró en ella sin avisar.

El grito de placer que acompañó su movimiento hizo que se pusiera completamente duro. Comenzó a entrar y salir de su cálida humedad, presionando a veces su espalda hacia abajo para

que la fricción de su miembro llegase a cada rincón del interior de Natalia, haciéndola gritar de placer, llevándolo a él al abismo.

Todo terminó poco después en un orgasmo violento y rápido que los dejó sin aliento.

—¿Tendremos un segundo con más calma, no? —bromeó ella, en alusión a la otra vez que se acostaron juntos.

La besó en la nuca antes de contestar.

—Tendremos todo lo que tú quieras.

Epílogo

Cuatro meses después

Regresaban al ático de Natalia, donde se podría decir que Juanjo vivía ya desde no se sabía exactamente cuándo, pues había ido trayendo sus pertenencias a tandas hasta tenerlo casi todo allí.

Pasaban de las cinco de la tarde y, para él, había sido una comida complicada. Aunque, al parecer, había aprobado.

—Bueno, pues ya es oficial: ya conoces a mis padres.

Hacía semanas que ella conocía al clan Ríos, pero para los Miralles había una especie de «entrada oficial», los follamigos o cualquier cosa que no fuera seria era ignorada y no se mencionaba.

—Me gusta tu familia —le dijo, pensativo.

Era cierto, temía demasiada seriedad —a pesar de que había conocido antes a sus hermanas, las lechuzas, y estaban todas ellas de atar— o que sus padres considerasen a un subinspector poca cosa para su hija. Sin embargo, lo habían tratado sin distancias, como si fuera uno más y llevara años entrando en aquel piso enorme en la calle Colón. Había sido una bienvenida en toda regla.

—Y tú les has encantado a ellos, lo sé. Y, por si acaso, mi madre me lo ha notificado en la cocina, mientras vigilaba que Cris no fumase. ¿Qué te ha dicho mi padre, por cierto?

—¿Cuándo?

Natalia puso los ojos en blanco.

—Sabes perfectamente cuándo: en la terraza, cuando te ha pedido una charla, y cito textualmente, «de hombre a hombre».

—Me ha dicho que la tuya es una familia de casarse, que nada de vivir en pecado.

Ahogó un grito de vergüenza.

—Mientes. —No era una acusación, era una súplica.

—No, te lo juro. No ha sido tan directo, pero me ha dado a entender que, si nos vamos a vivir juntos, no quiere saberlo. A él lo único que le interesa es el lugar, fecha y hora de la boda.

Se puso en pie, indignada.

—¡Pues no pienso casarme contigo!

Intentando tomarla en serio, le dio un tirón desde el brazo y la devolvió al enorme sillón, a su lado.

—Eso, que tengo que decirte que no es nada halagador, me lo contestas cuando te lo pida.

Bajó la cabeza y lo besó con mimo. Estaba loca por él, ¿a quién quería engañar? Como diría David Moreno, el chico de los noventa, por Juanjo iría al polo norte en pantalones de deporte.

La arquitecta se encogió de hombros.

—No tienes que hacer lo que mi padre diga —se disculpó y se explicó a un tiempo.

—Creo que sí —compuso el policía una cara teatrera, como de víctima—. De momento ya vivimos juntos... ya veremos.

—Dios dirá —dijo ella, al mismo tiempo.

—¿Tendrá que ser una boda por la iglesia?!

Mierda, con eso no contaba.

—Acabas de conocerlos —rio ella—, ¿tú que crees?

La colocó debajo de su cuerpo. A Natalia seguía maravillándole la facilidad con la que la manejaba.

—Que vas a tener que compensármelo por adelantado. Seguramente desde ya.

Y le narró, con detalle y ejemplos, cómo hacerlo.

Un rato después, Se volvió a mirarlo.

—Estás muy serio. ¿Ha ocurrido algo más en casa de mis padres?, ¿algo que no quieras contarme?

—No —respondió, seco.

Demasiado seco.

—Te conozco y es obvio que algo te preocupa. ¿Qué...?

—Es por trabajo, eso es todo.

—¿Puedes contármelo?

Sabía que había cosas que no debía preguntar y se había acostumbrado. No era falta de confianza, solo un requisito profesional de su chico.

—Sí, sí, no es nada oficial. Es Puig, está muy nervioso.

Natalia abrió los ojos como platos, sorprendida. En el tiempo que conocía a Marcos, habían estrechado lazos al comenzar la relación con Juanjo, se había llevado la impresión de que era inalterable.

—¿Le ocurre algo? ¿Podemos ayudarle?

Él lo pensó. Quizá quedara más a menudo con su jefe en un futuro cercano.

—Se avecinan cambios. En una semana llega una subcomisaria a Seguridad Ciudadana de la que, en cierto modo, podríamos depender. Como mínimo, vamos a tener que colaborar en más de

una ocasión con ella.

—¿Mujer jefa? ¡Viva el empoderamiento femenino! —celebró—. ¿Acaso Marcos es machista? Porque no le pega en absoluto.

Juanjo se levantó del sofá, se puso los calzoncillos y la miró de frente.

—Esto es solo para tus oídos, ¿de acuerdo?

—Si no puedes decírmelo...

—No tiene nada que ver con el CNP, pero es personal y no es mi secreto. ¿De acuerdo? —insistió.

—Te lo prometo.

—La nueva subcomisaria es su exmujer.

—¿De Marcos?

—Ajá.

Natalia se quedó muda. Le costó encontrar algo que decir.

—Nunca le había oído mencionar que hubiera estado casado ni nada sobre una ex, tampoco.

—Ni yo, así que doy por sentado que o acabaron fatal o la relación está inconclusa.

—O, peor, las dos cosas —sentenció ella—. Preparaos, o yo no me entero de nada o vienen curvas.

—Vienen curvas, pero para eso aún falta una semana. Mejor llenamos la bañera y comenzamos a hacer prácticas de relax, por si la historia se pone demasiado tensa.

—Hecho —coincidió, entusiasmada—. Se me están ocurriendo un par de ideas sobre cómo hacer que te relajés...

—¡Te lo advierto! Si vuelves a llenar el suelo de agua, esta vez lo recogerás tú.

—Según el grado de placer que te dé.

—Mierda —se quejó Juanjo, tomándola en brazos y llevándola hacia el baño.

Le tocaría pasar la fregona a él, sí o sí.

Esto es lo que te perdiste el día que Paula se coló en la manifestación...

Llevaba toda la semana dándole vueltas a una nueva idea sobre el proyecto para la Ciudad Universitaria, una relacionada con los puentes de Valencia. Por la zona en la que iban a proyectar no pasaba el cauce del río, pero sí el tranvía y una avenida con cuatro carriles para cada sentido, además de sendos carriles para autobuses y taxis. Serían necesarias pasarelas y quería inspirarlas en algunos puentes de la ciudad, comenzando por el de las Flores de Valencia.

Este fue, en principio, un terraplén producto de la riada del 57, que se utilizó durante años y que, cuando se hicieron las obras para soterrar el metro, hubo de retirarse. Se decidió construir entonces un puente, dado el alto nivel de tráfico que transitaba por el terraplén de arena. Lo curioso es que, estando entre dos construcciones tan potentes como el antiquísimo puente del Mar y el modernísimo puente de Calatrava, se decidió realizar algo discreto que no restara protagonismo a sus puentes vecinos. Buscando disimularlo, se había cubierto su estructura con flores y, con el tiempo, se convirtió en uno de los favoritos de la ciudad.

Quería que sus pasarelas tuvieran sentido para sus habitantes así que, aquel viernes previo al puente de la comunidad autónoma, tenía previsto ir a dibujarlo a escala. Lo mediría y disfrutaría del buen tiempo haciendo lo que más le gustaba: una proyección tridimensional de lo que fuera.

Su mejor amigo desde que llegara a la ciudad —hacía dos meses que se había instalado en Valencia para trabajar en un importante despacho de arquitectos— le había prohibido ir. Juanjo era encantador, pero también era policía y, desde que estaba en la brigada de escoltas, se lo veía un poco mandón. ¿Quién era él para decirle qué podía y qué no podía hacer? La mujer a la que protegía le estaba dando muchos problemas así que, supuso, proyectaba sus frustraciones en Paula.

Pero ella no era esa mujer y se negaba a dejarse mangonear.

Así que se puso cómoda, dentro de lo que para ella significaba comodidad: camisa blanca, un folulard, vaqueros de marca y unas botas planas de piel y, con sus lápices y bloc de dibujo en una cartera Montblanc también negra, cogió un taxi y se plantó allí en cuanto acabó de comer.

Ensimismada como estaba con sus aparejos de medida y sus notas, apenas se dio cuenta de la cantidad de gente que se iba agolpando en el puente. Sí pensó, en honor a la verdad, que estaba muy concurrido, que debía de ser uno de los lugares favoritos de los valencianos para el fin de semana, pero que si querían disfrutar de un paseo, tenía más sentido bajar al cauce. Molesta con

los incipientes gritos —por qué la gente en Valencia hablaba a gritos era un misterio para ella—, sacó los auriculares del móvil y se puso una lista de pop británico.

Una hora después decidió subir a la pasarela a comprobar desde arriba los tirantes. Molesta por lo que ya era una riada de gente, iba asomándose al cauce desde arriba, intentando no fastidiar las flores, tomando notas.

De repente comenzaron los gritos, las sirenas y su sentido común se puso en acción.

—¿Qué narices...?

¡No se lo podía creer! Olvidados sus dibujos, amplió la vista a algo más que subestructuras, plataformas, vigas y vuelos, y miró a su alrededor con atención. Pancartas, cánticos, gritos. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que se había metido en una manifestación? Al final iba a ser cierto que, cuando se concentraba en algo que le gustaba, podía acabarse el mundo y ella no lo notaría. Aunque llevar los auriculares tampoco había ayudado.

La multitud comenzó a correr en dirección al casco antiguo. Prudente, prefirió hacerse a un lado. Era obvio que, lo que fuera, no iba con ella. ¡Acababa de llegar a la ciudad y era madrileña, por favor! ¿Qué podía reclamar ella, si estaba encantada, además?

Cuando los últimos manifestantes pasaron vio, tras ellos y en su dirección, a la policía. Nerviosa, se colocó en medio de la acera para explicarles que ella estaba allí dibujando y que, para colmo, un par de críos le habían intentado robar el maletín.

—¡Corre! —le gritó uno de los últimos perseguidos, que ni que fueran sanfermines y los astados llegasen detrás, dándole un empujón.

El impulso la hizo tambalearse y perdió el equilibrio, golpeándose con fuerza contra una de las farolas en la mejilla. Aún estaba intentando mantener la verticalidad cuando un primer agente le dio otro empujón y cayó al suelo, haciéndose daño en las manos.

Desde la acera pudo ver las botas de un policía y una mano tendida hacia ella. Al menos, aún quedaban caballeros que se preocupaban por las mujeres desvalidas.

—Gracias —murmuró en agradecimiento.

Pero en cuanto el agente le cogió la mano ¡la esposó!

—Tuya —le dijo a otro compañero.

—¿Qué?, ¿cómo? —intentó zafarse para poder hablar, lo que hizo que la cogieran con más fuerza.

Antes de que pudiera darse cuenta, estaba en un furgón policial, sentada, con otras quince personas, más o menos, las manos atadas con un plástico a la espalda. Eso sí, su cartera iba con ella, la tenía bien sujeta.

¿Qué diablos había pasado? La cara le dolía horrores y Juanjo iba a cargársela cuando se enterase. Porque claro, tendría que llamarle. Si no, ¿cómo iba a salir de allí?

Se abrió el furgón un rato después. Estaba en Zapadores, conocía la comisaría, cuando se empadronó fue allí a cambiarse la dirección del DNI. Si no Juanjo, su hermano, el inspector Ríos trabajaba allí. David Moreno y Martín Llagaria estaban en Jefatura, pero eran menos de diez minutos de distancia a pie. Su amigo iba de mañanas, así que lo llamaría en cuanto le dejaran hacer una llamada, porque tendría derecho a una, ¿no?, como en las pelis.

El inspector jefe Mateo Beltrán bajó del mismo furgón sin saber la sorpresa que le esperaba fuera. Felicitó al oficial de la unidad Orcas 67 y a su equipo y abrieron las puertas de atrás. Comenzaron a bajar personas de todo tipo. Detestaba la manifestación del 9 de octubre, había gente muy diferente: desde perroflautas hasta profesores mayores de sesenta años. Era una maldita locura de día.

Cuál fue su sorpresa al salir en último lugar una mujer rubia, con cara triste, que no se decidía a bajar de un salto del furgón. Solo tuvo que echar un vistazo rápido para saber que no pintaba nada allí. ¿Quién iba a una manifestación con semejante cartera? Había reconocido el logo de la marca de sus estilográficas. Confiaba en que lo hubieran registrado. Se la veía pequeña, con las manos esposadas a la espalda y el maletín colgando de ellas. Iba maquillada, llevaba el pelo perfecto, o debía de haber sido así antes de que la detuvieran. Ropa de calidad y reloj y pendientes más caros todavía. Parecía el juego de las diferencias, aquello de «adivina quién no pinta nada en este grupo».

Le tendió la mano para ayudarla antes de darse cuenta de que no podría cogérsela, así que dijo:

—Con su permiso, señora.

Y la cogió de la cintura, llevándola él al suelo.

—Muy amable, gracias —dijo en voz baja, por inercia.

¿Una detenida en una manifestación dándole las gracias? Aquella tía estaba tan perdida como un pulpo en un garaje.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó mientras le indicaba el camino.

El resto de furgones ya estaban allí, Detenciones debía de ser una locura a pesar de que habían triplicado el personal y, aquella parte, además, ya no era su responsabilidad. La suya había acabado con la dispersión de los manifestantes con los mínimos desperfectos posibles al mobiliario urbano —las flores del puente habría que cambiarlas— y sin heridos graves, en especial entre sus compañeros.

—Ustedes me han traído —le respondió con un deje de rencor en la voz—. ¿Conoce al subinspector Ríos?

La miró con curiosidad y fue entonces cuando vio el hematoma de su mejilla. Con suavidad pasó la mano por la piel enrojecida y ella se encogió de dolor.

—¿Quién le ha golpeado? —No respondió a su pregunta, así que lo hizo él a la de ella—.

Conozco a un Ríos, pero es inspector.

—Ese es Alberto, su hermano, pero yo preferiría hablar con Juanjo, que sé que esta tarde no trabaja. ¿Sería posible que hiciera una llamada, por favor?

En serio, ¿quién era aquella mujer?

Sacó una pequeña navaja suiza y cortó las bridas de su espalda.

—Llame.

Extrajo de la cartera un móvil de última generación y Mateo, aun sin deber, se quedó a escuchar.

Poco después llegaba a recogerla el inspector Llagaria, de la UDYCO y compañero suyo durante un par de años en Subsuelo, cuando el accidente del metro.

—¿Qué coño ha pasado? —le inquirió Martín, enfadado.

—No lo sé, pero diría que lugar equivocado y momento equivocado.

Martín no quiso discutir con él, a fin de cuentas cada cual hacía su trabajo, pero ¿quién podía confundir a Paula con una manifestante, joder?

—¿Está bien?

—Lleva un buen golpe en la cara, al parecer la empujaron y se golpeó con una farola.

—¡Me cago en la puta! —Respiró hondo para calmarse—. En cuanto le hagáis la ficha o lo que sea, me la llevaré al médico a que la miren. O avisaré a Moreno si está libre, yo tengo un problema en Jefatura.

Era extraño escuchar a aquel agente decir palabrotas, era un hombre tranquilo. Y más aún que dejara de lado de su trabajo.

—No vamos a detenerla, es obvio que no pintaba nada en el follón que se ha liado. ¿Quién es? —quiso saber.

Aquella rubia de ojos azules le había impresionado y no solo por su belleza, sino por su actitud.

—Una buena amiga.

—¿Del menor de los Ríos?

Llagaria levantó la vista.

—¿Qué me estás preguntando exactamente, Beltrán?

—Nada —respondió, restándole importancia.

Ya se encargaría él solito de averiguarlo.

Martín la acompañó, medio conmocionada, al bar de enfrente de Zapadores, donde la esperaban Juanjo y su VIP. Pero, en *shock* o no, preguntaría quién era el policía, alto y ancho, de cabello castaño claro, ojos grises y sonrisa amable que la había ayudado a bajar y le había permitido usar el móvil.

Al final iba a resultar que a ella también le gustaban los uniformes, como a su prima y el resto

de amigas del grupo.

Nota de autora

Sí, os prometo que os contaré la historia de la nueva subinspectora y Marcos, ¡cómo para no hacerlo, si hasta yo me he quedado con las ganas de saber qué se traen esos dos entre manos!

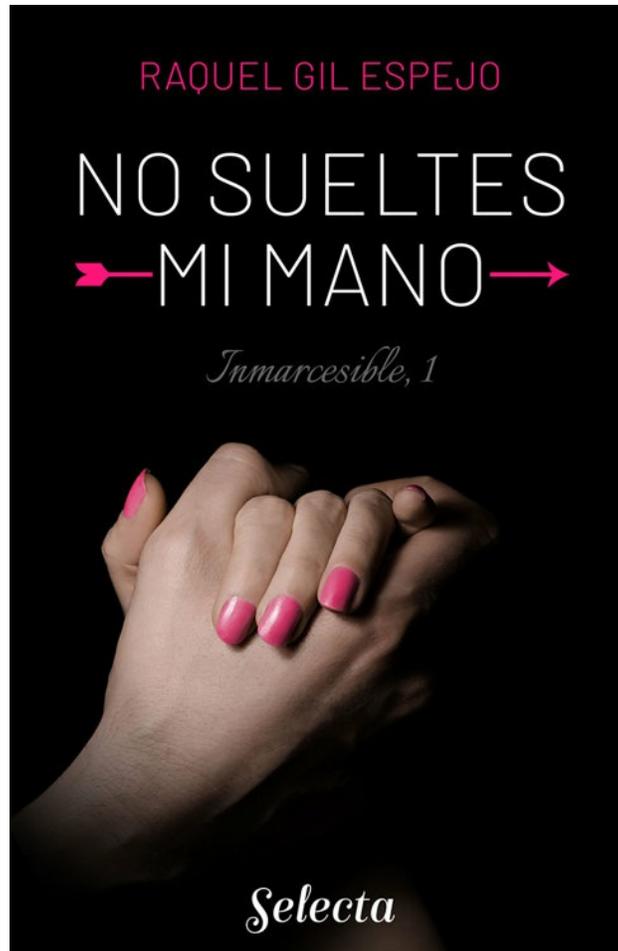
Pero habrá que seguir un orden, ¿o no? Y Paula, la supuesta «rubia tonta», ha estado quedando con quien, en pocos años, podría ser el jefe de muchos de los chicos del grupo, sin que nadie se enterase. ¡Ni siquiera Martín! Y eso que Llagaria es una mezcla de Google y la enciclopedia Sopena.

Así que este es el trato: os cuento lo del inspector jefe Beltrán, el buenorro con una pedazo de moto y, después, volveremos al superior directo de Juanjo: el inspector Puig.

¿Trato hecho? ¡Pues claro!, por eso os considero mis chicas.

¡¡MUAACKAAA!!

Si te ha gustado
¡Al suelo!
te recomendamos comenzar a leer
No sueltes mi mano
de *Raquel Gil Espejo*



Prólogo

A Miranda no le gustaban las despedidas. Siempre le dejaban un regusto agrisulce. Desde que había decidido marcharse a vivir a otro país, el día en el que había de regresar —después de una visita en la que parecía que las manecillas del reloj se aceleraban, corriendo en su contra— se convertía en un auténtico drama.

—Sigo sin entender por qué te empeñas en alejarte de nosotros —se lamentaba su madre.

—No es eso, mamá, ya lo sabes... Y no me apetece volver a tener esta conversación otra vez —se quejó ella.

—Mimi tiene razón, cariño. Es su decisión y, como tal, hemos de respetarla.

—Gracias, papá.

Julián, el padre de Miranda, tenía la vista fija en la carretera. Sin embargo, por un instante, observó a su hija por el espejo retrovisor. Ella le dedicó una media sonrisa que fue correspondida.

Él y su esposa, Carmela, vivían en uno de los lujosos chalés de la Moraleja. Julián Ros figuraba, desde hacía años, entre las veinte personas más ricas de España. Así se había hecho constar en la última lista elaborada por la revista *Forbes*.

Pese a estar casada con uno de los empresarios más influyentes de Madrid, Carmela —que había dejado su Córdoba natal por amor hacía más de veinte años— continuaba ejerciendo como arquitecta, su gran pasión. Julián y ella formaban un tándem perfecto.

Durante los casi once kilómetros que los separaban del aeropuerto, apenas intercambiaron una docena de palabras; todas ellas, referidas al día tan espléndido que había amanecido pese a estar comenzando el mes de enero.

A Miranda le partía el alma ver a su madre tan abatida, pero había decidido tomar las riendas de su propia vida y no había marcha atrás posible.

El coche se detuvo en una de las plazas del aparcamiento del aeropuerto. Carmela resopló al poner los pies sobre el suelo.

—Espero que tu hermano llegue a tiempo —comentó mirando a su hija.

Miranda se limitó a sonreírle y a dedicarle un claro gesto de incertidumbre. Álex nunca dejaba de sorprenderlos. Era un auténtico desastre. A veces, parecía moverse más por impulsos que por comportamientos usuales o racionales.

Todo dependía de cómo había resultado su noche y de cuánto se había alargado. La familia llevaba días planeando compartir una última cena antes de que Mimi regresara a Londres pero, minutos antes de las nueve, hora oficial en la que todos debían estar reunidos, Álex llamó para decirles que le había surgido un imprevisto y que lamentaba no poderlos acompañar, prometiendo ver a su hermana antes de embarcar.

Miranda sabía que la ausencia de su hermano, debida a su «imprevisto», no era nada más que una excusa. Cualquier plan le sería más atractivo que pasar toda una velada escuchando las quejas de su madre.

La vida la había bendecido con dos maravillosos hijos que poco a poco se iban alejando de ella, o eso era lo que sentía. Carmela no entendía por qué su hija había elegido marcharse a una ciudad en la que el mejor trabajo que había encontrado había sido el de empleada en una cadena de comida rápida.

Miranda era joven e inteligente. Se había diplomado en Turismo, dominaba varios idiomas y había cursado varios másteres universitarios; entre ellos, uno de Administración y Dirección de Empresas y otro de Recursos Humanos, y ambos la habilitaban para poder trabajar en cualquiera de las empresas de su padre.

Álex, por su parte, era uno de los ingenieros informáticos con más proyección de la ciudad. Él siempre había sido el cerebritito, mientras que Mimi se había quedado con el sambenito de ser esa loca soñadora que, pese a sus descalabros amorosos, aún creía en el amor y en los finales felices.

Eso había hecho que se convirtiera en el blanco fácil de las bromas de su hermano, que la adoraba; y ella a él. Los hermanos Ros se llevaban algo menos de tres años de diferencia. «Dos años, ocho meses y catorce días», solía recordarles con frecuencia su madre.

Álex y ella siempre habían estado muy unidos, y así seguía siendo. La distancia no era olvido. Menos aún para aquellos que se quieren de verdad. Tal era su caso.

Se encontraban desayunando en una de las cafeterías del aeropuerto cuando Julián miró su reloj y las apremió. Miranda, que había hecho todos los trámites desde casa y debía embarcar en apenas unos minutos, dio un último sorbo a su zumo de naranja y se puso de pie. Al reparar en su madre, vio como sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas.

—Mamá, no llores, por favor. Sé cuidar muy bien de mí misma. Además, ya sabes que papá y tú podéis venir a visitarme siempre que queráis. Y no olvides que soy un culo inquieto y que, de cierto, en cierto tiempo, necesito verte —dijo, tratando de animarla, mientras se abrazaba a ella.

—Nunca me acostumbraré a ver como se va mi chiquitita —respondió Carmela en un suspiro.

—Mamá, a mis veintiséis años, ya no soy una niña.

—Siempre serás mi chiquitita —le reiteró y se hizo a un lado para dejar que su marido, también, se despidiera de ella.

—Cúdate, hija. Y recuerda que, si las cosas no acaban saliendo como esperas, siempre podrás recurrir a tu padre.

—Lo sé, papá. Aunque sobra decirte que a cabezota no hay quien me gane.

—Qué me vas a decir a mí. —Sonrió. Ambos lo hicieron.

Miranda se disponía a echar a caminar cuando una voz familiar le pidió a gritos que se detuviera.

—¡Alto ahí, jovencita! —Era Álex, que había llegado *in extremis*—. Pensabas que no llegaría, ¿eh? —le dijo una vez que estuvo frente a ella.

—Confiaba en que lo hicieras. —Le sonrió y se abrazó a él—. ¿Jaqueando a alguien? —musitó en su oreja.

—Algo así, hermanita.

Álex le sacaba una cabeza a su hermana. Él había heredado los rasgos de su padre. Ambos eran altos y delgados, aunque Julián había ganado peso en los últimos años.

A Carmela le molestaba que su hijo se empeñara en dejar que su cabello, castaño y ondulado, cayera hasta rozar sus hombros; pero él era un espíritu libre, un joven indomable. Y si algo no le agradaba a su madre, con más razón lo llevaba a término.

Miranda, sin embargo, era el vivo retrato de su madre años atrás. Su metro setenta, una altura nada desdeñable, no evitaba que tuviera que ponerse de puntillas para besar a su hermano o a su padre.

Su piel era clara —ese era un rasgo que compartían todos ellos—, mientras que su cabello era más oscuro que el de Álex, tirando casi a negro, y se había cortado el flequillo justo antes de volar a Madrid.

«Ese flequillo no te sienta nada bien, Mimi. Le quita protagonismo a tus bonitos y enormes ojos verdes», le había dicho Carmela nada más verla.

Ella se lo había tomado con naturalidad, como siempre hacía cuando se trataba de su madre; una mujer íntegra y de férreos valores que se caracterizaba por una sinceridad que, en ocasiones, se hacía prescindible.

—Te quiero, Mimi —le dijo Álex, antes de separarse de ella, clavándole una cómplice mirada de color avellana.

—Yo también te quiero, hermanito. Os quiero —añadió, al darse media vuelta, aguantando unas lágrimas que a Carmela llevaban minutos resbalándole por las mejillas.

—No olvides llamar a la abuela cuando llegues a Londres, cariño —le gritó sin saber si su hija había llegado a escucharla.

Lo hizo y fue en ese momento, al pensar en su abuela Lola, cuando una lágrima decidió actuar con plena libertad y deambular por su faz.

¿Deber o placer? Esa es la pregunta del millón para Juanjo. Debe escoltar a Natalia Miralles y dos cosas se lo está poniendo muy difícil: la corriente de necesidad sensual que parece fluir entre ellos y el comportamiento infantil de ella. Pero lo que no sabe es que Natalia ha decidido comportarse como una cría hasta que el subinspector la vea como a una mujer, una que va a volverlo loco de deseo.



Juanjo Ríos acaba de ingresar en la Brigada de Escoltas y su VIP, una arquitecta con un cargo importante en Conselleria, ha dejado bien claro desde el día uno que no le apetece nada que la vigilen. ¿Y?, a él tampoco le gusta tenerla cerca, de hecho le parece insufrible, y aun así hace su trabajo con disciplina. Así que si no aprende a comportarse por las buenas... quizá, quizá, pida autorización judicial para atarla. A ser posible, al cabezal de su cama. Porque la señorita Miralles será una estirada, pero Juanjo se acostaría con ella con los ojos cerrados. Mentira: bien abiertos, para no perderse detalle.

A Natalia, la idea de estar custodiada veinticuatro horas al día le resulta insoportable, casi tanto como el subinspector Ríos, que de todos los policías de la unidad es, con diferencia, el más capullo. Y es una lástima, porque es también el tío más bueno que ha conocido en años. Qué rabia que él no parezca interesado, porque solicitaría que a él le tocaran siempre los turnos de noche... desnudo y en su dormitorio, a ser posible.

Ruth M. Lerga es de Sagunto. Hija de maestros, se aficionó a la lectura gracias a su madre. Lectora voraz y aficionada a las historias de amor, empezó a escribir en 2010, cuando un problema de salud la obligó a permanecer postrada durante muchos meses. El resultado fue *Cuando el corazón perdona*, una novela con la que ganó el Premio Vergara-El Rincón de la Novela Romántica. La serie que comenzó con aquella novela, continuó con *Cuando el amor despierta* y tuvo su conclusión en *Cuando la pasión espera*, todas ellas publicadas en Ediciones B. A ellas hay que sumar *Atados por error* y *Una última temporada*; en esta, Ruth M. Lerga nos deleita con la arrebatadora historia de amor entre dos de los vástagos de Julian y April (*Cuando el amor despierta*) y James y Judith (*Cuando la pasión espera*).



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: marzo de 2021

© 2021, Ruth M. Lerga

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Portada: Moreyba Martín

Banco de imágenes: Istock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18646-46-1

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



   Penguinlibros

NOTAS

Capítulo 1

[1] N. del E.: en adelante, simplemente «k».

Capítulo 4

[2] Para que os hagáis una idea, este tipo de petardos tiene un sonido de 120 decibelios; un martillo neumático son 130, y el despegue de un avión, 150. Os aseguro que la reacción de Juanjo no es exagerada. Se diría que no se ha criado en *La Terreta*, eso sí, porque un petardo no suele alterar a nadie de la Comunidad Valenciana, pero no exagera.

Índice

¡Al suelo!

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ruth M. Lerga

Créditos

Notas